

RAL

Revista Artes Liberales

Junio 2022

Filosofía política como estrategia de guerra:

Tucídides aplicado al escenario actual

Entrevista a Claudio Ingerflom

El especialista en historia rusa analiza las motivaciones tras los pasos de Putin

Cómo la BBC cubre el conflicto armado:

Carolina Robino aborda las complejidades de la inmediatez y el exceso de información

OTRA VEZ EN GUERRA

LA INVASIÓN A UCRANIA DEVUELVE LA GUERRA AL DEBATE PÚBLICO. EN ESTE NÚMERO ABORDAMOS LOS CONFLICTOS BÉLICOS DESDE DISTINTAS PERSPECTIVAS: (DES)EQUILIBRIO DE PODER / SU PRESENCIA CIRCULAR EN LA HISTORIA / COBERTURA PERIODÍSTICA / MÚSICA EN EL CAMPO DE BATALLA / LA GUERRA EN EL ARTE Y LA CULTURA

SERGIO RAMÍREZ Y SU EXILIO POLÍTICO:

“Es difícil predecir cuándo habrá un nuevo estallido en Nicaragua”

+ Contrapuntos sobre plurinacionalidad / 100 años de “Desolación” de Gabriela Mistral / El mundo de Hannah Arendt / Redes sociales, impulsos humanos / Héctor Soto analiza el acontecer nacional



El Banco de
Inversiones en
LatAm





78

El lenguaje fotográfico de Sergio Larraín. Por Mario Drago.

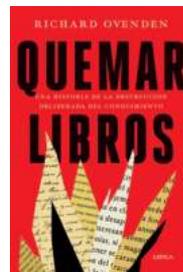


26

Entrevista a Héctor Soto: "Chile se ha jodido muchas veces". Por Francisco Covarrubias.

80

"Quemar libros", de Richard Oveden. Por Marilyn Lüders



58

Gabriela Mistral y los 100 años de "Desolación". Por Martina Bortignon.



44

Dos teorías sobre la existencia de Dios. Por Gastón Robert



20

Entrevista a Carolina Robino, directora de BBC Mundo:

“Más que objetividad, lo interesante es tratar de ser imparcial”

Por María José Naudon.



38

Entrevista a Sergio Ramírez: “Mi estatus es el de exiliado, acusado de un delito inexistente” Por Ezio Neyra.

64

Después del Covid: ¿Pandemia política en América latina? Por Ignacio Briones.



Pensando la guerra

- 6 Moscú y nosotros, los espectadores
- 8 Una historia de muchas guerras
- 10 La gentileza como arma política
- 12 Música bajo fuego cruzado
- 14 Un pájaro de guerra
- 20 Entrevista a Carolina Robino

- 24 Imágenes, reliquias y adoración fetichista
- 26 Entrevista a Héctor Soto
- 28 Lo público, lo privado y lo íntimo
- 30 El mundo de Hannah Arendt
- 32 Zona crítica
- 34 El Flandes Indiano de Diego Rosales
- 36 Redes sociales + Inclinaciones humanas
- 38 Entrevista a Sergio Ramírez
- 42 La originalidad de una copia
- 44 ¿Hay Dios?
- 46 El plebiscito constitucional de 1925
- 48 Ciudades modernas: La extinción de lo natural
- 50 Los otros ciudadanos
- 52 Ideas no creativas
- 54 Plurinacionalidad, ser o no ser
- 56 Rayados callejeros: Apropiación del espacio público
- 58 Gabriela Mistral y los 100 años de “Desolación”
- 60 Burocracia, una compañía que se niega a desaparecer
- 62 Chile: De la desnutrición a la obesidad en un siglo
- 62 ¿Pandemia política en América Latina?
- 66 La pervivencia del miedo
- 68 Automejoras: ¿Epicúreo o estoico?
- 70 La guerra en “Los Emigrados” de Sebald
- 72 El volcán submarino de Robinson Crusoe
- 74 Ideas vivas
- 76 Doble check
- 78 El lenguaje fotográfico de Sergio Larraín
- 80 Quemar (hoy) los libros



UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ
ACREDITADA EN TODAS LAS ÁREAS
NIVEL: EXCELENCIA
ÁREAS: GESTIÓN INSTITUCIONAL, DOCENCIA DE PREGRADO, DOCENCIA DE POSTGRADO, INVESTIGACIÓN Y VINCULACIÓN CON EL MEDIO
DESDE 14/10/2021 HASTA 14/10/2027

RAL, Revista de Artes Liberales.

Facultad de Artes Liberales, Universidad Adolfo Ibáñez.

Editores: Sofía García-Huidobro y Juan Pablo Abalo.

Comité Editorial: Francisco Covarrubias (Decano Facultad de Artes Liberales UAI), Marily Lüders (Directora del Diario Financiero y DF MAS), Sofía García-Huidobro, Juan Pablo Abalo, Niels Rivas y María José Naudon. Directora de Arte: Constanza Acevedo. Diseño: Lissette Peña. Productor gráfico: Rodrigo Cabello. Corrector de texto: Joel Poblete. Revista editada por Ediciones Financieras S.A.

Representante legal: Luis Hernán Browne Monckeberg

Badajoz 45, piso 10. www.df.cl

Impresión: Gráfica Andes S.A.

Distribuida por Meta S.A.



POSTGRADOS UAI ES CRECER+



*Toma el control de tu vida y
haz crecer tu valor profesional*



CONOCE NUESTRA OFERTA
DE PROGRAMAS:

DOCTORADOS | MBA | MAGÍSTERES | DIPLOMADOS

INFORMACIONES Y POSTULACIONES:

✉ postgrados@uai.cl

*Conoce más sobre nuestros
programas escaneando el
siguiente código*



NOSOTROS, los espectadores



MOSCÚ

El permanente discurso sobre una supuesta imposición moral para defender al mundo libre y democrático de la amenaza totalitaria, es más bien cosmético en esta nueva confrontación entre “Occidente” y Moscú. Detrás de ese discurso descansan pragmáticas razones de carácter estratégico.

**IGNACIO MORALES B.
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y
CIENCIAS SOCIALES**

Por años hemos sido testigos -muchas veces inconscientes- de la marcada incapacidad de la comunidad internacional, pero sobre todo de la Organización de Naciones Unidas, en detener diversas y peligrosas aspiraciones geopolíticas de grandes poderes. Esto no debiera sorprendernos, sobre todo si caemos en cuenta de que los, al menos, discutibles conceptos de multilateralismo y cooperación en materia de relaciones internacionales han ayudado a desplazar visiones más agudas (cínicas a veces) sobre los tensos equilibrios de poder político, económico y estratégico entre potencias globales y/o regionales.

Basta recordar un par de ejemplos para comprender las distinciones entre los poderes con real capacidad de acción y disuasión, y los innumerables actores periféricos. Los grandes productores y compradores de vacunas y ventiladores mecánicos durante los peores momentos de la pandemia que aún nos afecta, fueron grandes potencias como Estados Unidos, China y Reino Unido. Y a pesar de los constantes llamados de la Organización Mundial de la Salud a establecer políticas más solidarias en la distribución de vacunas e insumos médicos (en beneficio de continentes y países sumidos en la pobreza), la realidad es que han sido los mismos poderosos de siempre quienes



han asegurado su propio abastecimiento. En una competencia que podría calificarse como “poco solidaria”, el interés particular ha primado por sobre el general. ¿Puede la comunidad internacional modificar con diplomacia y buenas intenciones el estado de la cuestión? Por supuesto que no. Lo que sí puede hacer es -además de asumir sus limitaciones- intentar mitigar la inevitable concentración del poder y no descansar en autocomplacientes aspiraciones normativas.

La reciente invasión rusa sobre Ucrania es otro ejemplo. La Federación Rusa, gobernada por un autócrata con sueños irredentistas, invadió un territorio soberano y declaró la guerra de forma unilateral. Sus argumentos descansan en ciertas razones defensivas casi imposibles de explicar. Frente a esta agresión y a los inmensos riesgos que esta guerra podrían significar para la seguridad de Europa y el mundo, la OTAN demostró una inesperada vitalidad en la defensa de sus intereses particulares. Esto, no porque la organización piense siquiera remotamente en incorporar a Ucrania como uno de sus miembros, sino porque la amenaza impuesta por Moscú se podría expandir sobre naciones europeas que sí forman parte de la misma (Polonia, Estonia, Letonia, Lituania, entre otros). Y así, la activación del principio de seguridad colectiva nos dejaría, virtualmente, en una nueva guerra mundial. Además, si la OTAN pretende mantener su capacidad de disuasión militar y no permitir a Rusia restablecer los equilibrios de poder en Europa, tiene que, al menos, hacer explícita esa indirecta cooperación militar con Ucrania. En otras palabras, las armas, los reportes de inteligencia, y, cómo no, las sanciones económicas internacionales, deben seguir apoyando el esfuerzo militar de los ucranianos.

Debemos entender que el permanente discurso sobre una propuesta imposición moral para defender al mundo libre y democrá-

tico de la amenaza totalitaria, es más bien cosmético en esta nueva confrontación entre “Occidente” y Moscú. Detrás de ese discurso descansan, guste o no, razones de carácter estratégico. A los ojos de la OTAN, y también de la Unión Europea, la defensa de Ucrania tiene más que ver con mantener y proyectar un área de influencia política y militar, que con ideales normativos. No olvidemos que una intervención militar de la OTAN en confrontación directa con las fuerzas militares rusas, podría desencadenar un conflicto global de proporciones nunca antes vistas. A diferencia del destructivo poder de fuego y las condiciones de la Segunda Guerra Mundial, el uso de armas nucleares podría ser una alternativa real.

¿Qué pueden hacer las Naciones Unidas para terminar con este conflicto? Muy poco. Su misma orgánica de funcionamiento limita a la organización en sus reales capacidades. Su Consejo de Seguridad, el órgano más importante dentro de su funcionamiento, otorga voto y veto a sus cinco miembros permanentes (Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Rusia y China). Como era de esperarse, cualquiera resolución que emane del Consejo respecto a la invasión ilegal de Rusia sobre Ucrania, contará con el veto automático de uno de sus protagonistas. Moscú ha vetado y vetará cualquier resolución condenatoria que los afecte y, como ya hemos visto, China se abstendrá en la votación, no porque quiera necesariamente apoyar a Rusia, sino porque, en una permanente competencia de grandes poderes, quiere demostrar a Estados Unidos que su otrora supremacía ya no es tal.

Y claro, mientras la cobertura sobre la crítica situación humanitaria en Ucrania deja de ser la protagonista en los noticieros, y la sistemática exposición instantánea de los horrores de la guerra no nos asombra como hace un mes, sería bueno volver a recordar que el “juego” de los grandes poderes no se detiene y que, desde la periferia, somos sólo espectadores.

Una historia de muchas GUERRAS



Jornada de Mont-Saint-Jean, Waterloo. Junio de 1815.

Desde el más primitivo instinto de supervivencia hasta estrategia de organización política, la historia de la humanidad es inherente a la de los conflictos bélicos. Si la sociedad se ha complejizado, y lo mismo la comprensión de la guerra en cuanto a fenómeno social, ello no implica que a nivel humano haya perdido un ápice de su horror.

POR FERNANDO WILSON L.
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y
CIENCIAS SOCIALES

La guerra, como fenómeno social y político data desde el origen de la humanidad. Ya las primeras bandas de cazadores recolectores se enfrentaban por diversos motivos: control del espacio físico, acceso al alimento o incluso, por mejores condiciones de vida en un sentido algo menos rudimentario. A medida que la sociedad progresó, los motivos de confrontación se volvieron más complejos, y se pasó de lo que Carl Schmitt denominó como “conflictos reales”, en relación con objetos o ventajas materiales, a los “conflictos absolutos”, donde se luchaba por ideas o conceptos que comenzaban a tener una base religiosa.

Las inscripciones mesopotámicas nos plantean que se declaraba la guerra a quienes no adoraban a una deidad específica, o negaban el carácter preferencial de los seguidores de un Dios particular. Esta visión predominaría por milenios, hasta la construcción de una dinámica que explicara el proceso organizado de la guerra. El mundo clásico le dio una visión estructurada primero en torno a la fama y la imagen; la actitud heroica que vemos en *La Ilíada*, donde la trascendencia, la fama del héroe queda epitomizada en la imagen de Aquiles, quien más que vencer en el sentido físico, busca enfrentarse al tiempo y que sus hazañas sean recordadas de forma trascendente.

Con posterioridad, el compromiso a la polis del polite soldado, formando la línea en

la falange junto a sus compañeros, da paso al soldado romano, comprometido con la cives como concepto abstracto. Podemos ver cómo tras el desastre de Cannae, Roma levanta un enorme número de nuevas legiones, demostrando que la guerra no era simplemente un acto individual sino de compromiso con la ciudad, la patria. La arenga del Horacio de Babington, de que no hay nada mejor que morir defendiendo los templos de sus dioses y las cenizas de sus padres. La trascendencia, que pasa desde la fama personal al compromiso colectivo más allá del presente. Un compromiso con el pasado, pero también con el futuro.

El mundo moderno verá la complejización de la actividad militar. Si ya el mundo clásico notaría reformas profesionalizantes, que adivinan el proceso de organización, como Mario o Vegecio, será más de un milenio después, con el rey Gustavo Adolfo de Suecia, que la guerra se convertirá en una actividad formalmente profesional. Este “padre de la guerra moderna”, traería, en el contexto del siglo XVII y de la Guerra de los 30 años, una conexión entre la actividad bélica y la filosofía política, en una forma que, si bien había sido adelantada por Maquiavelo en *El Príncipe*, pasaba ahora no sólo a reconocer la relevancia de la actividad, sino a organizarla de manera coherente y concreta desde el prisma de la política.

La guerra, sin embargo, seguía siendo una actividad que dependía del talento casual que combinara ambas dimensiones. De la combinación de habilidades, y la mejor demostración de ello es cómo la dimensión político-estratégica y táctica dependían del azar. Un líder podía ser brillante en ambas dimensiones, como John Churchill, Duque de Marlborough, o sólo un general particularmente dotado en su habilidad profesional, pero sin el potencial de convertir sus victorias en el campo de batalla en un resultado político duradero. La tragedia de Napoleón, que nunca pudo ofrecer a los derrotados un proyecto común, sino sólo la humillación. Algo que resultó inaceptable, y que le permitió a William Pitt levantar una coalición tras otra, hasta derrotarlo en 1815 en Waterloo. Es fundamental insistir, eso sí, en que la derrota no se da cuando la Vieja Guardia retrocede, en las postrimerías de ese aciago día de junio de 1815, sino cuando el mismo Napoleón finalmente comprende que su problema no es ganar una batalla, otra más, sino construir un escenario político aceptable para sus enemigos. Su problema no era la guerra, sino construir una nueva paz.

Este problema esencial es el eje desde el que ese verdadero filósofo de la guerra que fue Carl von Clausewitz aborda el fenómeno que estamos tratando. En su fundamental obra *Vom Krieg* (o Acerca de la guerra) llega a la conclusión de que una sociedad va a la guerra en busca de una “mejor paz”. La guerra no es un fin en sí mismo en la sociedad occidental moderna, como lo fue en el mundo antiguo, sino una vía para la construcción de una situación donde sus procesos puedan desarrollarse de mejor manera. Esta “mejor paz”, que el prusiano denominara como “Estado Final Deseado”, es un constructo complejo que debe de ser debatido de forma específica en cada caso particular. Abarca la totalidad del quehacer social y dentro de ella, la dimensión militar es sólo una parcialidad. Requiere, potencialmente,



el compromiso total de los recursos del poder nacional.

Y es que, al contrario de la mala transcripción popular, para von Clausewitz, la guerra NO es la continuación de la política por otros medios, sugiriendo una frontera clara entre la política y la guerra, sino por el contrario, sería la “agregación de violencia a la dialéctica política”. La guerra es, por tanto, siempre política. Es una combinación de ambas dimensiones. Algo que queda nitidamente referido en los escritos militares de Mao Tse Tung.

El problema de esta perspectiva, un tanto kantiana, es asumir que la guerra es una actividad racional y ordenada. Perfectamente gobernada por una implacable concepción de la razón y la lógica en torno al poder. Más aún, un sentido de poder en el eje de las visiones de Max Weber, la capacidad de imponer la voluntad sobre otro, más allá de la posibilidad de ese otro de poder resistirse a ello. Esta mirada, fría y brutal, como la famosa frase de Lord Palmerston: “Gran Bretaña no tiene amigos ni enemigos, sólo intereses”, insiste en esa concepción, pero al mismo tiempo, obvia que la guerra tiene un fuerte componente emocional. El propio Von Clausewitz nos recuerda que los conflictos bélicos dependen de una “trinidad”; el gobierno, los gobernados y los militares o profesionales de la guerra. Cada uno representado por una emoción, como son la razón, pasión y habilidad. En esta dimensión, la pasión que se ha interpretado en los gobernados o pueblo es la del odio. Muy vinculada además al miedo. Esta mirada, que pasa al campo de batalla, choca con la concepción racionalista kantiana y asume el horror de una batalla vivida en primera persona.

Son muchos los que presentan esa contradicción, que ha sido muy activa en los ámbitos de la cultura, como la poesía y literatura, horrorizados de la guerra brutal y mecánica del siglo XX. Obras como las de Erich Maria Remarque o los “war poets” británicos son brutales en ese sentido. John Keegan fue quien mejor definió esta dimensión humana de la guerra, cuando la separó, con ironía entre “actual warfare” y “real warfare”. En esta división, algo sarcástica, la guerra “real”, vendría a ser la visión fría en el eje de Carl von Clausewitz y Antoine Henri, vectorial y analizada fríamente en claves de poder y volumen de fuerzas, mientras que la guerra “actual”, o efectiva, es el choque emocional que sufre el combatiente directo.

Aquel que enfrenta el supremo tabú de la sociedad occidental y blande un arma buscando incapacitar o matar a su adversario. La combinación de miedos, odios, esperanzas, es sencillamente brutal. Esto hace que la guerra siga siendo, en lo más básico, la misma experiencia que representó para nuestros ancestros en el periodo paleolítico: un desafío mortal. Si la sociedad se ha complejizado, y lo mismo la comprensión de la guerra en cuanto a fenómeno social, ello no implica que a nivel humano haya perdido un ápice de su horror y espanto. Y es que aquí es clave recordar algunos versos de Wilfred Owen: “The Old Lie, Dulce et Decorum Est Pro Patria Mori...”, lo que recuerda la responsabilidad de administrar aquello que se definió como propio de la soberanía y aquellos que la detentan: declarar la guerra y firmar la paz.

Aquel que enfrenta el supremo tabú de la sociedad occidental y blande un arma buscando incapacitar o matar a su adversario. La combinación de miedos, odios, esperanzas, es sencillamente brutal. Esto hace que la guerra siga siendo, en lo más básico, la misma experiencia que representó para nuestros ancestros en el periodo paleolítico: un desafío mortal. Si la sociedad se ha complejizado, y lo mismo la comprensión de la guerra en cuanto a fenómeno social, ello no implica que a nivel humano haya perdido un ápice de su horror y espanto. Y es que aquí es clave recordar algunos versos de Wilfred Owen: “The Old Lie, Dulce et Decorum Est Pro Patria Mori...”, lo que recuerda la responsabilidad de administrar aquello que se definió como propio de la soberanía y aquellos que la detentan: declarar la guerra y firmar la paz.



La gentileza como ARMA POLÍTICA

POR MATHIEU GONZÁLEZ
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

La adoración de la fuerza proyectada, como si fuese un becerro de oro, ha caracterizado gran parte de la imagen política de Putin. Tanto con sus exhibiciones de judo y los memes que lo muestran sobre un oso, como con la exposición de las armas rusas en desfiles y en distintos teatros de guerra, el primer dirigente ruso ha tratado obsesivamente de proyectar una imagen de fuerza viril, esperando de esta forma conseguir sus objetivos estratégicos, imponiéndose sobre los más débiles.

El diálogo de Melos, uno de los pasajes más famosos de la

Historia de la Guerra del Peloponeso, de Tucídides, parece coincidir con esta idea, ya que habitualmente se traduce como “los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben”. Sin embargo, esta traducción es incorrecta. Para comprender lo que plantea el autor ateniense hay que atender el conjunto de la frase: “si el derecho interviene en las apreciaciones humanas para inspirar un juicio cuando las presiones son equivalentes, lo posible, en cambio, regula la acción de los más fuertes y la aceptación de los débiles”. La idea de Tucídides es por lo tanto bastante más compleja. En primer lugar, el débil no se limita a sufrir a causa de una fuerza ajena a él. En cambio, es un agente que, si bien debe aceptar su inferioridad, esto no precluye en nada su posible actuar. En su poder está modificar y cambiar el equilibrio de fuerzas, creando así nuevos escenarios de lo posible.

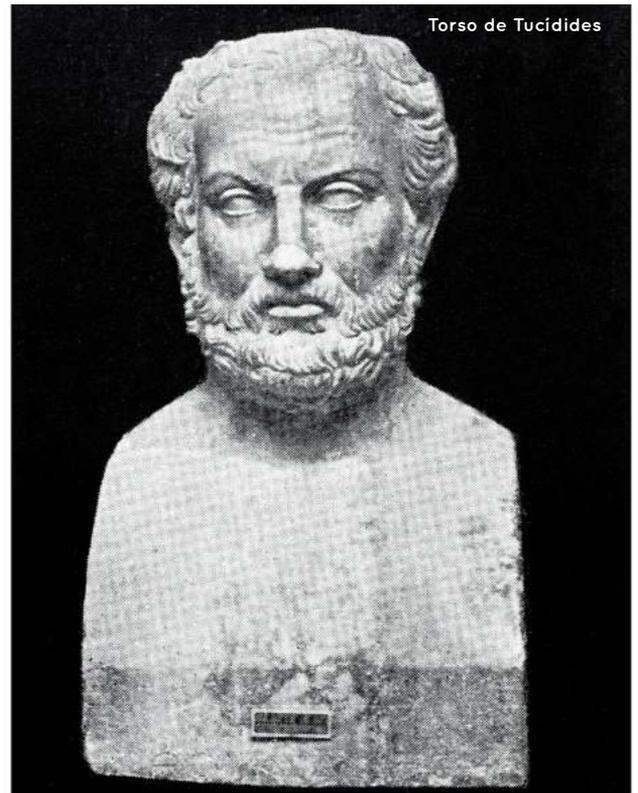
En la Historia de la Guerra del Peloponeso Tucídides desarrolla la compleja dinámica de poderes que supone un enfrentamiento o guerra. Su análisis, aplicado al conflicto bélico entre Rusia y Ucrania, sostiene que para el más fuerte el “no-ganar” significa perder; en cambio, para el débil, no ser derrotado es una victoria.

En segundo lugar, los más fuertes se ven limitados debido a su situación y sus capacidades. Ningún poder es absoluto, nadie tiene un monopolio definitivo de la fuerza, por lo que los poderosos tienen regulado su dominio en base a la estructura misma del marco político y las demás fuerzas. El equilibrio de fuerzas es por lo tanto dinámico, siempre cambiante, por lo que la posición del débil y del fuerte puede variar.

Debido a esto, una de las características más notorias del fuerte es su doble vulnerabilidad. Por un lado, está la vulnerabilidad externa, como lo muestra la invasión de Rusia a Ucrania: el fuerte requiere de mucha más fuerza para lograr sus objetivos ofensivos que el débil para resistir. Los numerosos problemas logísticos a los que se ha enfrentado el ejército atacante, junto con sus evidentes errores de planificación y el uso de vehículos vulnerables y anticuados, ha generado que su inmenso poder se desgaste en acciones inútiles o directamente contraproducentes. Frente a esto, los ucranianos han mostrado una capacidad importante de multiplicar su débil fuerza ayudados por el armamento de la OTAN. Utilizando misiles anti-tanques de transporte y uso sencillo, misiles antiaéreos y drones de bajo coste, comparado al daño que producen, han logrado cambiar los márgenes dentro de los cuales se desarrolla la fuerza. Como el más fuerte debe ser siempre superior, el “no-ganar” lo hace perder; en cambio para el débil, no ser derrotado es una victoria.

Pero la vulnerabilidad del fuerte es también interna. La fuerza es en gran medida un monstruo de apetito insaciable dentro de una lógica demente. El fuerte, por lo tanto, debe movilizar su potencial, imponer en su población y en los estados que domina un mecanismo que permita seguir girando la rueda de su fuerza. Así, el fuerte termina desafiando al mundo, ya que ve todo lo otro como una amenaza, y en su afán por uniformizar lo distinto genera una pesadilla, tanto para él como para los que viven a la sombra de sus murallas. Rusia lleva años avanzando en esta dirección, desde la destrucción de Grozny durante la segunda guerra chechena y pasando por las sangrantes ruinas de Alepo. Pero en estos últimos meses el recorrido se ha acelerado. Y esto se ve en la represión al interior de Rusia contra su propia población, en la hostilidad y el nacionalismo exacerbado y en la persecución hacia cualquier opinión contraria a la guerra de agresión actual, lo que muestra esta representación distorsionada de la realidad.

Tucídides, al analizar esta dinámica, indica que hay un cierto fatalismo en su aparición, ya que en gran medida es causada por la condición pasional del ser humano. Por naturaleza el hombre se ciega al daño que provoca, creyendo que escapará impune a sus transgresiones, esperando por lo tanto que el avance de su fuerza le permita seguir aumentado su poder sin asumir los costos.



Sin embargo, como también lo indica Tucídides, esta dinámica puede ser quebrada y contenida. En parte, lo que lo permite es la razón, ya que, gracias a su inteligencia, el hombre puede proyectarse y comprender hacia dónde lo está llevando su sed pasional. Un dirigente ruso inteligente, no intoxicado por su propia propaganda de supuesta virilidad, hubiese evitado esta guerra, ya que, aun cuando la victoria sea probablemente rusa, el precio a pagar será probablemente mucho mayor que los beneficios obtenidos. Por ejemplo, si lo que buscaba Putin era detener la expansión de la OTAN, la más que probable entrada de Suecia y Finlandia a esta alianza muestra el gravísimo error de cálculo en el que ha incurrido.

Pero la razón humana es débil para guiar la conducta. Tucídides indica que es a través de otro sentimiento, de otra pasión, que el ser humano puede contener su ambición, provisoriamente, parcialmente, frenando la dinámica destructiva del poder. Y esta es la dulzura, la gentileza. Así, la principal virtud política pasa a ser la capacidad de ser gentil hacia sus enemigos, hacia su pueblo, hacia los otros. Poder comprender los errores, ya que todos los cometemos. Ser capaz de cuestionar y cambiar las decisiones que se han tomado en un acto de arrepentimiento. Contener a través de esta dulzura los impulsos. Y si bien no todos los hombres gentiles son sabios, no hay verdadera sabiduría sin indulgencia y sin dulzura. Lo que está en la base de esta gentileza es el reconocimiento de una condición en común a todo lo vivo en el mundo: la vulnerabilidad. La ascensión hacia la sabiduría tiene como condición previa este reconocimiento.

Y contrariamente a lo que plantean Putin y sus acólitos, tal vez la verdadera virilidad (si el lector perdona el seguir utilizando este concepto anticuado) deba pasar por la dulzura. No sólo en las relaciones personales, sino por sobre todo en la acción política, en la acción de hombres y mujeres autónomos y autónomas que, a través de la dulzura, logren comprender la tragedia de nuestra existencia con una mirada lúcida sobre nuestra condición.

MÚSICA BAJO FUEGO CRUZADO



POR JOSÉ MIGUEL ARELLANO
NÚCLEO DE MÚSICA

Más de 75 años después del estreno de “Leningrado” y los pianos Steinway & Sons lanzados en paracaídas al ejército norteamericano, la música vuelve a cumplir su rol insustituible frente a las atrocidades de la guerra. Tras la invasión rusa, el gobierno de Ucrania ha habilitado diversos espacios que se han convertido tanto en albergues como en improvisadas salas de conciertos.



El 14 de febrero de 1943, el ejército de Estados Unidos se enfrentaba, con desastrosas consecuencias, a las tropas alemanas en la Batalla del paso de Kasserine. Más de 6.500 soldados americanos, sumados a otros 4.000 ingleses, murieron, fueron gravemente heridos o tomados prisioneros. Ese mismo año, en un intento por levantar la moral seriamente disminuida, el gobierno estadounidense dispuso una flota de bombarderos Boeing B-17 a la tarea de lanzar, mediante paracaídas, pianos a sus tropas repartidas en distintos lugares. Y aunque el acuerdo entre el gobierno y Steinway & Sons -empresa encargada del diseño de estos pianos- se había llevado a cabo en 1941, no fue sino hasta 1943 que se comenzaron a arrojar estas piezas, cuyo total se cifra en cerca de 2.500 instrumentos.

Durante el mismo período en que el gobierno norteamericano hacía esfuerzos por levantar la moral de sus tropas con música, en 1942 el compositor ruso Dimitri Shostakovich estrenaba su Sinfonía No. 7 *Leningrado*, cuya interpretación fue antecedida por un discurso del mismo compositor transmitido por radio nacional e internacionalmente: “La guerra que libramos contra Hitler es eminentemente justa [...] Dedico mi Sinfonía No. 7 a nuestra lucha contra el fascismo, a nuestra próxima vic-



toria sobre el enemigo y a mi ciudad natal, Leningrado”. Tanto el discurso de Shostakovich como la fuerza de su obra generó una respuesta inmediata no sólo por parte de sus compatriotas, sino que, asimismo, a nivel internacional, transformando su sinfonía en un símbolo contra las atrocidades de la guerra. Tiempo después, en sus memorias, el compositor habría de matizar el carácter nacionalista atribuido a su obra y su supuesta simpatía por Stalin, señalando lo siguiente: “En realidad, no tengo nada en contra de llamar *Leningrado* a mi Séptima Sinfonía, pero no se trata de Leningrado bajo asedio (nazi), se trata de Leningrado que Stalin destruyó y que Hitler remató. La mayoría de mis sinfonías son lápidas. Muchos de nuestros compatriotas morían y eran enterrados en lugares desconocidos para todos, incluso para sus parientes [...] Dedico mi música a todos ellos”.

Hoy, más de 75 años después del estreno de *Leningrado* y los pianos Steinway & Sons, la música vuelve a cumplir su rol insustituible frente a las atrocidades de la guerra. Tras la invasión rusa, el gobierno de Ucrania se ha visto en la necesidad de habilitar espacios para refugiar a su población, lugares que se han convertido tanto en albergues como en improvisadas salas de conciertos en las cuales la música es concebida como un elemento de resistencia. De ello da cuenta la historia de Vera Lytovchenko, primer violín de la Orquesta de Kharkiv, cuyos videos interpretando obras de Tchaikovsky, Vivaldi y melodías populares de Ucrania,

desde el sótano derruido de su refugio, se han transformado en emblema de ese resistir musical. Para Lytovchenko, como consigna *The Moscow Times*, “la música tiene poder, y los músicos ucranianos ahora son soldados en su campo de batalla”.

El resurgimiento de aquel interés por estudiar el fenómeno musical desde la filosofía, y fundamentalmente desde la ética, puede ser explicado por casos como el de Shostakovich, Lytovchenko u otros similares, y es que, como señala Martha Nussbaum en su obra *Upheavals of Thought: The Intelligence of Emotions*, la música opera como una herramienta fundamental para la movilización de diversas emociones y para hacernos conscientes de la vulnerabilidad humana, algo que nos permite establecer relaciones de una manera distinta y siempre desde el reconocimiento de la humanidad compartida. Este es, precisamente, el espíritu de la batalla emprendida por Lytovchenko, quien no hace otra cosa que dar vida a las reflexiones de Nussbaum. Es que en medio de las muertes y la destrucción que la invasión rusa a Ucrania ha dejado tras de sí, la música, para ella, “permite que la paz vuelva poco a poco a nuestros corazones”.

Tal vez Ariana Phillips-Hutton y Nanette Nielsen tengan razón, y gran parte de la fuerza moral de la música radique precisamente en la ayuda que ella nos brinda para comprender la condición humana, tanto en nosotros mismos como en los demás.

Claudio Ingerflom:

“EL OBJETIVO
DE RUSIA ES
REEMPLAZAR A
ESTADOS UNIDOS
COMO POTENCIA
DOMINANTE”

Es uno de los historiadores expertos en Rusia más destacados de habla castellana y está a punto de publicar un nuevo título que aborda la guerra en Ucrania y ayuda a entender las profundas motivaciones rusas, que irían mucho más allá de esta arremetida bélica.

POR GONZALO BUSTAMANTE K
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

El argentino Claudio Ingerflom, académico de la Universidad Nacional de General San Martín, realizó estudios de grado y posgrado en Moscú para luego doctorarse en La Sorbona. Fue director de Investigaciones en el Centre National de Recherche Scientifique de París y trabajó en Moscú para la cancillería francesa. También fue profesor honorario en el School of Slavonic and East European Studies de UCL, en Londres. Entre sus muchos trabajos sobre Rusia destaca *Le Tsar, c'est moi: L'imposture permanente. D'Ivan le Terrible à Vladimir Poutine* (El Zar soy yo: La impostura permanente. De Iván el Terrible a Vladimir Putin, 2015).

Su libro sobre la guerra en Ucrania, *El dominio del amo*, acaba de ser publicado por el Fondo de Cultura Económica. Ingerflom fue invitado por el investigador Gonzalo Bustamante a participar del Proyecto Redes-ANID sobre la crisis global de la democracia. En la oportunidad ambos académicos conversaron sobre la invasión a Ucrania, una historia en pleno desarrollo.

-Mucho se ha hablado en el último tiempo de que habría una responsabilidad de la OTAN en haber seguido acercándose cada vez más hacia Rusia. Incluso el canciller alemán, Helmut Schmidt en su minuto, y también el exPresidente de Francia, Valéry Giscard, alertaron de que esto podría desencadenar una guerra con Rusia. ¿Hasta dónde puede haber sido un factor en la guerra que estamos presenciando en Ucrania?

Que la OTAN acrecentó las tensiones, es cierto, porque aprovechó la debilidad rusa en los años '90 para acercar sus bases militares a la frontera de Rusia. Pero hay que matizarlo con dos elementos: Primero, no es que la OTAN se levantó un día y dijo, "vamos a ir a la frontera". Es que los pueblos de los países que rodean a Rusia tienen memoria de colonizados, de oprimidos, de invasiones y de limpiezas étnicas, y son ellos los que eligieron legítimamente a sus gobiernos y solicitaron el ingreso a la OTAN. En Hungría, el 85% aprobó la incorporación en un referéndum.

El segundo elemento es que, si bien la OTAN es responsable del aumento de la tensión, cuando se leen los documentos rusos, los discursos de Putin o de sus asesores -por intermedio de los cua-

les muchas veces el mandatario habla de forma descodificada- lo que dicen es: Rusia está llamada por su historia, por su carácter, por su tradición a ser, cito a Putin: "Una potencia líder". ¿Qué significa esto? Se asume un Occidente caído, que deja un vacío al no haber hegemonía. Y por otro lado una oportunidad de alianza con los chinos. Entonces lo que plantean Putin y sus asesores, es una idea que es mucho más antigua que la OTAN y que Estados Unidos. Existe lo que Putin llama la idea panrusa, la que explicó su asesor, Serguey Karaganov, en el famoso manifiesto del milenario (1999): "(Rusia está llamada a ser) un actor mayor en un mundo que queda sin fuerza hegemónica, un nuevo unilateralismo". Esa es su real ambición. Ucrania es un daño colateral.

-Si uno hace una analogía con la explicación que algunos historiadores dieron al fenómeno del nazismo y su expansionismo durante la Segunda Guerra Mundial, en cuanto a que abrían la cultura alemana a lo que se llamaba un *sonderweg* (camino particular), una suerte de determinismo cultural, ¿ve un fenómeno similar en la cultura rusa?

Yo no "esencializaría" la cultura rusa, hay varias culturas. Hay una corriente nacionalista de una gran Rusia respecto a los ucranianos, que son pequeños rusos en la terminología de ellos, un nacionalismo chauvinista sobre todo imperial. Eso sumado a un movimiento nacionalista filonazi. El ideólogo de esa corriente yo diría post nazista, es Alexander Dugin, que es la cabeza pensante detrás de Putin. Ahora, explícitamente lo que dice Putin es que hay que unir los valores tradicionales rusos a los valores universales, pero el problema es que los valores universales uno no sabe bien lo que es, porque es el valor que impone la potencia que domina. En un momento fue la Ilustración, en otro, la libre empresa. Si hablamos de los valores que nosotros entendemos hoy en Occidente, tales como justicia, libertad de prensa, libertades políticas, emancipación de la mujer, estos están en conflicto con los valores tradicionales rusos. Hay una incompatibilidad absoluta.

-En ese sentido, ¿diría que lo que estamos presenciando no es solamente una guerra de tipo geopolítica en Ucrania, sino que tiene también un componente ideológico?

Creo que la ideología es secundaria, porque en este caso acompañaría simplemente al poder. Lo que busca, yo no diría Rusia, sino lo que buscan Putin y su camarilla, es imponer un nuevo unilateralismo. En ese sentido las conquistas territoriales son importantes, pero no son coyunturales. Un asesor de Putin dijo: "No se trata de Ucrania (...) hoy la OTAN no es una amenaza real para nosotros". O sea, nos está diciendo, a largo alcance el objetivo es otro. Yo diría que el objetivo a largo alcance es reemplazar a los Estados Unidos como potencia dominante y proponernos o, mejor dicho, imponernos, valores que son los valores de Putin y su grupo, ni siquiera son valores de toda Rusia. ¿Qué explica lo que presenciamos en Ucrania? No se está bombardeando solamente guarniciones militares, sobre todo se está aterrorizando a la población, están bombardeando edificios civiles, teatros, maternidades, hospitales, museos, galerías de arte, a propósito. Esos son los valores que nos quieren imponer, y el presidente del Consejo Constitucional de la Federación Rusa, la máxima autoridad en derecho de ese país, el hombre que teóricamente tiene el poder (teóricamente, porque hay que pedirle permiso a Putin) de anular una ley que contradice

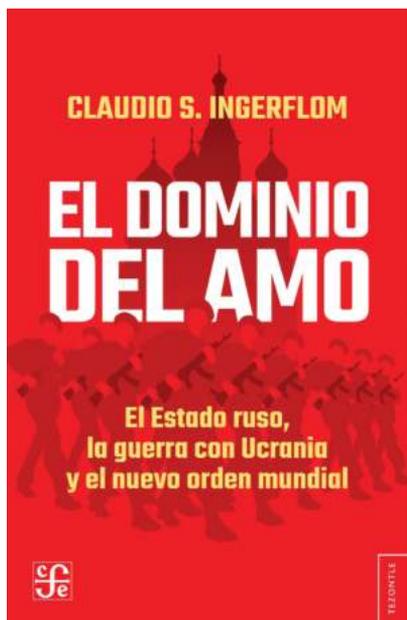
a la Constitución, acaba de escribir un artículo donde dice que la tragedia de Rusia fue la emancipación de la servidumbre, que el campesinado tendría que haber seguido siendo siervos. Es lo que escribió él, está impreso.

-Macron se desmarcó del calificativo de “carnicero” que utilizó Biden para referirse a Putin, y recalcó que Rusia es un país vecino, marcando una diferencia territorial. ¿Cómo lo hace Europa para lidiar con Rusia?

Son vecinos, eso impone quizá este tipo de diplomacia, pero esa diplomacia fracasó con la Unión Soviética y fracasó con Rusia también. Yo creo que Europa Occidental sigue pensando que puede tener voz en el concierto, pero los rusos no se lo reconocen, lo dicen explícitamente: “No hay silla para la Unión Europea en esta mesa, somos Estados Unidos y nosotros”. Creo que la Unión Europea depende del gas, además hay empresas europea-occidentales que siguen trabajando en Rusia. Esto no justifica la frase de Biden, fue desacertada. Creo que la humanidad entera está esperando que Putin deje de ser presidente para evitar una guerra mundial, porque este hombre chantajea con bombas atómicas. Uno puede pensar que un dirigente cuerdo no lo haría, pero el nivel de sinrazón de lo que está haciendo, la ignorancia que demuestra, porque evidentemente no tenía la menor idea qué era el ejército ucraniano, ni la sociedad ucraniana, que es una sociedad democrática, donde han cambiado muchas cosas. Para su justificación, eligió un país con un pasado tan antisemita como Ucrania, pero no más que Rusia, Polonia o Bielorrusia, pero con el detalle de que los ucranianos eligieron un presidente judío con 73% de los votos, mientras la extrema derecha ucraniana obtuvo el 1,6% de los votos.

-Dentro de esta mirada de unilateralismo de los rusos, ¿Qué papel jugaría China?

Creo que China juega su carta, hoy puede estar con Rusia y mañana no. La Unión Soviética estuvo con Estados Unidos contra la Alemania nazi. En política internacional juegan intereses de Estado y sus cambios de orientación ocurren en función del enemigo. China no se compromete mucho, viene saliendo de una relación muy difícil con Trump y está más inclinada a “comprender” a Putin, pero al mismo tiempo tiene el problema de Taiwán. Un artículo de un sinólogo ruso, cita a dirigentes chinos para mostrar que desde el momento en que Putin disminuía la importancia de la diplomacia con Occidente y ponía el acento en las relaciones con Asia, China



Nadie mantiene una guerra civil ocho años, si no posee un objetivo después. Los que piensan así creen que Rusia es un pequeño país sin ambiciones. Pero es una potencia con sus propios objetivos, que no dependen de quién es el que esté en frente.

un pequeño país sin ambiciones. Pero es una potencia con sus propios objetivos, que no dependen de quién es el que esté en frente.

-Y los países latinoamericanos, uno piensa en Argentina y Chile que tienen gobiernos de signos progresistas, ¿cómo se deberían posicionar frente al problema de Ucrania?

Creo que hay que ser fiel a los colores que uno defiende, no puedes decir que eres anti-imperialista, que estás defendiendo los derechos de la mujer, que quieres la libertad de prensa, que quieres la libertad política, que no hay que criminalizar la protesta, te estoy diciendo consignas del kirchnerismo con las cuales

uno puede estar de acuerdo. Si tienes esos valores, no puedes apoyar a Putin.

El antiliberalismo ruso es de corte -yo no diría autoritario, me parece una palabra suave- antisocial. El objetivo de Putin es que no haya política como esfera autónoma, y en ese sentido es un heredero del soviétismo y el zarismo. Hay oposición, aparentemente sí, pero Putin envía un proyecto de ley que mete 15 años de

cárcel por decir la palabra guerra y toda la Duma unánimemente vota a favor, eso muestra el nivel de miedo y de terror que tienen los dirigentes de la oposición. Te envenenan y después te meten 10 años de cárcel, eso es el antiliberalismo de Putin.

Hay un sector importante de la izquierda argentina que está dominado por la pereza intelectual, porque no quiere salir de la ideología de los años '50 o los '70. Cuando digo pereza intelectual es porque leen Sputnik y escuchan RT rusa, no van a los sitios opositores. Se puede usar Google translate y se te escapan matices, pero comprendes el texto, las denuncias, lo que está pasando. Entonces, hay una pereza intelectual que pasa porque el enemigo de mi enemigo es mi amigo y porque todo lo que vaya contra Estados Unidos está bien.

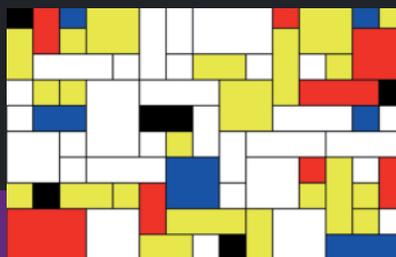
empezó a dar un paso atrás en sus vínculos con los rusos, motivo: si Putin hoy ataca Ucrania ¿por qué mañana no va a ser China? Si quiere ser la potencia líder. Hay un solo queso y hay varias ratas.

-Algunos señalan que, si Trump hubiese estado gobernando Estados Unidos, Putin jamás se hubiese atrevido a dar el paso. ¿Crees que notó una debilidad en la presidencia de Biden?

No, no lo creo, esto se prepara. Crimea es del 2014 y era presidente Obama. Nadie mantiene una guerra civil ocho años, si no posee un objetivo después. Los que piensan así creen que Rusia es

MAGÍSTERES Y DIPLOMADOS

Ven a Crecer + con nuestros programas



- **Magíster y Diplomado en Artes Liberales**
Presencial
- **Magíster y Diplomado en Historia**
*Híbrido**
- **Magíster y Diplomado en Filosofía Política y Ética**
Presencial
- **Magíster y Diplomado en Literatura Comparada**
*Híbrido**
- **Magíster en Historia del Arte**
*Híbrido**
- **Diplomado en Curaduría**
*Híbrido**



INICIO:

Agosto 2022



SEDE:

Las Condes,
Presidente Errazuriz 3485

Vitacura,
Santa María 5870



CONTACTO:

Lorena.Rochna@uai.cl

**Cada estudiante deberá elegir entre clases presenciales o la modalidad online sincrónico (clases en vivo vía Zoom) al momento de matricularse.*

ARTESLIBERALES.UAI.CL

 **Infórmate de todos los detalles aquí:**





UN PAJARO DE GUERRA, POR MAX ERNST

POR ALESSANDRA CAPUTO
NÚCLEO DE HISTORIA DEL ARTE

do el despliegue de una tecnología militar impulsada por los avances de la industrialización. Sin embargo, toda esa experticia producida a partir del desarrollo tecnológico, fruto de un supuesto progreso de la civilización europea, conllevaría a la constatación del lado más terrorífico de la humanidad.

Cuando estalla la guerra, Max Ernst había estudiado historia del arte, filosofía y psiquiatría en la Universidad de Bonn, emprendiendo también su carrera como artista. Pero se enrola para batallar en el frente alemán, siendo herido por la esquirla de una bomba. Tras esta experiencia, se une al movi-

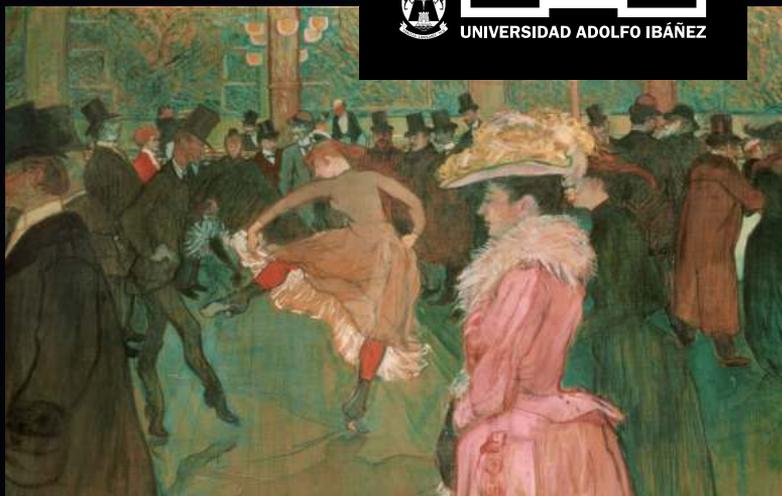
En época de guerra, el canto del ruiseñor es sustituido por el silbido de las bombas que caen sobre los techos de las casas, destruyendo los recuerdos serenos de infancia que se transforman y resurgen como pesadillas. En este fotomontaje de 1920, Max Ernst compone la imagen de un ser espectral a partir de fotografías y recortes: una bomba hace de cuerpo, los delicados brazos de una bailarina, un ojo femenino, una cola hecha a partir de un pañuelo arrugado y un abanico que adorna la cabeza. Este “ruiseñor chino”, tendido verticalmente sobre un pasto, rememora la fábula de Hans Christian Andersen, en la que un emperador chino desea gozar indefinidamente del canto de un ruiseñor, obligándolo a vivir en su palacio. No obstante, como esta ave no puede cantar en cautiverio, el emperador lo sustituye por un pájaro autómatas, cuyo canto, sin embargo, no tiene el mismo efecto del auténtico ruiseñor. Finalmente, el emperador debe conformarse con el canto esporádico, pero libre, del ruiseñor real. La fábula es un recordatorio de que la auténtica belleza sólo se puede vivir en libertad, y que nunca podrá ser sustituida por las máquinas.

La guerra, en cambio, supone todo lo contrario: la supresión de la libertad dejada a manos de la tecnología. En ese sentido, la Primera Guerra Mundial es conocida por ser la instancia en que comenzaron a utilizarse armas de exterminación masiva, constituyen-

miento artístico dadaísta, creado por Hugo Ball y Tristan Tzara, como una forma de constatar el fracaso de la civilización. Fundado en 1916, el dadaísmo utiliza un lenguaje nihilista y satírico para enfrentar la realidad y cuestionar el sistema de arte vigente. Una de las características de este movimiento sería producir escenarios a partir del azar, el automatismo y el juego, apropiándose de conceptos y metodologías adoptadas por la psicología para elucidar el inconsciente. Gracias a sus intereses y a su formación interdisciplinaria, Ernst se convertiría en uno de los grandes exponentes de este movimiento, cruzando el puente con el surrealismo hacia los años '30. No sólo domina la técnica del fotomontaje -una de las favoritas del dadaísmo- sino que además innova en nuevas formas de expresión, en las que las imágenes creadas a partir de asociaciones libres evocan formas que hacen aflorar el lado irracional y oculto de la psique.

El ruiseñor chino de 1920 aglutina el impacto psicológico de la guerra con los recuerdos de su infancia, a partir de la imagen de un ave aparentemente seductora, que termina siendo un arma de exterminio. Desde entonces, la figura del pájaro se transforma para Ernst en una suerte de símbolo totémico que lo acompañaría por el resto de su vida. Basándose en los imaginarios arquetípicos y mitológicos del ave, que se conectan con experiencias visionarias y chamánicas del “vuelo mágico”, el artista emprende un viaje más bien místico, donde el fotomontaje se convierte en una sublimación del monstruo de la guerra.

Cursos



Prepárate para Crecer+ con nuestros programas

1. Historia del lejano Oriente
2. Seis escritoras imprescindibles
3. Historia del Arte
4. Grandes disputas filosóficas
5. Cruzando las fronteras de la ciencia
6. Chile, 500 años de historia
7. Historia económica de Chile: siglo XIX y XX
8. La ciencia que nos convirtió en dioses
9. Mujeres filósofas
10. Comprendiendo la economía: origen, crisis y debate de las ideas



INICIO:

Junio - Julio - Agosto 2022



FORMATO:

Una sesión semanal
18:30 a 20:00 hrs.
Online en vivo (Vía Zoom)



CONTACTO:

Daniela Wenzel:
dwenzel@uai.cl



COBERTURA DEL CONFLICTO
"MÁS QUE
OBJETIVIDAD
LO INTERESANTE
ES TRATAR
DE SER
IMPARCIAL"

A la cabeza de BBC Mundo, Carolina Robino describe su trabajo como un intercambio continuo, nutritivo y enriquecedor. Su equipo forma parte del servicio mundial de la BBC, una especie de Naciones Unidas del periodismo, según sus propias palabras. Y aspira a convertirse, para su audiencia, en una amplia ventana al mundo. Desde Londres conversamos con la directora del medio acerca de los nuevos alcances y significaciones de la guerra.

POR MARÍA JOSÉ NAUDON
DEPARTAMENTO DE LITERATURA

En Europa, la guerra parecía hasta hace muy poco un concepto propio de los libros de historia. ¿Cuáles son las particularidades del fenómeno actual?

Evidentemente esta guerra tiene muchos elementos distintivos. Primero, ocurre después de la pandemia, tema que nos tomó por completo y que subió mucho el interés por las noticias. Cuando estábamos viendo una caída paulatina y regular en todos los medios del mundo, la guerra vuelve a provocar un interés muy fuerte por entender el conflicto. Por otra parte, esta guerra se da en vivo y directo, con una cantidad enorme de información disponible y en las puertas de Europa, despertando un fantasma histórico que tiene que ver con la posibilidad de una Tercera Guerra Mundial. Esto no ocurre en otros conflictos, entonces, aunque humanamente la crueldad y el dolor son los mismos, el contexto es claramente diferente.

Y en este nuevo escenario, ¿cómo influye la disponibilidad de información?

La cantidad de información disponible es hoy muchísimo más alta que en otras guerras. En parte por los dispositivos, pero también porque el acceso y la cantidad de periodistas cerca del conflicto es enorme. Esto ha permitido una cantidad impresionante de imágenes, videos y testimonios que es brutal en términos humanos y que nos alejan de cualquier fenómeno anterior. Aquí, estás todo el tiempo viendo la crueldad y constatando que en ciertas materias no hemos evolucionado tanto como creemos. Estamos en el siglo XXI para algunas cosas, pero para otras seguimos anclados en el pasado.

¿Cómo convive esta información oficial con aquella que no lo es, pero que alerta igualmente a las audiencias?

La información puede venir de cualquier lado; de nuestros reporteros en Kiev o de un ciudadano. En ambos casos lo que recibimos puede tener un valor periodístico. El trabajo, ineludible, está en contrastarla, chequearla y decidir si difundirla o no.

Y ¿en base a qué criterios se toma esa decisión?

Hay un trabajo de investigación casi detectivesco muy importante. Chequear es hacer periodismo. Creo que esto es fundamental para contribuir a no difundir información inexacta. Las guerras, por ejemplo, nos enfrentan a lo más extremo de la vida: muerte, destrucción, invasión, y muchos de esos temas son narrativamente buenas historias, pero nuestra responsabilidad no termina ahí. Nuestro imperativo supone ir más allá y preguntarse ¿por qué le voy a contar esto a mi audiencia?

Creo que es importante que seamos capaces de en-



tregar insumos que permitan poder entender, pensar, discutir y tomar una posición.

¿Salir de lo evidente?

Exacto. Cuando eligieron a Trump, por ejemplo, ya teníamos un plan muy completo para cubrir las elecciones. Después del Brexit habíamos aprendido a ponernos en todos los escenarios y por eso habíamos pre reportado a la espera de los resultados. En algún momento en la noche, Hillary mandó un tweet agradeciendo a los votantes y después Obama dijo “mañana, pase lo que pase, saldrá el sol”. Con estos datos le dije a los reporteros que habían estado trabajando en Trump, “pónganse a escribir”. Horas después, confirmada la información, titulamos: “Ganó Trump”. Al mirarlo pensé que nuestro titular era igual al de todos los medios del mundo. Como ya teníamos lista una nota llamada “5 razones por las que no es tan raro que haya ganado Trump”, decidimos reemplazarla. Fue con distancia la noticia más leída.

¿Y por qué crees que fue así?

Porque esa noticia nutre. Después de saber quién ganó, esa información no me sirve para nada.

Es más interesante el por qué ganó,

que saber que ya ganó. Eso agrega contexto.

¿Ha habido algún tema particularmente difícil de cubrir en la guerra?

Si pensamos en la guerra, un tema particularmente complejo ha sido cuánta violencia mostrar en las imágenes. Hay que cuidar esa línea. Por un lado, es evidente que existen personas y sensibilidades que debes respetar, pero también es importante mostrar que en las guerras hay muertes y cadáveres. Es relevante enfocar la guerra más allá de lo geopolítico y mostrar el lado humano. Que seamos capaces de entender el sufrimiento que causa una guerra y

abordarla en toda su complejidad.

Esto supone observar la realidad con mirada compleja y abordarla desde perspectivas diferentes. ¿Qué desafíos plantea?

Hoy todos los temas deberían ser abordados desde diversos ángulos considerando, además, la diversidad de canales y audiencias. Cuando empecé a trabajar en periodismo escrito, el trabajo terminaba cuando entregabas la nota. Otro la editaba y armaba. Hoy, tú terminas, publicas, y puedes colaborar a la distribución.

¿Y qué rol cumple la audiencia en esa nueva forma de hacer periodismo?

El periodismo actual obliga a conocer las audiencias para entregar información que les sea relevante. No se trata de ser esclavos de ellas, pero ya no es posible escribir en piloto automático. Nosotros muchas veces les preguntamos ¿qué te gustaría saber? y es muy gratificante ver que la gente quiere saber cosas súper interesantes. Para nosotros el gran logro reside en interesar a quien cree no tener interés en algún tema. En este sentido, la responsabilidad de que a la gente le llegue o no un tema, es nuestra. Por ejemplo, yo sé que mi audiencia está interesada en la guerra, pero también sé que va perdiendo interés con el tiempo. Entonces, tengo que preguntarme cómo hago para recuperarlo.

Una de las críticas planteadas a la cobertura de esta guerra es haberlo hecho como activistas más que periodistas. ¿Te parece que ha sido así?

Es cierto que hay mucho periodismo que se ha vuelto activismo pero, en este caso concreto, también es importante entender que cubrir Rusia no es fácil. La extensión del país y las restricciones a la prensa son factores gravitantes. El problema ocurre cuando los artículos, los videos, las notas se basan en opiniones y no en datos. Por ejemplo, hay datos de que a Putin la guerra se le hizo más larga de lo que esperaba, pero respecto de quién va ganando la guerra no es posible afirmarlo. Cuando veo algunos titulares de quién va ganando la guerra digo, “esto parece un videojuego”. Y no lo es.

Hay un trabajo de investigación casi detectivesco muy importante. Chequear es hacer periodismo. Creo que esto es fundamental para contribuir a no difundir información inexacta”.

En ese contexto, ¿qué responsabilidad tiene el periodismo en mantener vigente un tema y no permitir la sensación de olvido o la naturalización de fenómenos como la guerra?

Creo dos cosas. Es nuestra responsabilidad seguir haciendo notas de Ucrania y de Rusia porque es un tema muy relevante. Pero no tenemos por qué tener una frecuencia permanente o fija. En el contexto de una guerra igualmente ocurre que se estrena una obra de teatro maravillosa o Cecilia Vicuña recibe el León de Oro en Venecia, y esto también es importante de contar.

Cuando escribes y escribes tanto, las propuestas de temas se van enrareciendo. Me acuerdo de que en pandemia me propusieron como tema: cinco cosas que tiene que pensar una mujer antes de dejar su cartera en el suelo y pensé “¡ay Dios mío! dejemos poner a las mujeres la cartera en el suelo en paz”.

¿Aspiran a una construcción crítica de lo que se transmite?

Claro, claro. Tienes que definir cómo cubres y para qué lo haces. Lo puedes hacer con hechos o con un testimonio y te preocupas de confirmar que ese alguien esté diciendo la verdad. O puedes ser transparente y dices: “esto suena mucho, pero no lo



hemos podido verificar”. Más que objetividad, lo interesante es tratar de ser imparcial. Ese es un valor muy importante en la BBC y para eso, es imprescindible el contexto y saber por qué digo esto o aquello.

Hace unos meses, por ejemplo, decidimos no cubrir una noticia relacionada con la OTAN porque no aportaba información nueva, pero al mirar la foto de la reunión dijimos “¡Uy, qué foto!” Era una imagen de filas y filas de señores con traje, todos vestidos iguales y cuatro mujeres, una aquí, una allá. Al mirarla quedaba claro que el siglo XXI no ha terminado de llegar, son todos esos señores antiguos los que están discutiendo la guerra y todos ellos podrían haber estado discutiendo el fin de la Segunda Guerra también. E hicimos una nota sobre quiénes eran esas cuatro mujeres.

Frente a estos desafíos, ¿qué hay de nuevo y qué de permanente en el rol de periodista?

Hay muchas cosas del periodismo que siguen siendo iguales; trabajar con datos, confirmarlos, todo eso es muy relevante. Pero otras son muy diferentes. Hoy, por ejemplo, las fuentes y la forma en que la gente consume información es radicalmente distinta. La audiencia quiere entender el mundo, pero tienes que lograrlo con calidad y entretenimiento. Y ojo que lo entretenido no es necesariamente frívolo, no tiene por qué serlo.

¿Qué falta entender y desarrollar en este nuevo modelo?

Por una parte, nos hace mucha falta entender cómo distribuir. Sobre distribución de la información tenemos que aprender más y mejor. Pero por otra parte, yo diría



“La cantidad de información disponible es muchísimo más alta que en otras guerras”.

que es crucial que los estudiantes lean. Que lean cualquier cosa, no necesariamente de periodismo, pero que lean y desarrollen la lógica. Al leer ocurren conexiones importantes en el cerebro, y esa estimulación hace que puedas detectar cuando algo no tiene sentido. Se enciende una alarma natural.

¿Una especie de check list natural de estándares intelectuales?

Exacto. Nosotros usamos un montón el concepto. Tú dices, a ver, “¿esto tiene buena fe? ¿esto tiene lógica?” Es algo automático. Un ejemplo: una vez una chica me dijo que quería trabajar sobre un video que había visto en BBC de unos pingüinos que habían atravesado el Atlántico y habían llegado a Brasil. Cuando lo estaba editando de repente miro y me pregunto, “¿pero de verdad los pingüinos vuelan?” y me pongo a investigar, porque en el video los pingüinos, efectivamente, estaban aterrizando en el Amazonas, en los árboles. Y de repente le digo “¿no será una broma del Día de los Inocentes?” Y efectivamente lo era. Finalmente, decidimos transparentar la situación y contar la historia de la periodista.

O sea, la noticia no fue el pingüino sino que fue ella, cambiaste el eje.

Cambiamos a lo brillante de la broma y la incluimos a ella. Pero sí, lo relevante es tu alarma, tu formación personal, tus lecturas.

Quizá esa sea hoy la diferencia entre un periodista y un ciudadano de a pie con un celular en la mano.

Por supuesto. En las escuelas deberían enseñarnos a preguntarnos cosas, a estar continuamente preguntándonos. A ser un cuestionador de las noticias.

Y ¿cómo compites frente a la marea de noticias sensacionalistas? Durante la cobertura de la guerra se ha criticado mucho la cobertura tipo Hollywood del conflicto.

Puedes generar tráfico muy fácilmente con cosas que apelan claramente al morbo, o también puedes lograr tráfico masivo con contenido. La segunda opción es obviamente más difícil y supone pensar muy bien lo que vas a decir y concretarlo en un muy buen título. Uno que no pase desapercibido y que no sea mejor que el contenido. Eso ocurre mucho.

¿Por qué es tan relevante el título?

En periodismo digital el título es básico, si no tengo un título atractivo la gente no va a hacer click. La competencia es brutal. Eso

no significa hacer títulos tramposos. Nosotros gastamos un montón de tiempo en eso, mucho tiempo. ¿Cuál es el título? ¿Cuál es el título? ¿Cuál es el título? O lo que es lo mismo, ¿cuál va a ser el ángulo desde el que decidimos hablar? Cuando eso no está claro, decimos, “está súper bueno este tema, pero no tenemos título. No va hasta que no lo encontremos”.

¿La importancia de preguntar?

Sí, y de cuestionar. Vamos a los hechos pero también preguntémonos cuáles son las repercusiones de esos hechos, que pueden ser múltiples e infinitamente complejas. Desde ahí, orientamos la cobertura.

¿Y qué se hace con las restricciones de lo políticamente correcto? ¿Cómo se vive desde el periodismo y desde la relevancia de las preguntas?

Yo creo que preguntar con contexto. Tienes que tratar de asegurarte. Si la pregunta es relevante pero compleja, debes hacerlo de una manera que sea respetuosa y también de adelantar escenarios de reacción. Si definitivamente la pregunta clave no puedes hacerla, entonces habrá que pensar si vale la pena o no la entrevista. Lo que no puedo es no hacer la pregunta fundamental. Y eso en

Es cierto que hay mucho periodismo que se ha vuelto activismo, pero, en este caso concreto, también es importante entender que cubrir Rusia no es fácil”.



IMÁGENES, RELIQUIAS y adoración fetichista

**POR JOSEFINA SCHENKE,
NÚCLEO DE HISTORIA DEL ARTE**

La reacción que nos mueve hacia una imagen -y más hacia aquellas de carácter piadoso- no puede equipararse a una adhesión sentimental o interesada, comparable a la que se dirige a un objeto biográficamente significativo (por ejemplo, la porcelana familiar) o pecuniariamente atractivo (las andas de plata de una cofradía). Hay algo inquietante en una imagen que la vuelve otra cosa, algo que nos impide quemar o romper la foto impresa de aquellos que queremos o quisimos, por ejemplo, sin que esto resulte, en alguna medida, perturbador. En la era de la multiplicación de las

Los fetiches son aquellos objetos a los que atribuimos un poder casi mágico, una capacidad de sortilegio, porque están relacionados con un momento dramático de la historia y porque estuvieron en contacto estrecho con modelos ideales, a saber, con los héroes.

imágenes digitales, tales gestos parecen olvidados y por eso resulta interesante pensar en dos tipos de objetos íntimamente vinculados -imágenes y reliquias- y en su actual comprensión como “fetiches”.

Si el significado de una imagen como representación de algo nos parece intuitivo de comprender, es preciso definir qué se entiende por reliquia. En sentido estricto, una reliquia es una sección del cuerpo de una persona venerable, o bien un objeto que tuvo contacto físico con ese cuerpo, de manera que tal contacto lo volvió santo o valioso. Desde el siglo II, con la visita a las tumbas de los mártires cristianos, las reliquias son, en su sentido específico, los restos venerados del cuerpo de un santo, y se interpretan como el santo mismo, por lo cual las plegarias se dirigen a ellas como si se dirigieran al muerto mismo. De modo más extenso y contemporáneo, una reliquia es un objeto que deseamos conservar, ya sea por su antigüedad, por su historia o por su origen.

La palabra “fetiche” proviene del vocablo portugués “fetiço”, que significa “sortilegio” y designa el nombre dado por los europeos a los objetos de culto y a las prácticas religiosas de pueblos y civilizaciones de Guinea y de África occidental durante los siglos XV y XVI. Contemporáneamente y en otros contextos, comprendemos el fetiche como cualquier objeto con respecto al cual recreamos un vínculo de atracción y dependencia.

Imagen y reliquia son cosas que, a simple vista, parecen completamente desconectadas: la imagen sería -desde una tradición platónica-, el reflejo, la copia, de algo real, mientras que la reliquia sería el resto físico de un cuerpo venerado, o de las vestimentas de aquel cuerpo; dicho sujeto se estima digno por alguna razón, trátase de un santo de la Iglesia o de una actriz de Hollywood. Imagen y reliquia parecen, así, realidades desligadas y, sin embargo, se relacionan íntimamente. Cumplen funciones similares: se las teme, se espera de ellas determinadas reacciones, están siempre modulándose y cambiando por efecto de su recepción. Existen como cosas frente a las cuales determinados comportamientos reciben denominaciones específicas: arruinar una reliquia es sacrilegio; mientras que destruir una imagen es iconoclasia.

Romper un vaso o una ventana, quemar una mesa o robar un candelabro son actos que no reciben una denominación particular, mientras que quebrar un espejo conlleva una serie de supersticiones -siete años de mala suerte- justamente porque implica romper la imagen del mundo o romper nuestra propia corporalidad.

Además, reliquia e imagen son objetos cuyas materialidades provienen de una huella: ambos existen porque son gesto de algo que no está y, en esa medida, están siempre relacionadas al recuerdo y al olvido, a la resistencia al olvido.

Estos objetos nos interesan más allá del mundo cristiano, como elementos antropológicos que revelan patrones universales de conducta frente a ítems de carácter visual y material a los que les ha sido asignado un poder. Tal carga sobrecoge, impresiona, incluso aterra, pero está lejos de dar pie a una relación simplemente emotiva. Hay algo más intenso y radical en un objeto en el que se depositan esperanzas y al que, a fin de cuentas, se respeta y se teme.

Los conflictos bélicos sacan a relucir este tipo de objetos: un buque ruso Moskva, hundido el pasado 14 de abril en la costa de Sebastopol, habría conservado una reliquia para su protección, un trozo de la cruz de Cristo (un *lingnum crucis*). Los retratos de mártires son difundidos para su “veneración”; los objetos que utilizaron se transforman en reliquias laicas. Los museos históricos están llenos de banderas, estandartes y armas, así como de mobiliario, vestuario, diarios de vida y ornamentos que pertenecieron a hombres a quienes se les rinde un culto “civil”. Es el caso de los malogrados anteojos de Salvador Allende o el diario de campaña del general José Miguel Carrera, ambos conservados en el Museo Histórico Nacional. Esta misma institución guarda un instrumento de la Esmeralda y un chaquetón de Arturo Prat.

Cada guerra, cada conflicto político, produce sus fetiches. Aquellos objetos a los que atribuimos un poder casi mágico, una capacidad de sortilegio, porque están relacionados con un momento dramático de la historia y porque estuvieron en contacto estrecho con modelos ideales, a saber, con los héroes. Al igual que en la esfera cristiana, imágenes y reliquias laicas no son simples objetos ni meros retratos, sino presencias que actúan como tales e intervienen en la historia, de acuerdo con las expectativas y la imaginación.

Es por ello que el sentimiento que a ellas se dirige no es una simple emoción nostálgica, es una adhesión sentimental comparable al cariño que se profesa a un objeto familiar. No es un sentimiento que provenga de una pasión, sino que supone un componente numinoso de reverencia y respeto ante lo sagrado, puesto que estos objetos, aunque signos y medios hacia algo más grande, son portadores de aquello que significan o, si se quiere, significan también por ellos mismos. Estos objetos evocan una ausencia y un cuerpo, y son rastro de un recuerdo y sustituto del olvido.

HÉCTOR SOTO: “CHILE SE HA JODIDO MUCHAS VECES”

TESTIGO PRIVILEGIADO DE LA HISTORIA RECIENTE DE CHILE,
COLUMNISTA Y CRÍTICO DA SU MIRADA SOBRE NUESTRO
PAÍS, Y LO QUE OBSERVA CIERTAMENTE LE PREOCUPA.
“VAMOS EN CAIDA LIBRE”, SENALA.

POR FRANCISCO COVARRUBIAS
DECANO FACULTAD DE ARTES LIBERALES
FOTOS: VERÓNICA ORTÍZ



Este país se ha vuelto inviable”, dice con esa mezcla de humor e ironía que lo caracteriza, sentado en un café de Providencia.

Abogado de profesión, pero periodista de vocación, ha escrito miles de carillas sobre cine, política y actualidad. Lo suyo ha sido mirar a Chile con alguna distancia, y este año decidió abandonar sus columnas semanales en La Tercera y su programa diario en la radio Duna.

-¿Cuál es tu estado de ánimo en esta etapa?

Muy contento, lo cual tiene algo de obscenidad cuando uno está entrando a un período más bien crepuscular. El haberme

retirado de la contingencia me tiene como perro nuevo. Nunca había tenido la experiencia de vivir sin horarios, sin presiones y con tanta libertad. Nunca había tenido tanto tiempo para leer, salir, ver amistades y pavear, que es mi especialidad. No estoy conectado para nada con la actualidad y generalmente las noticias me llegan de rebote. Trato de eludirlas obviamente, un poco por sanidad mental, otro poco porque estoy en otra.

-El viejo anhelo de que habíamos llegado al fin de la historia duró poco en el mundo, ¿cómo te imaginas las próximas décadas?

A ver, a ver, conflictos, guerras y desencuentros ha habido siempre y seguirán existiendo aquí y en la quebrada del ají. Pero, con el perdón del Frente Amplio, no sé si tengamos o queramos como ideal en la actualidad un modelo muy distinto al de las naciones occidentales desarrolladas. ¿Alguien quiere vivir en sociedades como las islámicas? ¿A quién le entusiasma de verdad el modelo chino? Aparte de Jadue, ¿hay quien todavía se emocione con el experimento chavista? ¿Nos gustaría, en serio, vivir en la Rusia de Putin?

-¿La vieja pregunta de Vargas Llosa (“cuándo se jodió el Perú”) es aplicable para Chile?

-Chile se ha jodido muchas veces. Y en dos o tres momentos pareció salir a flote. Ahora de nuevo vamos en caída libre, desde que el país se volvió inviable y se hizo ingobernable tanto para la derecha como para la izquierda. Eso puede leerse como un justo castigo a las obstinaciones de uno y otro bando. El problema de esta severa pedagogía es que en el intertanto nos estamos yendo todos al carajo.

-Me parece que tú eres un gran escéptico, ¿pensaste en algún momento que íbamos camino a ser Irlanda o Finlandia?

-Nunca, Dios me libre. Creo saber el peso que tiene la historia, la geografía y también la genética. Portales sabía de lo que hablaba cuando intuyó aquello de “el peso de la noche”.

-No todo ha sido malo, supongo. ¿Qué te parece que

“LAS REDES SOCIALES ME PRODUCEN HORROR”

¿Qué te producen las redes sociales?

Horror. Punto.

¿Estás de acuerdo con la “plurinacionalidad”?

No, para nada. Soy de la época en que, como decía Carlos León, mi profesor de Filosofía del Derecho, el país creía tener su identidad nacional bien resguardada en la bandera, en el Cuerpo de Carabineros y en la cadena de clubes radicales que unía de norte a sur a los pueblos y ciudades de Chile.

¿Qué te produce la palabra “neoliberalismo”?

La verdad es que mucho más sopor que culpa. Se ha convertido en una suerte de tapón para contener un apestoso torrente de lugares comunes.

Eres amante de los animales, ¿te parece que tienen “derechos”, o que ello es una especie de nueva religión?

Me encanta el “animalaje”. Son nuestros hermanos menores, según San Francisco. Por supuesto son parte de nuestra conciencia moral. Y siempre los he visto más desde la perspectiva del cariño que del derecho. Dicho eso, por supuesto que me gusta que la sociedad toda busque maneras, sin beaterías, de protegerlos mejor.

ha sido un avance en nuestra sociedad?

Lo mejor fue haber llegado por segunda o tercera vez en la historia a la puerta del horno. Lo peor, que se nos volviera a quemar el pan.

-¿Chile está polarizado?

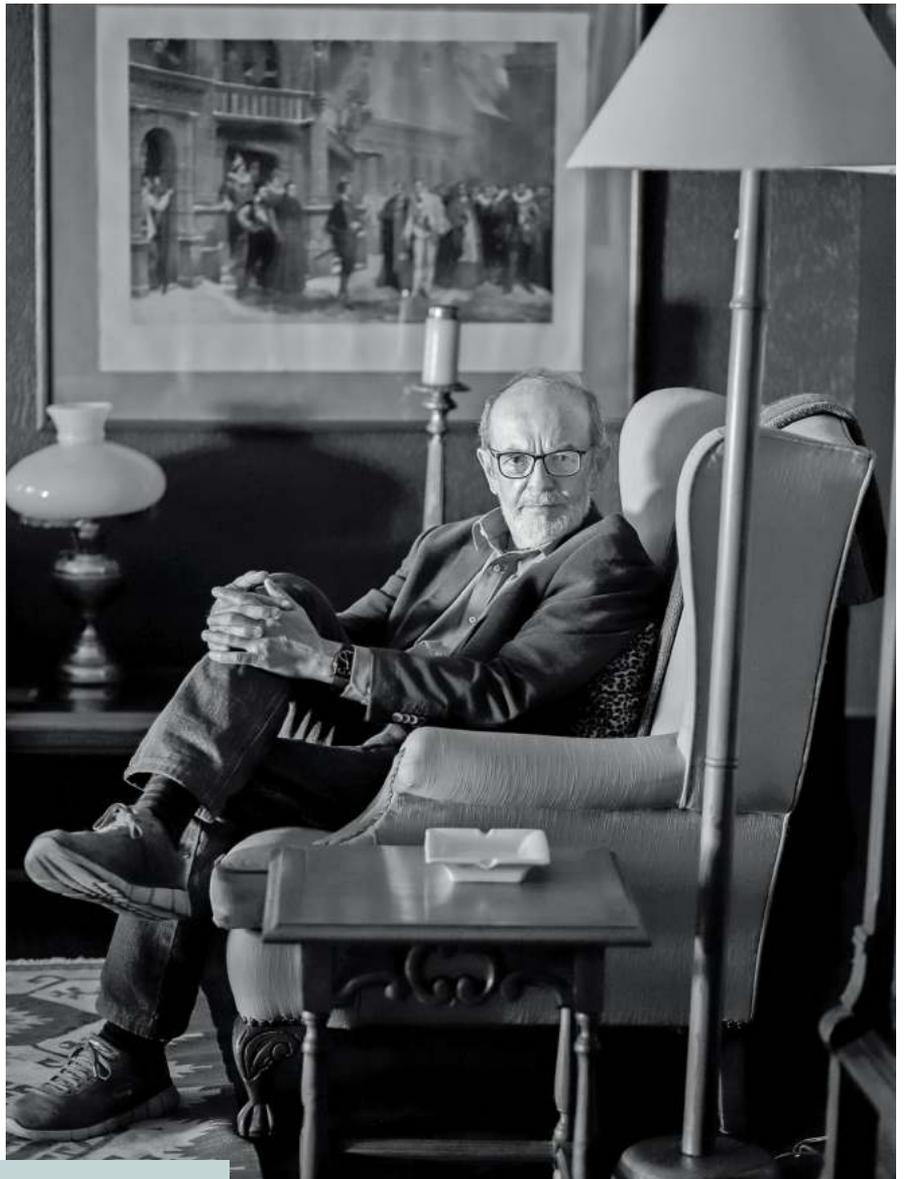
-Sí, sobre todo en las elites. Y en redes sociales, para qué decir. No tanto, me gustaría suponer, en nuestra inestable, voluble, veleidosa y errática base social. Esto es nuevo. Antes éramos enfermos de previsibles; también, aburridos a rabiar. No tengo claro en qué momento exacto nos pusimos tan creativos y originales como ahora.

-¿Existen obstáculos insalvables para el diálogo racional indispensable para la democracia?

-Quisiera creer que no. Pero lo digo por puro voluntarismo.

-¿Si tuvieras que describir a Chile en una frase cómo lo harías?

-Aunque ya estamos un poco viejos para eso, creo que seguimos buscando nuestro destino. Y seguimos sin encontrarlo, aunque día por medio creemos verlo a la vuelta de la esquina. Es otra evidencia de lo extraviados que andamos. Por otro lado, pareciera que a estas alturas ya no valen mucho las palabras



“ENTIENDO CADA VEZ MENOS LOS TIEMPOS QUE CORREN”

Radio, revista o diario. ¿Cuál te emociona más?

Aunque inicialmente me paralizaba, aprendí a querer a la radio. Siempre he dicho que es un medio extremadamente generoso en reconocimientos y retornos. Pero, vamos, lo mío siempre fue la letra impresa.

¿Por qué decidiste “colgar los botines” (o colgar el mouse en este caso)?

Primero, porque ya estuvo bueno. Segundo, porque quiero descansar. Tercero, definitivo, porque entiendo cada vez menos los tiempos que corren.

¿Es el cine tu gran compañero de ruta?

Tal vez más que eso. Un crítico porteño, refugiado español, Manolo del Val, al que admiré mucho en mis primeros años, decía que el cine había sido su vicio, su pasión y su desgracia. Tenía sus razones, claro. Mi caso es hartito menos dramático: ha sido mi vicio, mi pasión y mi refugio. Fue un espléndido refugio. Dudo que en la actualidad pueda serlo para un joven con curiosidad o para alguien con la cabeza medianamente bien puesta.

para definirnos como país. Tal vez un emoticón podría retratarnos mejor.

-¿Y a los chilenos?

-Qué difícil, pero no quiero correrme de la pregunta: gente en general bien silvestre, en otra época bastante comedida y, de un tiempo a esta parte, muy de mecha corta. Hemos retrocedido por supuesto en maneras. Y ni hablar del sentido del humor. Si no fuera por los inmigrantes, sobre todo colombianos y venezolanos, la simpatía estaría total y absolutamente erradicada de Chile.

-¿Qué escritor es necesario releer hoy para entender Chile?

-No tengo la menor idea. ¿Habría alguien que lo entienda? Pero creo que Portales, Edwards Bello, Donoso, Jorge Edwards, Merino y Jocelyn Holt, en distintos momentos y por diferentes razones, a veces por método y otras a fuerza de chispazos, están entre quienes lo han entendido mejor.

-¿Y qué película?

-Paso. Como señalan esos avisos matapasiones con que a veces nos encontramos en el mundo digital, el cine chileno sigue siendo un sitio todavía en construcción.

LO PÚBLICO, LO PRIVADO Y LO ÍNTIMO



La transparencia omnipresente, el exceso de evidencia, las redes sociales, la autoficción, e incluso una guerra transmitida en tiempo real, delatan el fin de lo privado. ¿Cómo guardar un secreto en un mundo que está organizado de una forma donde todo deja rastros, donde nada desaparece, donde el archivo está destinado a suplantar la realidad?

**POR ANDREA KOTTOW,
DEPARTAMENTO DE LITERATURA**

E

n un mundo colmado de trascendencia, en el que una instancia divina vela por el bien y el mal del universo, el ser humano no tiene nada que esconder. No hay cosa que deba ser ocultada y el ser humano nada debe querer esconder. En última instancia, es el deseo el que debe ser colonizado por el orden divino. No

hay que tener secretos, pero, sobre todo, no hay que desear tenerlos. “Secretos de dos no son de Dios”, reza un antiguo dicho popular. La práctica de la confesión, de hecho, intenta introducirse no sólo en los actos prohibidos cometidos en secreto, sino en los anhelos más recónditos del sujeto.

Paradójicamente, vivimos hoy -tiempos laicos, donde más que nunca imperan valores centrados en el aquí y el ahora- momentos de gran devaluación de lo secreto. La demanda por la transparencia está omnipresente. Prácticamente todas las esferas humanas son llamadas a mostrarse, a no dejar nada oculto. Una arquitectura en la que domina el vidrio, que promete no sólo luz sino también visibilidad, es el correlato en la organización espacial de la exigencia de transparencia. Espacios abiertos, oficinas compartidas que prescinden de puertas y muros, y separadores de vidrio que dejan ver desde afuera lo que ocurre en los interiores, evidencian una cultura que pretende mostrar que no tiene nada que ocultar. Nada debe quedar entre cuatro paredes, sino todo lo contrario: las paredes fingien no estar.

Otra arista de este llamado a no tener secretos o a volverlos imposibles son las redes sociales. Allí todo puede ser publicado, es



decir, convertido en público. Lo que antaño solía formar parte de la esfera privada o incluso íntima, ahora se publica y se comparte: la comida que preparé el domingo, la primera sonrisa de mi hijo o hija, un estado de ánimo, una desilusión amistosa o amorosa. Redes como Facebook o Instagram tienden a difuminar las líneas divisorias entre lo público, lo privado y lo íntimo. Al homogenizar en sus formatos todas las experiencias, desde las banales a las importantes, se pierde el sentido a partir del cual discernir entre lo que se quiere o no, lo que se debe o no, compartir y hacer público.

Esta pérdida entre lo público/colectivo y lo privado/íntimo/personal tiene su correlato en la verdadera pulsión de la cultura contemporánea por el archivo: todo queda grabado y guardado, documentado. Se hace casi imposible borrar las huellas de nuestros actos. El mundo, además, se ha poblado de cámaras en las que toda la realidad pareciera duplicarse, como en esos espejos cuya capacidad de multiplicar al hombre le parecía tan siniestra a Borges en su cuento *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*. ¿Cómo guardar un secreto en un mundo que está organizado de una forma donde todo deja rastros, donde nada desaparece, donde el archivo está destinado a suplantar la realidad?

“El que nada esconde, nada teme”, dicta otro refrán. Cualquier campaña política de hoy en día está atravesada por esta premisa. Un candidato a un cargo público debe ser intachable. Esto implica no sólo sus cuentas bancarias, sino sus diagnósticos médicos, sus hábitos sexuales, su historial con el alcohol y los estupefacientes. Los secretos son motivo de sospecha. Claro está, es mejor ni siquiera tenerlos, pues guardarlos se ha hecho casi imposible.

No es casualidad que los escritorios de hoy tienden a ser mesas planas, muchas veces incluso sin cajoneras. En nada se asemejan a los gabinetes antiguos, también llamados secretarios, llenos de cajoncitos, puertitas, recovecos pensados para ocultar en ellos lo que no debía estar disponible en la superficie. Y así como desaparecen los muebles/gabinetes, también van desapareciendo las o los secretarios personales, cuyas tareas administrativas se entremezclaban con la misión de guardar los secretos de sus jefes. Ahora, como las oficinas, los y las secretarías se comparten. En *El obsceno pájaro de la noche*, de José Donoso, Humberto Peñaloza conoce tantos secretos de su patrón, don Jerónimo de Azcoitia, que sus identidades se confunden. Por eso hay que, al final de la novela, convertirlo en imbunche: un ser al cual han cosido todos sus orificios, asegurando de este modo que nada pueda salir de él.

En el plano de la literatura, la ficción de la transparencia se ha abierto paso a través de la así llamada literatura del yo, identificada como una especial forma de autoficción. Un yo que, muchas veces, relata sin tapujos la banalidad de sus experiencias, desde las más cotidianas hasta las, supuestamente, más íntimas. Ya no se trata de historias genealógicas de familias en las que se transa el secreto en pos de la mantención de un orden comunitario

-familiar, social, nacional-, sino más bien de los vericuetos de un yo en su enfrentamiento consigo mismo, con los otros y con el mundo en el día a día.

También respecto de los convulsos tiempos que hemos vividos en los últimos años y que se agudizaron con la crisis en torno a la invasión rusa a Ucrania, se vuelve imperioso preguntarse acerca de la transparencia. La guerra es un negocio sucio, lo sabemos desde siempre. Los intentos de normarla, de asegurar que se juegue con cartas abiertas, se estrellan contra su imposibilidad. Las imágenes que a diario y en tiempo real podemos observar, parecen prometer la posibilidad de ver y de “supervisar”. Desde que entraron, hace ya más de 100 años, las imágenes en el mundo de la noticia funcionarían como garante de la verdad. Pero ya nos hemos acostumbrado a que todo es falseable y maleable. No podemos confiar en lo que vemos. La supuesta transparencia no pareciera sino una falsa promesa y una ficción inalcanzable.

La pregunta que se abre, a partir de esta mirada sobre la demanda insaciable de transparencia y el intento de erradicar lo secreto de nuestras vidas, quizás sea la que tiene que ver con el deseo: ¿Qué deseamos cuando pretendemos saberlo y verlo todo? ¿No nos volvemos a parecer mucho más de lo que quisiéramos a ese mundo en el que todo secreto debía ser confesado y en que parecía imposible escabullirse de la mirada omnipresente de la autoridad? “Ten cuidado con lo que desees, se puede convertir en realidad”, nos advierte Oscar Wilde. Fue lo mismo que a su modo dijo Santa Teresa: “Se derraman más lágrimas por plegarias atendidas que por las no atendidas”.

EL MUNDO



DE ARENDT

Considerada la más grande pensadora del siglo XX, los escritos de Hannah Arendt sobre totalitarismo, revolución y su noción de banalidad del mal, son piezas fundamentales y vigentes para entender la naturaleza política de los seres humanos.

POR MIRIAM JERADE
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA



principios de marzo se ve por el campus de la universidad a los estudiantes de primer año con su caja de libros; no sólo clásicos sino infinitos, lecturas que buscan cultivar la flexibilidad cognitiva y el pensamiento crítico. El Core Curriculum funciona a partir del canon de los grandes libros del pensamiento occidental que, como todo

canon, se instituye a partir de ciertos valores, lo que exige pensar críticamente las exclusiones como lo expresó Roosevelt Montás en el número anterior de RAL.

Así, el canon de la filosofía hasta hace poco se conformaba por hombres blancos europeos, dejando de lado la gran tradición de pensadores árabes y judíos, autores como Averroes y Maimónides. O denegando voces de mujeres que, a pesar de la dificultad histórica para educarse y ocupar espacios en las universidades, han resaltado a lo largo de la historia de la filosofía, desde Vachaknavi (700ac) en India, Hipatia (325ac) en Grecia, Heloisa, Hildegarda von Bingen, Teresa de Ávila o Caterina de Siena en la Edad Media, por nombrar sólo algunas. Nadie negaría hoy la importancia de Mme. du Châtelet en la filosofía de Descartes. Hace un par de años un grupo de profesoras pidió que el programa integrara a una autora mujer y por eso en el segundo semestre, entre Immanuel Kant y Adam Smith, leemos a Mary Wollstonecraft. Vindicación de los derechos de la mujer permite trabajar en clase la noción de opresión social y la importancia de obtener derechos.

Este año Hannah Arendt (Hannover, 1906 - Nueva York, 1975) entra, o mejor dicho vuelve, al Core Curriculum, y cierra el programa que se inicia con *La República* de Platón, dato importante por varios motivos: Arendt es considerada la más grande pensadora política del siglo XX, desde sus escritos sobre el totalitarismo, sus análisis sobre la revolución, su noción de banalidad del mal o los recientemente revisitados textos sobre la mentira en política. Curiosamente, nunca se asumió como feminista y, ciertamente, la lucha de las mujeres contra las injusticias estructurales del sistema patriarcal fue uno de sus puntos ciegos. Sin embargo, su figura es también importante porque las mujeres hoy en día se desempeñan en todos los ámbitos de la filosofía: la epistemología, la ética, la filosofía de la ciencia, la filosofía del lenguaje, etcétera. Sería igualmente sesgado considerar que las mujeres sólo nos dedicamos a la teoría de género.

Las dos obras mayores de Arendt son: *Los orígenes del totalitarismo*, que publicó en 1951, y *La condición humana*, ciertamente su libro más filosófico, de 1958. Quizás entre el público lego su obra se conozca más por el primer título en el que, como le responde a uno de sus primeros críticos, Eric Voegelin, no busca el origen histórico del totalitarismo, sino analizar los elementos que se cristalizan en una sociedad totalitaria. Según su análisis de los regímenes nazi y estalinista, los elementos se resumen en ideología, terror y propaganda. Si bien esta obra cuenta con varios problemas historiográficos ya que el acceso a los archivos era limitado, sigue siendo un

clásico para pensar el fenómeno del totalitarismo y la crisis del Estado-nación moderno. Dos de los aspectos más originales de esta obra fueron: que Arendt introdujo el imperialismo del siglo XIX como una variante para entender el totalitarismo europeo a partir de la configuración entre raza y burocracia; la reflexión que hace al final del mismo capítulo sobre “el derecho a tener derechos” que responde a la situación a la que se enfrentaron varias minorías después de la Primera Guerra Mundial al convertirse en apátridas. Arendt mostró que aquellos derechos considerados inalienables, como los derechos humanos, no eran efectivos sin una comunidad política que los garantizara.

En sus análisis sobre el totalitarismo, Arendt desarrolla una idea muy contraintuitiva que da pie para entender *¿Qué es la política?* Su hipótesis sostiene que el totalitarismo destruye lo político, idea difícil de captar pues los Estados totalitarios solían tener un control unilateral del poder en un partido único, el monopolio de los medios de comunicación y de los instrumentos de coerción y una dirección centralizada de la economía. Más bien, el desafío es comprender la manera en que Arendt trastoca la noción de política. El Fragmento 1 de *¿Qué es la política?* inicia con la frase “La política se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres”, la autora subraya que la filosofía y la teología tratan de “el hombre” mientras que son los hombres (agreguemos “y mujeres”) los que habitan la tierra. Para probar esto, echa mano de la *Política* de Aristóteles. Con la célebre definición aristotélica del hombre como *Zoon politikon* (animal/viviente político) ella sostiene que la naturaleza política no es del hombre en singular sino de lo que nace “entre” los hombres.

Ahora bien, Arendt no deja de ser crítica con esa misma tradición al subrayar que la definición aristotélica de ciudadanos que se dedicaban a la política, es decir, a la acción en común, excluía a los esclavos y a los bárbaros. Algo que llama mucho la atención a los alumnos es justamente la naturalización de la esclavitud en el Libro I. Sin embargo, Arendt no sólo dialoga con la tradición, con Aristóteles y Maquiavelo, sino también con nosotros, por ejemplo, en el fragmento sobre la guerra, donde analiza no sin gran inquietud el fenómeno destructivo de la bomba atómica, escribe sobre una violencia a la naturaleza que todavía no implica la destrucción total: “La fuerza que destruye al mundo y ejerce violencia sobre él es todavía la misma fuerza de nuestras manos, que violentan la naturaleza y destruyen algo natural -acaso un árbol para obtener madera y producir alguna cosa con ella- para formar mundo”.

Y unas páginas más adelante nos aclara que la noción de mundo, en la que escuchamos ecos del Welt en el romanticismo alemán, es el mundo que surge entre los hombres: “Dicho con otras palabras, sólo puede haber hombres en el sentido auténtico del término donde hay mundo y sólo hay mundo en el sentido auténtico del término donde la pluralidad del género humano es algo más que la multiplicación de ejemplares de una especie”. En ese sentido, mundo es donde somos cada uno singular, auténtico, irrepetible -frente al totalitarismo que hace seres superficiales- y donde somos con otros, o, mejor dicho, lo que sucede entre nosotros.

Zona Crítica

POR CHRISTIAN ANWANDTER
DEPARTAMENTO DE LITERATURA



Viajar por un “enjambre de dialectos”

Este libro-objeto sugiere, desde su título, una ambición que contrasta con el tamaño, similar a una caja de fósforos. Esta concentración es engañosa, pues podemos leerlo secuencialmente, o abriéndolo en una especie de acordeón que se dobla hasta extenderse como un cuadro de dos caras: palabras e imágenes, poema (Pérez) y collage (Lea-Plaza y Pérez). Hay algo de fragmentación en este mundo: “Es un montón de imágenes quebradas / cortadas y pegadas en desorden”. El poema tiene 36 estrofas de cinco versos endecasílabos (con rima en los últimos dos versos de cada estrofa), que subrayan la riqueza y paradójica monotonía del mundo a través de enumeraciones, afirmaciones y exclamaciones de un yo que apela a lo colectivo más que a una experiencia singular. El viaje, sugiere el poema, es la condición de posibilidad del mundo.

Las palabras mismas son una travesía que invita a pensar en el vasto horizonte que se nos escapa, y del que intentamos hacernos una imagen a partir de los fragmentos que aprehendemos. Son mundos posibles, entendidos como una experiencia finalmente común. Las imágenes, en tanto, forman un collage en que se entremezclan temporalidades, culturas y contextos disímiles, organizados según un principio de aparente discontinuidad.

El mundo acá es fragmentación y color, yuxtaposición y sugerencia, exuberancia y aleatoriedad: edificios, rostros, cuerpos, animales, medios de transporte, paisajes.

El mundo es la claridad de los objetos reconocidos, pero la dificultad de situarlos en un todo nítido.

El mundo es también la visión de lo dispar, y la incomodidad que genera la aceptación de esa coexistencia tal vez sin sentido. La particularidad del libro está en el maridaje entre dos formas de representar el mundo. Si llegamos a conocer el mundo, a tener una intuición de él, o al menos de un mundo posible, tal vez es en este engranaje misterioso en que formas diversas de representación producen sentido en un mismo espacio: el libro.

El mundo, entonces, no es ni imagen ni palabra, sino experiencia de percepción de signos que dialogan entre sí más allá de un solo lenguaje, y al que entramos tal vez sin darnos cuenta. Buscamos correspondencias donde tal vez no las haya, proyectamos horizontes, imaginación de lo que hay más allá, y resumimos lo posible en la vastedad.

El mundo de Fernando Pérez y Ana Lea-Plaza es el diálogo en que se nos invita a explorar ese vínculo entre formas de ver y de pensar -fiesta de sentidos- desde donde puede nacer una experiencia, una lectura, un futuro: el mundo.

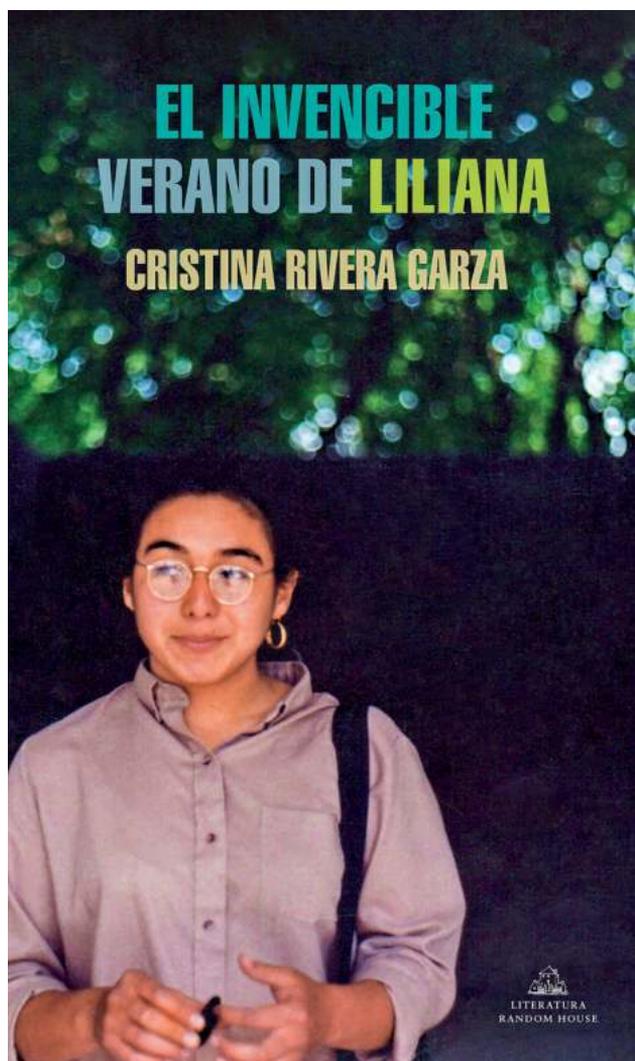
Pérez, Fernando y Lea-Plaza, Ana. “El mundo”. Santiago, Naranja Publicaciones, 2021.

Duelo y denuncia

Treinta años han pasado desde el asesinato de Liliana. Su hermana, Cristina Rivera Garza, escritora y académica mexicana residente en Estados Unidos, decide viajar a México para revisar el expediente judicial. El asesino nunca ha cumplido condena por el crimen cometido. Entre tanto, el feminismo ha dotado a la sociedad con la conciencia y el lenguaje para entender que lo que se entendía como crimen pasional es en realidad expresión de un machismo estructural que desprecia y somete a la mujer. En su momento, nadie supo ver el peligro que corría Liliana, a pesar de los síntomas de una relación asfixiante y violenta. La revisión del expediente se transforma, a través de la escritura, en un acto de justicia por la hermana muerta a los 20 años.

El libro devuelve a la vida a Liliana, explorando a partir de testimonios de amigos, familiares y cartas las esperanzas de esa vida interrumpida, ligera y sombría a la vez. La autora ofrece un relato cercano y doloroso sobre una experiencia desgarradora, que subraya la dificultad del duelo cuando no hay justicia. Se trata de un título que contribuye a dejar atrás el machismo, describiendo sus contornos, machismo del que los países latinoamericanos han sido -y siguen siendo- víctimas. Rivera Garza no sólo denuncia esta cultura machista, sino que también revela la complicidad del sistema judicial.

Un punto interesante es la confluencia de teoría y afectividad. Así como el feminismo brinda herramientas para explicar el asesinato desde una perspectiva más amplia, la pregunta acerca de qué palabras utilizar para expresar el dolor y el duelo, de cómo hacer pública una experiencia íntima y demoledora, encuentra también en este discurso elementos que sostienen la narración. La teoría se vuelve una herramienta de expresión afectiva ahí donde la injusticia y el dolor han de cierta forma impuesto censura y silencio. Funciona como un lenguaje asentado en la justicia, que abre la posibilidad de la expresión. Si bien por momentos puede parecer que la expresión del dolor utiliza un lenguaje controlado y técnico, los momentos más estremecedores del libro ocurren cuando, a través de imágenes, analogías o recuerdos, se presiente la injusticia del dolor y la persistente herida que la muerte deja en los que siguen vivos, recordando: “Vivir en duelo es esto: nunca estar sola. Invisible pero patente de muchas formas, la presencia de los muertos nos acompaña en los minúsculos intersticios de los días”.



Rivera Garza, Cristina.
“El invencible verano de Liliana”. México DF, Random House, 2021.



Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano. Tomo segundo: Chile pacificado y en guerras varias. Siglo XVII. Archivo Nacional Histórico.

Injustamente conocida sólo por unos pocos, esta obra puede ser leída como tratado de geografía, de filosofía, etnografía, una historia política, una obra de denuncia, un relato de aventuras o un libro de memorias. Pero no nos despistemos: el tema fundamental de este texto fue denunciar la esclavitud indígena de una forma que desafía simplificaciones y lugares comunes.

POR MARCELO SOMARRIVA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

EL FLANDES INDIANO DE DIEGO DE ROSALES: UN MONUMENTO INVISIBLE

Un eminente americanista sostuvo hace poco que la historia de Chile durante el siglo XVII era un periodo relativamente inexplorado y si bien esta afirmación podrá ser discutible, sirve de aliciente para conocer una época sobre la que existe una enorme cantidad de documentos y en la que se escribieron muchos libros sorprendentes. Entre todos estos escritos sobresale con ventaja la *Historia General* de Diego de Rosales, considerado por algunos como el mejor libro escrito sobre Chile en el periodo colonial, y, en mi opinión, uno de los mejores de toda la historia de la literatura chilena. Sin embargo, pese a esto, la *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano* -su título completo- ha tenido mala suerte y no ha contado con la difusión y circulación que merece, tratándose de un libro virtualmente desconocido.

Hoy se encuentra fuera de comercio, ya que las únicas dos ediciones completas que existen, la primera de 1877-1878 y otra de 1989, sólo están en el mercado de libros usados donde alcanzan precios altísimos, lo que confirma su escasez. Actualmente se prepara una nueva edición crítica por los especialistas Miguel Donoso, Rafael Gaune y Claudio Rolle, que tal vez vuelva a poner esta obra maestra de la historia de Chile a disposición del público, ojalá no sólo académico. En los últimos años han aparecido otras obras de Rosales como su *Manifiesto apologético de los daños de la esclavitud* y un Sumario de su *Historia General*. El historiador Rafael Gaune acaba de publicar un estudio dedicado a su vida y obra, y todo esto debiera contribuir a que el legado de este jesuita tenga la presencia que se merece. Sin embargo, creo que el problema de la *Historia General* de Rosales no se reduce a lamentar que esta obra necesaria y excepcional no esté disponible en librerías, tomando en cuenta el paupérrimo escenario actual de las publicaciones de historia en Chile; intuyo que aquí

ha pasado algo peor y me atrevería a decir que este libro prácticamente no ha sido leído más allá de un reducido círculo de especialistas.

Hazaña editorial

La historia de la publicación de este libro entrega algunos indicios que confirman mis sospechas. La primera edición estuvo a cargo de Benjamín Vicuña Mackenna, quien compró el manuscrito de Rosales en España luego de muchas gestiones y se decidió a publicarlo, cumpliendo lo que llamó el “fin altamente patriótico” de dar a conocer “la más vasta y fundamental historia de nuestro país”. Sin embargo, no tuvo el respaldo de las autoridades ni de la universidad, y lamentó no poder contar con algo más de los recursos que entonces se destinaban a financiar publicaciones de autores extranjeros o latosas memorias ministeriales. Para publicarla inventó un sistema de suscripciones que según él tuvo una “adhesión noble y calurosa” en provincias, pero no en Santiago, manifestando que la diferencia de interés que había entre los lectores de la capital y provincias era de 100 suscripciones a una. El gobierno, según Vicuña Mackenna, no compró ninguna suscripción y en la Universidad de Chile sólo vendió diez.

La segunda edición de este título se debió a la iniciativa de Mario Góngora y también tuvo sus contratiempos, considerando que el proyecto de edición empezó entre 1971 y 1972 y se publicó recién en 1989 en una edición de mil ejemplares prolijamente encuadernados, pero impresos en ese papel de Biblia que suelen tener los libros que amueblan una pieza pero que nadie lee.

A pesar de todos estos obstáculos, las más de mil páginas de esta historia se leen de un tirón porque Rosales fue un narrador hábil capaz de armar un relato con nervio y energía, y una sorprendente predilección por el detalle que delata a un artista. Cuenta, por ejemplo, que Pedro de Valdivia tenía a un monito como mascota y que el maestro de campo, Alonso González de Nájera, perdió en el camino, en pleno frente de batalla “muchos libros de matemáticas, ciencia en que era muy entendido”.

La piedra del escándalo

Uno de los primeros comentarios que se hicieron sobre esta publicación, unos versos del oficial de la Real Hacienda, Gerónimo Hurtado de Mendoza, observaron que una de sus características más llamativas era que se tratara de un libro abierto: “Al fin en esta tabla peregrina/hallarás, oh lector, aquella parte/a que tu propio natural te inclina”. La obra de Rosales puede ser al mismo tiempo un tratado de geografía, de filosofía natural, etnografía, una historia política del reino y sus gobernadores, una obra de denuncia, un relato de aventuras y un libro de memorias. Puede aplicársele el calificativo con que Henry James motejó a las gigantescas novelas victorianas de Dickens, Collins y George Eliot como “monstruos holgados y dispersos”, porque en esta historia hay de todo y para todos. Sin embargo, todo esto no alcanza a despistar al lector del tema fundamental de esta obra: denunciar la esclavitud indígena. Ya que para Rosales como para muchos otros -a excepción de Ovalle, que lo negó- este abuso fue “la piedra del escándalo” y la principal causa de esta guerra eterna y brutal. Son “nuestros pecados los que nos hacen la guerra”, sostuvo, aludiendo al servicio personal indígena y la trata de esclavos, capturados en guerra o raptados sin ninguna justificación.

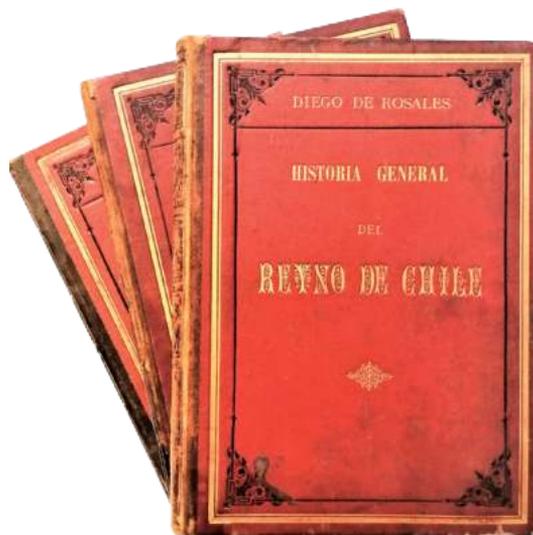
Cuando Vicuña Mackenna publicó este libro lo presentó como

un verdadero “monumento nacional” y es curioso que ese mismo año asumiera como intendente de Santiago y que la “ciudad propia” comenzara a poblarse de estatuas. Esta idea del libro monumento recuerda la reflexión del escritor alemán Robert Musil, quien escribió que “no hay nada en el mundo más invisible que un monumento”. Para él esta desaparición se debía a que la gente se acostumbraba a ellos o bien a que éstos se encontraban impregnados de algo que repelía nuestra atención, escurriéndose nuestra vista e ignorándolos por completo. Algo similar podría pasar con este “libro monumento” que junto con relatar maravillas y prodigios; la abundancia y riqueza de un reino, cuenta los desastres de la guerra y muchas cosas que repugnan como esclavitud, hambre y una larga cadena de afrentas y venganzas recíprocas, malocas indígenas a cambio de campearas españolas y viceversa, hasta las náuseas.

Un círculo envilecido

Rosales llamó a este reino un “Flandes Indiano”, no sólo porque en la guerra peleaban muchos españoles veteranos de Flandes, sino también porque era una guerra confusa y prolongada, y en varios aspectos se trató de una guerra civil. La narración de esta tierra a veces recuerda a la novela *El Corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad y a la película *Apocalypse Now* de Francis Ford Coppola y mezclando la esclavitud con la guerra en un círculo envilecido. Españoles persiguiendo a indios e indias de todas las edades para hacerlos esclavos; indios amigos persiguiendo indios rebeldes para castigarlos; indios capturando españolas para hacerlas esclavas; indios capturando a otros para venderlos como esclavos a los españoles, etcétera. La comparación de todo este horror con la novela y la película llega al extremo cuando Rosales relata el caso de dos holandeses fugados de la expedición de Hendrick Brouwer que se reúnen junto a un negro, también prófugo, y se refugian en una isla en medio del lago Epulafquén, en la otra banda de la cordillera de los Andes, donde acaudillan a una tribu de pehuenches a quienes capitaneaban en malocas contra indios y españoles.

Todo esto que puede repeler nuestra atención haciendo de este libro un monumento invisible, es precisamente donde radica su principal valor, conformando una visión histórica que desafía cualquier simplificación. Ahí radica también su especial vigencia e incluso urgencia. Pero para eso hay que partir por leerlo.



REDES SOCIALES + INCLINACIONES HUMANAS: UN COCTEL EXPLOSIVO

La prodigiosa habilidad de plataformas como Facebook para tocar las notas que nos harán bailar se explica por sus conocimientos avanzados de psicología conductual combinados con sistemas de inteligencia artificial. Son, cabría decir, los flautistas de Hamelin del siglo XXI.

**POR JOSÉ ANTONIO ERRÁZURIZ
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA**

Casi el 60% de los habitantes del planeta somos usuarios activos de alguna red social como Facebook, Instagram o TikTok. En Chile, los usuarios activos de redes sociales sumaríamos cerca del 90% de la población. Esto según la comparación de estudios recientes sobre el comportamiento digital a escala global. El promedio mundial de conexión diaria a redes sociales es de dos horas y media (y el tiempo de conexión de los jóvenes es probablemente superior al de personas mayores).

Por otra parte, nuestras horas de sueño, trabajo, alimentación, higiene personal y cuidado del hogar suman -seamos conservadores- unas 18 horas de nuestra jornada, lo que nos dejaría aproximadamente seis horas de tiempo “libre”. Incluso asumiendo que el uso de redes sociales se cuele también en las horas de trabajo y de otras de nuestras actividades, cabe suponer que destinamos cerca de un tercio de nuestro tiempo libre a navegar en ellas. No hay que ser experto para calcular el impacto que esta intensa vida digital puede tener sobre la vida de las personas. Y por lo mismo, vale la pena indagar sobre el funcionamiento de estas plataformas.

¿Cuál es el modelo de negocios de las redes sociales? Ellas ofrecen servicios sin cargo, pero a cambio de información sobre

nuestros gustos, hábitos, preferencias y aspiraciones. ¿Y cómo la entregamos? Al utilizar estas plataformas, nuestro comportamiento en línea deja rastros digitales que luego son procesados automáticamente y articulados en una imagen coherente (y cada vez más completa) de quiénes somos. Las RRSS venden luego esa imagen reconstruida a quienes ofrecen servicios y productos adecuados a nuestros gustos, hábitos y aspiraciones. Dichos proveedores de bienes y servicios dirigen finalmente su publicidad personalizada a nosotros, ya sea a través de las mismas redes que utilizamos o por otros medios. Se trata de un modelo de negocios basados en la extracción, análisis y comercialización de datos comportamentales. Pareciera que todos salimos ganando. ¿Qué podría salir mal?

Una serie de documentos internos de Facebook filtrados en 2021 revelan que hacia 2017 la compañía observaba un declive sostenido en el llamado “compromiso” de sus usuarios, aun cuando el tiempo de navegación individual en la plataforma se mantenía constante. Los usuarios producían cada vez menos contenido, comentaban y compartían menos, y evaluaban menos lo que leían: el consumo de contenido era cada vez más pasivo. Se hacía urgente para FB aumentar el compromiso de sus usuarios por dos razones. Primero, un usuario pasivo es más proclive que uno activo a aburrirse y terminar abandonando la plataforma. Segundo, un usuario activo deja más rastros de sus preferencias que uno pasivo.

Para ello, FB modificó el algoritmo que determina el contenido que la plataforma nos sugiere a cada cual en forma personalizada. El nuevo algoritmo privilegiaría contenido generado por nuestro círculo de contactos, y daría mayor visibilidad a aquellas publicaciones que provocan más reacciones (comentarios, likes, compartir). Finalmente, un sistema de inteligencia artificial sería entrenado para anticipar qué tipo de contenido podría generar más reacciones, y así sugerirlo apenas publicado. Desde un punto de vista comercial, la modificación del algoritmo fue un éxito: el compromiso de los usuarios aumentó exponencialmente. Pero tuvo también un efecto indeseado.



FB aseguró que la modificación de su algoritmo promovería “interacciones sociales significativas”, pero los documentos internos de la empresa muestran que ella produjo el efecto contrario: una explosión de contenido polémico, divisivo, y últimamente tóxico, razón por la que este nuevo protocolo ha sido llamado “algoritmo del escándalo”. Análisis internos concluían que, bajo la regencia del nuevo algoritmo, un contenido compartido 20 veces seguidas tenía, por ejemplo, 10 veces más posibilidades de contener violencia, contenido sexual, desinformación o lenguaje insultante, que un contenido no compartido. Se observó asimismo que partidos políticos y medios periodísticos acentuaron un discurso cáustico y polémico precisamente para obtener mayor visibilidad a través del nuevo algoritmo. En pocas palabras, el nuevo algoritmo ha potenciado la circulación de contenidos que generan indignación y escándalo común en los círculos de “amigos” digitales.

Esta historia pone de manifiesto la existencia de una inclinación humana no muy halagadora: tenemos una propensión a aferrarnos a todo lo que alimente nuestra valoración negativa de quienes tenemos por antagonistas y adversarios (lo que nos reafirma en una posición de superioridad moral). Pero además revela algo más inquietante aún; a saber, la facilidad con que esta tendencia puede ser explotada a gran escala por las tecnologías digitales (hasta ahora, con fines comerciales).

Revelaciones como las de los documentos internos de FB nos

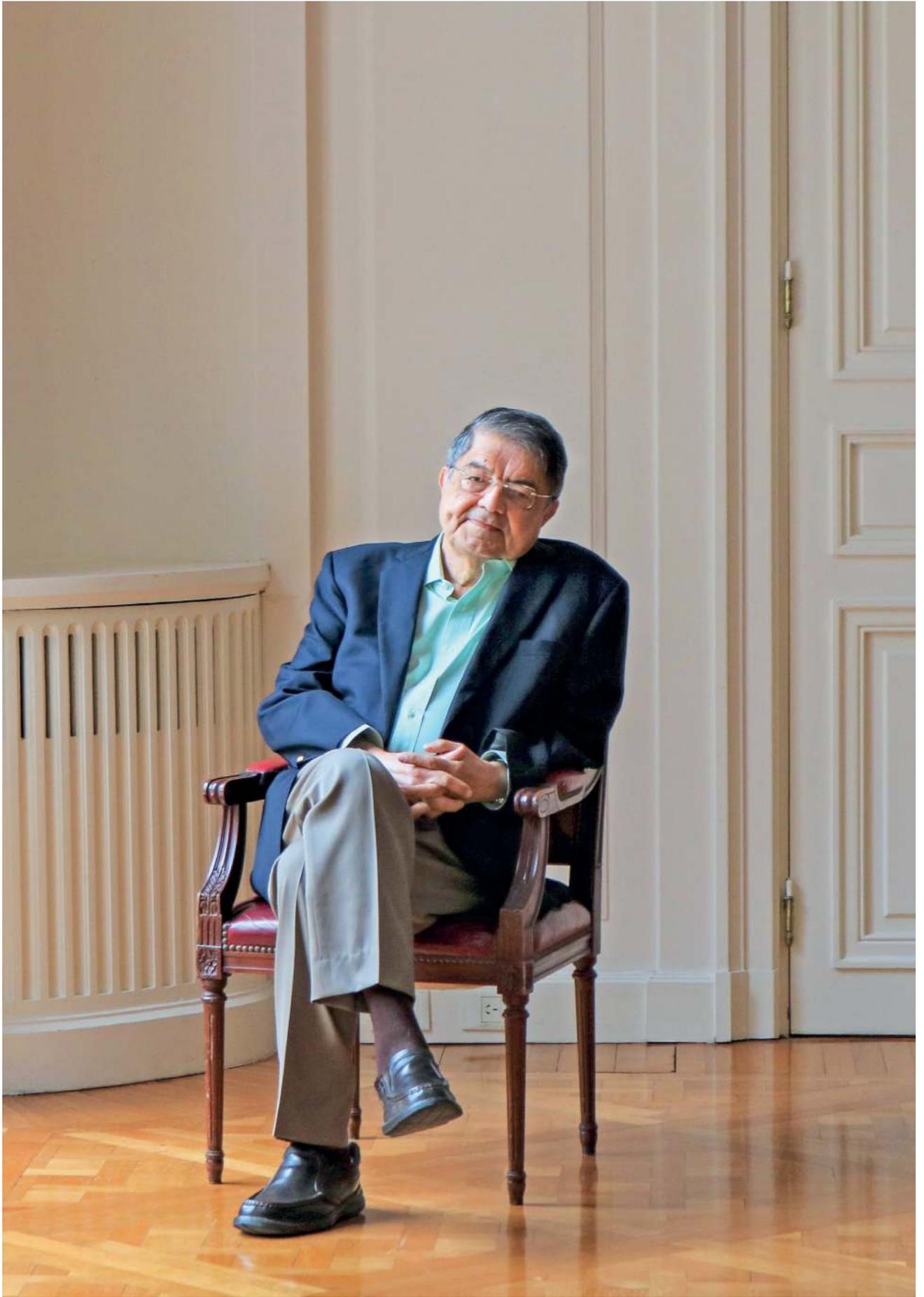
permiten comprender que nuestras (cada vez más voluminosas) vidas digitales se desenvuelven en un medio -las RRSS- que dista de ser neutro proveyendo información individualmente seleccionada que busca tocar nuestras fibras sensibles y llevarnos así a “comprometernos” como usuarios. La prodigiosa habilidad de plataformas como FB para tocar las notas que nos harán bailar se explica por sus conocimientos avanzados de psicología conductual combinados con sistemas de inteligencia artificial. Son, cabría decir, los flautistas de Hamelin del siglo XXI. Estos encantadores no buscan -en principio- modificar nuestras convicciones o creencias. El hechizo que producen se parece más bien al de Narciso contemplándose a sí mismo. El encantamiento polémico descrito arriba no comienza, sin embargo, mostrándonos nuestra propia belleza (la de nuestras convicciones o preferencias) sino que destaca la presunta deformidad de las posturas que se alejan o se oponen a las propias. Nos vemos así invitados a obcecar nos en nuestras ideas y a autoafirmarnos con vehemencia. Se debilita el espíritu crítico que exige no menos vigilancia frente a nuestras propias convicciones, que a las ideas de nuestros adversarios.

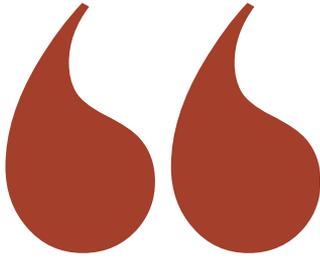
Cuando los individuos de una sociedad tienden a cegarse en su propia representación del mundo, la consecuencia ineludible es una agudización de las diferencias entre individuos y grupos. La guerra de la que somos hoy testigos es un fatídico recordatorio del punto en que culmina una progresiva crispación de nuestras diferencias, donde las armas se pronuncian y las razones callan.

SERGIO RAMÍREZ:
“MI ESTATUS
ES EL DE
EXILIADO,
ACUSADO DE
UN DELITO
INEXISTENTE”

EL AUTOR NICARAGÜENSE, PREMIO CERVANTES 2017, NO HA PODIDO VOLVER A SU PAÍS HACE OCHO MESES, LUEGO DE QUE EL RÉGIMEN DE DANIEL ORTEGA EMITIERA UNA ORDEN DE DETENCIÓN EN SU CONTRA. DESDE EL “EXTRAÑAMIENTO” FORZADO, EL ESCRITOR HABLA SOBRE LIBERTAD, DEMOCRACIA Y POLARIZACIÓN. “LAS HUMANIDADES HOY EN DÍA SON MÁS NECESARIAS QUE NUNCA. HAY QUE ENSEÑAR A PENSAR DE MANERA CRÍTICA”, INSISTE.

POR EZIO NEYRA
DIRECTOR DEPARTAMENTO DE LITERATURA





La persecución empezó a raíz de los procesos que se iniciaron contra distintos dirigentes políticos en Nicaragua, que habían manifestado su intención de presentarse como candidatos presidenciales a las elecciones del año pasado”, afirma el escritor Sergio Ramírez sobre las acciones del gobierno de Daniel Ortega en su contra.

El también periodista, político y abogado nicaragüense explica que preside una organización humanitaria, la Fundación Luisa Mercado, que se dedica a asuntos culturales y de educación, y que mantiene acuerdos de colaboración con la Fundación Violeta Chamorro, cuya presidenta es Cristiana Chamorro, una de las posibles candidatas a la presidencia, reprimida por el régimen de Ortega. “Cristiana Chamorro fue procesada por delitos totalmente sacados de la chistera, como lavado de dinero y traición a la patria etc., actualmente los delitos típicos por los que se procesa a los prisioneros políticos en Nicaragua”, sostiene Ramírez, en una entrevista por Zoom desde España, donde reside actualmente.

“Fui llamado a declarar a la fiscalía, y eso fue para mí una primera alerta, como testigo por los cargos que recaían sobre Cristiana. Enseguida, salí del país hacia los Estados Unidos y después a Costa Rica”. El premio Cervantes no se imaginaba que no podría volver a entrar a su país -al menos hasta la fecha- y que comenzaba su segundo exilio. Porque Ramírez ya había vivido fuera de Nicaragua durante la dictadura de Anastasio Somoza, y formó parte de la guerrilla sandinista que lo derrocó en 1979. Incluso fue vicepresidente de Daniel Ortega durante el primer gobierno sandinista, entre 1985 y 1990.

Estaba en Costa Rica cuando apareció publicada su última novela (*Tongolele no sabía bailar*, 2021), que presenta una situación crítica de lo que está ocurriendo en Nicaragua actualmente. “La novela fue impedida de circular y el 9 de septiembre se dictó la orden de detención contra mí. Decidí no regresar a Nicaragua. Luego, viajé a España a presentar la novela y aquí he permanecido. Mi estatus es el de exiliado, acusado de un delito inexistente que implica que si yo regresara a Nicaragua iría a dar a la cárcel y sería procesado”.

-¿Prevé usted alguna salida pronta para la situación nicaragüense?

Creo que es muy difícil predecir qué es lo que va a ocurrir en Nicaragua. Con los regímenes que comienzan a acaparar poder de manera absoluta, nunca se sabe lo que va a ocurrir porque la misma acaparación de poderes ya es un signo de debilidad. Empiezan a tomar todas las decisiones en nombre de los demás funcionarios o entidades. Ellos, sus parejas, son los fisca-

les, los jueces, los policías, los paramilitares. Ellos dan todas las órdenes y éstas deben ejecutarse ciegamente y el que no ejecuta una orden es inmediatamente apartado o destituido.

-Una situación mano de hierro, que a la vez es señal de debilidad...

El aislamiento y la incesante acumulación de poder significa en sí mismo una debilidad. Cuando esta debilidad se ha manifestado a tal punto que uno ve un quiebre de la situación interna o una implosión del poder, no es fácil predecir lo que pueda suceder. Es una situación donde la represión es total y existe no sólo control político, sino también represión política y además de eso represión social y control social. Hay una red de informantes que denuncia a los vecinos, a cualquiera que se manifiesta en la calle. La gente no puede moverse, está la amenaza de que pier-

dan sus pasaportes si quieren salir del país, de que pierdan la licencia quienes tienen un bar o un restaurante. Se llevan presos a músicos muy jóvenes, prohíben que hagan música en bares restaurantes con la amenaza de cerarrles los negocios. Esto parece que colocara una loza de plomo sobre el país, provoca el silencio, las tensiones de opiniones. Es muy difícil predecir cuándo habrá un nuevo estallido.

-Para alguien como usted que ha escrito muchos libros

dedicados a Nicaragua, ¿cómo le resulta no poder vivir en su país? ¿Cómo es pensar, escribir sobre una Nicaragua que hoy se le hace distante?

Hay una palabra sinónimo de exilio que es extrañamiento. Me parece que es mucho más sustanciosa y gráfica, porque la pretensión es convertir al exiliado en un extraño en tu propio país, alejado del tejido social del país, a través del cual uno vive y se alimenta. Se obliga a uno a alejarse de la realidad, pero además de la historia personal que uno tiene y que se ve cortada, interrumpida. Se vuelve un asunto no sólo político, sino también personal, sentimental. Eso es todo lo que significa el exilio, estar viendo el país de lejos y saber que uno no puede regresar y buscar cómo acostumbrarse a una vida distinta. No es fácil.

-Antes mencionamos *Tongolele no sabía bailar*, su último libro publicado, que significó el inicio de la persecución contra usted. Como consecuencia de todo lo acontecido tras su publicación, ¿está ahora mismo trabajando en algún proyecto nuevo sobre Nicaragua?

He terminado un libro de cuentos que se publicará en septiembre de este año en España y en México y algunos de esos cuentos tienen que ver con la realidad del país. No creo en una relación literaria exclusiva con lo que ocurre actualmente en Nicaragua. No me siento obligado a esa relación de manera indefectible. Creo que un escritor necesariamente debe conservar

Es un momento en que la polarización lleva a la escogencia de extremos y el electorado no se fija en las propuestas moderadas. Por eso es que las formaciones de derecha/izquierda que tienden al centro están siendo barridas por los extremos.

la libertad de entrar en distintos temas que no tengan nada que ver con la actualidad política de su país, porque si no la literatura amenaza con volverse un instrumento político, y la literatura no sirve como instrumento político. La literatura está basada en una libertad de opciones que es lo que la pieza literaria necesita y uno tiene que alimentar esas necesidades, provengan de la realidad actual de Nicaragua o provengan de otra fuente que nada tenga que ver. Entonces, a lo mejor la siguiente novela en la que voy a empeñarme va a estar muy alejada del país.

-¿Cree que estamos en una época en donde en general la libertad se está viendo amenazada? ¿Cómo defendemos la libertad?

Creo que en el siglo XXI existe una lucha declarada no propiamente entre ideologías, que fue la marca del siglo pasado, y en donde una debía derrotar a la otra. Hoy en día, la lucha se plantea entre democracia y totalitarismo. No es que esto se aleje de la ideología, sino que podemos tener dictaduras de izquierda o de derecha y reclamos democráticos de izquierda o de derecha también. Es un momento en que la polarización lleva a la escogencia de extremos y el electorado no se fija en las propuestas moderadas. Por eso es que las formaciones de derecha/izquierda que tienden al centro están siendo barridas por los extremos. Esta polarización se explica por las grandes decepciones que ha sufrido el electorado, las insatisfacciones porque la democracia no en todos los casos se convierte en una fuente de bienestar y la democracia y los regímenes liberales han traído muchas veces acumulación excesiva de riqueza y empobrecimiento de otros sectores. Entonces, esta insatisfacción crea una desconfianza en la democracia, creo que esa es la gran crisis, la gran crisis en este momento.

-¿Cuáles diría usted que son los principales retos que justamente tienen las democracias para poderse imponer ante los totalitarismos?

Pienso que la democracia tiene una fortaleza y una debilidad, y la fortaleza es que la democracia electoral permite a los electores, a los ciudadanos, decidir acerca de quién quiere que esté en el gobierno. Este es un principio sin el cual la democracia no puede existir. Pero al mismo tiempo esta polarización lleva a la posibilidad de que se elija a regímenes, o a personas que buscan destruir la propia democracia, y son las elecciones las que entregan un instrumento de destrucción de la democracia. Me parece que ese es el gran problema. Mientras un gobernante electo respeta las reglas del juego democrático y esté dispuesto al final de su periodo a entregar el poder en elecciones libres, eso es precisamente lo que la democracia significa: la alternabilidad de las escogencias. El problema es cuando alguien llega al poder y quiere destruir las instituciones y quedarse en el poder. Ahí es donde radica, pienso, el momento álgido que estamos viviendo.

-¿De qué manera la literatura es capaz de develarnos el mundo, de ayudarnos a comprenderlo desde ópticas distintas de las que la realidad nos arroja?

Creo que la literatura es una herramienta muy dialéctica que hace propuestas, pero no te da soluciones. Una novela que

Tongolele no sabía bailar (Alfaguara, 2021), una novela negra de Ramírez sobre Nicaragua y el fin de la revolución.



propone soluciones o una novela con moraleja deja de funcionar como tal porque la verdadera creación literaria tiene que ser entre dos: entre el escritor y el lector. Y el segundo tiene que hacer sus propias escogencias dentro del mundo que se abre con una novela. No puede ser presentado con recetas inflexibles. Eso responde a los discursos, a los manifiestos, a otro tipo de literaturas, no creativas. Considero que el principal papel de la novela es crítico, en el sentido de que abre posibilidades de pensar, de imaginar, pero tampoco pienso que una novela es capaz de cambiar un régimen político. Es decir, uno no puede hacerse la idea de las novelas mesiánicas, sino de las novelas que penetran la mente del lector y le ayudan a producir pensamiento.

-¿Cuál cree usted que deba ser el rol de las humanidades en una época de tanta confusión, de tanta polarización como la que vivimos?

Creo que un mundo que prescinde de lo que llamamos las humanidades; filosofía, literatura, arte, sería un lugar absolutamente absurdo, despoblado de motivaciones, de la provocación de los sentimientos y de los pensamientos diversos. Las humanidades hoy en día son más necesarias que nunca. Hay que enseñar a pensar de manera crítica. Me parece que la clave siempre estará en la insatisfacción con la verdad y eso sólo las humanidades lo pueden dar, nunca aceptar verdades establecidas, verdades definitivas, sino la verdad en permanente revisión, las propuestas filosóficas, literarias puestas en permanente revisión es la única manera en que se puede avanzar hacia adelante.

-¿Y cómo es la situación en Nicaragua respecto de las libertades alrededor de la creación, creación artística, la creación de discursos a partir de las humanidades?

Las universidades están totalmente sometidas a la propaganda del régimen, me parece que la educación superior está sufriendo un enorme deterioro porque está en manos de una secta, una secta que sólo enseña la verdad establecida. La creación artística está en una enorme crisis también. Se persigue a los escritores, a los músicos, a todos los que son creadores y ya te puedes imaginar la crisis, la ausencia que se da en el país con los que se atreven a pensar o a escribir, exiliados o en la cárcel.

LA ORIGINALIDAD

Aunque la historia del arte ha demostrado que la referencia a otros artistas en una obra ha sido en ocasiones no sólo deseada, sino necesaria, y muchas veces, inevitable, el temor a la falta de originalidad es un fantasma que ronda. Aquí algunos artistas que han creado grandes obras a partir de la influencia de otros.

**POR MARCELA DRIEN
NÚCLEO DE HISTORIA DEL ARTE**

Nuestra visión del mundo se ha construido a partir de un sinnúmero de referentes. Nuestras ideas y decisiones se han articulado a partir de reflexiones o planteamientos que, por diversos motivos y de distintas formas, han contribuido a modelar nuestro pensamiento y la forma en que nos aproximamos a la realidad. Sin embargo, a veces parece difícil distinguir hasta qué punto hemos recogido argumentos que otros han elaborado y en qué momento estamos esgrimiendo alguno completamente propio y “original”. Esto resulta particularmente complejo en tiempos como estos, en que nos encontramos permanentemente expuestos a una abrumadora cantidad de información textual y visual que pocas veces alcanzamos realmente a digerir.

En el ámbito de las artes, el temor a la falta de originalidad ha opacado en ocasiones el reconocimiento de la riqueza de influencias que han contribuido tanto al aprendizaje como al desarrollo de las más diversas expresiones artísticas. A comienzos del siglo XX, el problema de la originalidad ocupó un lugar central en discusiones como las planteadas por las vanguardias -que mostraron una decidida voluntad de establecer quiebres con la tradición artística-, aunque ese esfuerzo se transformó, en no pocas ocasiones, en una trampa de la que a veces les sería difícil escapar.

La historia del arte ha demostrado que la referencia a otros artistas en una obra ha sido en ocasiones no sólo deseada, sino necesaria, y muchas veces, inevitable. La propia formación de pintores y escultores se ha basado en el aprendizaje del dibujo, la composición y el uso del color a partir de modelos que otros han creado. De ahí que la copia, por ejemplo, deba considerarse no como una pecaminosa réplica, sino como una vía de conocimiento, tal como lo demuestran las copias que Vincent van Gogh realizara de las obras de Eugène Delacroix, Jean-François Millet u Honoré Daumier, y

las obras que el propio Delacroix realizara inspirado en las telas de Peter Paul Rubens.

Si bien la sanción sobre las cualidades creativas del artista suele ser un elemento disuasivo al momento de recurrir en una influencia demasiado explícita o al ejecutar una copia, lo cierto es que esta última ha favorecido no sólo el conocimiento intelectual y plástico de quienes las realizan, sino también a sus destinatarios. En efecto, sería difícil pensar en formas más efectivas que las copias para apreciar -en tiempos predigitales- las cualidades de obras como las de Rubens, Rafael y Murillo. Incluso hoy sería difícil conocer a tantos artistas contemporáneos de no ser por reproducciones fotográficas en medios digitales, que en estos tiempos intervienen nuestro conocimiento del arte.

Lejos de asumir la posibilidad de una falta de originalidad, algunos artistas han convivido con tradiciones forjadas en tiempos pasados y han creado, a partir de ellas, obras que en ocasiones han resultado especialmente provocadoras. Quien podría olvidar, por ejemplo, la *Olympia* (1863) de Édouard Manet o *L.H.O.O.Q.* (1919) de Marcel Duchamp, que han podido expresar una visión de su propio tiempo interpelando a las tradiciones artísticas que los han precedido. La pregunta que surge entonces es si la originalidad supone dar la espalda a lo ya conocido o si, por el contrario, resulta necesario contar con referentes a partir de los cuales sea posible proponer nuevos puntos de vista y articular nuevos sentidos, a través de una autonomía intelectual y creativa.

La nueva Venus

Otro ejemplo, en este sentido, es el que aporta la obra del escultor francés Charles Cordier (1827-1905). Como muchos artistas de su tiempo, Cordier transitó por un largo período de formación académica que insistía en la importancia de copiar las obras de maestros antiguos, y de seguir las rutas que otros habían trazado para finalmente encontrar su propio camino, como de hecho sucedió. Junto a sus condiciones artísticas, visibles tanto en la destreza demostrada en el dominio del lenguaje escultórico como en su habilidad en el manejo de los aspectos materiales de su oficio, el escultor demostró la capacidad de articular una lúcida visión que agregaba a su potencial artístico un especial interés por la antropología, que lo llevó a desarrollar un enfoque etnográfico que permeó su concepción de la belleza y el arte.

Estos fueron los componentes que dotaron a su *Venus africana* (1851) de una gran riqueza y una asombrosa actualidad. Aunque la obra había sido concebida siguiendo las convenciones del busto romano, una de las formas de retrato más afianzadas en la tradición artística europea, Cordier presentaba elementos que de inmediato exigían una segunda mirada a la pieza. El escultor, conocido por sus exploraciones materiales y el uso de técnicas en

DE UNA COPIA



“Venus africana”, 1851.
Charles Henri Joseph Cordier.
The Walters Art Museum,
Baltimore, Estados Unidos.

ocasiones más cercanas a la orfebrería que a la escultura, había concebido más que el busto de bronce de una mujer africana, una imagen que desafiaba las categorías occidentales, apelando a un sorprendente realismo.

La originalidad de Cordier no se encontraba, en último término, en el hecho de haber “inventado” una nueva técnica, un tipo de material revolucionario o una clase de imagen absolutamente desconocida, sino por el contrario, el carácter distintivo de su trabajo radicaba en la capacidad de expresar con un lenguaje artístico convencional,

la poderosa individualidad de la joven nubia, retratada solo tres años después de que la esclavitud fuese abolida en Francia. El carácter único de esta imagen probablemente explique la decisión del escultor de realizar variaciones de la obra, que le permitieron seguir explorando el potencial de la policromía a través de la aplicación de distintas patinas y la combinación de metales y mármoles, ofreciendo así nuevas y fascinantes posibilidades de apreciación de la escultura, que hoy se encuentra en colecciones de naturaleza tan diversa como la del Musée d’Orsay y la del Musée de l’Homme.

¿HAY DIOS?



El diseño inteligente planteado por William Paley y la teoría de la evolución de Charles Darwin, son dos líneas argumentativas que se aproximan a la eterna interrogante sobre la existencia de Dios. No hay respuestas definitivas, pero sí interesantes razonamientos.

**POR GASTÓN ROBERT
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA**

S

i vamos caminando por una playa, vemos una piedra “patito” y nos preguntamos por la causa de su forma plana y lisa, seguramente responderemos algo así: “es la erosión constante de las olas que la golpean”. Puede que la respuesta sea incorrecta (quizás alguien pulió la piedra y la dejó ahí), o puede que sea sólo en parte correcta (otros factores, como la erosión del viento, pueden haber jugado un rol), pero la lógica sería razonable: hace sentido.

Supongamos ahora que vamos caminando por la misma playa

y nos topamos con el David de Miguel Ángel. ¿Sería razonable pensar que la causa de una escultura como esa es la erosión de las olas? Claramente no. En un caso como este, necesitamos otro tipo de explicación. Si generalizamos esta situación y formulamos un principio o regla general, obtenemos lo siguiente: para explicar cosas de distinto tipo se requieren causas de distinto tipo. Y si miramos este principio al revés: para explicar cosas de tipo similar se requieren causas de tipo similar. Algunos autores llaman a esto “principio analógico causal”. El adjetivo “analógico” puede sonar un poco

complicado, así que lo llamaremos “principio de similitud causal”.

Esta es la base de uno de los argumentos más famosos que intentan probar la existencia de Dios: el del diseño inteligente. Aunque hay versiones bastante antiguas de este argumento, su versión más elaborada y completa es más reciente. Fue formulada en 1802 por el teólogo y filósofo William Paley en su obra “Teología Natural o evidencias de la existencia y atributos de la deidad”. Estemos o no de acuerdo con su argumento, se trata de una obra lúcida, bien escrita y que respira una admiración total por la naturaleza, lo cual posiblemente sea la razón de que haya sido admirada tanto por sus seguidores como por detractores (los más notables entre estos últimos son Charles Darwin, a quien ya volveremos, y el biólogo evolutivo Richard Dawkins).

El libro de Paley tiene casi 600 páginas en su edición facsimilar y está plagado de ideas, metáforas y ejemplos tomados de la medicina y la historia natural. Con un poco de esfuerzo, creo que podemos reducir su argumento a unos cuantos pasos centrales. Movámonos de lo particular a lo general. Pensemos en un reloj, el ejemplo favorito de Paley. Los relojes son artefactos complejos que tienen diseño. Que un objeto tenga diseño significa, en este contexto, dos cosas: que cumple una función (dar la hora) y que dicha función tiene un valor (permitirnos organizar nuestro tiempo, por ejemplo). La belleza es también un valor y, por tanto, un objeto diseñado puede también tener (aunque no necesariamente) un valor estético y no meramente utilitario; pensemos en el “diseño gráfico” o, nuevamente, en el David de Miguel Ángel. Ahora bien, ¿diríamos que objetos de este tipo tienen ciertas características simplemente “porque sí”? Probablemente no. Más bien, si tienen esas cualidades funcionales tan precisas para cumplir objetivos valiosos, es porque alguien los pensó. Nadie que abra un reloj y mire su interior dirá que ese sofisticado mecanismo fue hecho por alguien que no piensa. El diseño requiere inteligencia.

¿Cómo pasamos de esto a Dios? A través de dos pasos. Primero, una constatación: en el mundo natural encontramos muchos seres que, al igual que artefactos como el reloj, poseen los dos indicadores básicos del diseño (y muchos son además bellos). Las muelas tienen una forma que les permite cumplir una función (moler). El colorido y forma del dragón de mar foliado le permiten camuflarse entre las algas (cumplen esa función), y esto a su vez lo protege de sus depredadores (lo cual es valioso). La lista de ejemplos podría alargarse, y la sugerencia es siempre (o casi siempre, como veremos) la misma: hay diseño en la naturaleza. Y de aquí ya estamos a un paso. Dijimos antes, de acuerdo con nuestro principio de similitud causal, que la explicación de cosas similares requiere causas similares. ¿Y no dijimos también que los artefactos diseñados requieren una causa inteligente? Si esto es verdad, parece que tenemos que concluir que los objetos del mundo natural tienen una causa inteligente. Y el candidato perfecto para cumplir este rol es, esperablemente, Dios. Por tanto, Dios existe.

¿Existe? En realidad no es tan simple. Son varias las razones por las que uno podría pensar que el argumento falla. En primer lugar, el principio de similitud causal, aunque persuasivo a primera vista, no es universal: hay muchos casos en que efectos similares tienen causas distintas, y muchos casos en que efectos distintos tienen causas similares. Además, como hizo notar David Hume unas

pocas décadas antes de que Paley escribiera su obra, hay muchos ejemplos del mundo natural a los que la regla del diseño no parece ajustarse. Las alas del avestruz no cumplen la función que éstas suelen cumplir (volar), ni tienen el valor que suelen tener. El pez gota no es -digámoslo- agraciado. Alguien podría responder que esto es verdad, pero que, todas las cosas consideradas, la referencia a una inteligencia divina continúa siendo la mejor explicación -la más probable- para una naturaleza en la que los indicadores de diseño son, aunque no ubicuos, abundantes.

Sin embargo, hay otra explicación a la mano, y muchos piensan que es mejor. Se la debemos a Charles Darwin, fue formulada en 1859, y se llama ‘Teoría de la evolución por selección natural’. Mucha agua ha pasado bajo el puente desde que Darwin escribió *El origen de las especies*, y la teoría, en su formulación moderna (que continúa refinándose), integra elementos que estaban fuera de su alcance, especialmente la teoría genética. No es fácil expresar la idea en unos pocos enunciados, pero haremos el intento, dejando algunos puntos de lado. Los seres vivos, que provienen de un ancestro común, adquieren sus características por medio de un proceso evolutivo gradual (la naturaleza “no da saltos”), el cual es producto de la abundante variación genética que toma lugar en cada generación, de forma que algunos individuos, debido a su combinación particularmente bien adaptada (o con “valor de supervivencia”) de caracteres heredables, sobreviven y dan origen a la siguiente generación (no todos ganan en un mundo donde los recursos son escasos y hay, por tanto, competencia).

¿Quiere esto decir que en los seres vivos no hay funciones que poseen valor? No. Lo que quiere decir es que para explicar dichas funciones no se requiere postular -piensan los darwinistas- una causa inteligente: la mutación genética, los caracteres favorables que (en algunos casos) surgen a partir de ella, y la competencia, hacen todo el trabajo explicativo. Si esta explicación es peor o menos probable que la del diseño inteligente, un darwinista lo invitaría a pensar dos cosas. Primero, la selección natural no es, como a veces se cree, “puro azar”: la mutación genética es azarosa, la selección natural no. Segundo: los tiempos evolutivos son un proceso de acumulación cualitativa. Si se trata de probabilidades, la balanza se inclina más hacia Darwin que hacia Paley.

¿Nos quedamos entonces sin argumento para la existencia de Dios? No. Desde luego, hay otras formas de racionalidad -por ejemplo, la moral- que han servido de base para argumentar que Dios existe. Pero no es necesario ir tan lejos. Porque incluso si permanecemos en el plano de la racionalidad teórica, hay más alternativas. El argumento del diseño y la teoría de la evolución tienen algo en común: ambos ofrecen explicaciones acerca de cómo es el mundo. Pero ninguno se pregunta, ni pretende hacerlo, por el hecho mismo de que la realidad (viva e inerte) exista: sólo se interesan por las características del hecho. Las personas con inclinaciones empiristas dejarán la reflexión hasta aquí. Pero para aquellos que quieran continuar, la puerta está abierta para cambiar la pregunta “¿por qué el mundo es como es?”, por otra pregunta más radical, formulada por Leibniz hace poco más de 300 años: “¿Por qué el ser y no más bien la nada?”. Y, sobre esta interrogante, ni la evolución por selección natural ni ninguna otra teoría científica tienen algo que decir.

PLEBISCITO DE 1925:



EL DESTINO DE CHILE

DIBUJADO EN TRES COLORES

“La decisión suprema que hoy se va a adoptar debe proyectarse sobre los destinos del país sin ninguna sombra. No la profanen las violencias ni la enturbien ni la empequeñezcan las pasiones de un momento”. Estas líneas, que suenan tan actuales, corresponden a la editorial del diario La Nación del 30 de agosto de 1925. 97 años después, el país se prepara para un nuevo plebiscito constitucional.

**POR GONZALO SERRANO
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES**

E

El domingo 4 de septiembre de 2022 se realizará el Plebiscito Constitucional de Salida, oportunidad en que los ciudadanos deberán anotar en una papeleta si aprueban o rechazan el texto propuesto por la Convención Constituyente.

La experiencia más cercana a este plebiscito se realizó en 1980, sin embargo, en un contexto diferente. El país se encontraba bajo un régimen militar y esta elección se llevó a cabo con una serie de irregularidades. Además de la persecución política a los opositores y manipulación de la información por parte del gobierno, se sumó que la votación se haya desarrollado sin la existencia de un padrón electoral y que las opciones Sí y No hayan figurado de manera distinta en la papeleta. Mientras la aprobación iba acompañada de una estrella, el rechazo era seguido de un círculo. En este escenario, no es extraño que el Sí se haya impuesto por una alta mayoría: La aprobación obtuvo el 67,54% mientras que el rechazo a una nueva constitución no alcanzó siquiera el 30%.

Tomando en cuenta estos factores, la experiencia más cercana al proceso, que está a unos meses de comenzar, fue el plebiscito de 1925. Antes de avanzar sobre esa elección en sí, hay que recordar que el Chile de aquellos años se regía todavía por la Constitución de 1833. Aunque, en la teoría y en la práctica, quedaba bastante poco de esa carta magna realizada en tiempos de Bello y Portales.

Independiente de esta situación, lo cierto es que el país de las primeras décadas del siglo XX era muy diferente al de 1833. La población no solo había aumentado de forma significativa, sino además había cambiado. Más de la mitad de los chilenos sabía leer y escribir, había surgido la clase media y otra parte, en tanto, se encontraba completamente abandonada e ignorada por la élite. Mientras estos últimos cosechaban los beneficios del territorio salitrero ganado en la Guerra del Pacífico, el resto recibía, apenas, algunas migajas.

Arturo Alessandri llegó a La Moneda con la misión de hacer transformaciones que resultaban urgentes para su “chusma querida”; no obstante, se encontró con la resistencia de un parlamento empoderado. Fueron los militares quienes forzaron el cambio, no sin contratiempos. Chile entró en una profunda crisis política, y uno de los caminos para sacarlo de ese estado parecía ser el de la redacción de una nueva Constitución.

Así lo pensó Alessandri, quien convocó a los ciudadanos para que concurrieran a manifestar en un plebiscito su voluntad para aceptar como Constitución Política de Chile el proyecto que había encargado a una comisión de expertos.

El domingo 30 de agosto de 1925, desde las 8:30 de la mañana, las personas podían acudir a votar. El decreto 22 establecía que el presidente de la mesa debía entregar al ciudadano tres cédulas; acto seguido, la persona se debía dirigir al pupitre y poner en un sobre el voto que hubiera elegido, destruyendo secretamente y antes de dejar la mesa, los dos restantes, para posteriormente depositar su sobre en la urna. Todo esto en un tiempo máximo de un minuto.

Las fórmulas de votación eran una cédula roja, otra azul y una blanca. La cédula roja significaba la aprobación del proyecto elaborado por el señor Alessandri, “sin modificación alguna y que tiende a establecer en el gobierno al país el régimen presidencial absolutista”. Cédula azul, implicaba la aceptación del mismo proyecto, “con la modificación hecha por algunos partidos, en el sentido de mantener el régimen parlamentario con la facultad de las cámaras de imponer votos de censura a los gabinetes para mejorar la fiscalización de los actos incorruptos del Ejecutivo”. Y, por último, la cédula blanca, que determinaba el rechazo a ambos proyectos.

Durante esos días, en los cines se proyectaba la película *Una aventura loca*, que algún conservador pudo haber interpretado como un presagio de los tiempos que venían para Chile. Y es que, como suele ocurrir, había un grupo que rechazaba de plano el nuevo texto. Es más, dos días antes del plebiscito, 33 hombres se reunieron en un almuerzo simbólico en defensa de la Constitución de 1833, de la revolución de 1891 y del régimen parlamentario. Encabezaba la oposición el senador Joaquín Walker, el presidente de la Junta de Gobierno de 1924, general Luis Altamirano, y otros personajes

entre los que destacaba Óscar Huidobro, Guillermo Anwandter, Luis Vial, José Manuel Larraín y Eduardo Bezanilla.

En esta misma línea, los partidos Liberal y Nacional, unidos a través de un manifiesto, resumían lo que, según ellos, estaba en juego: “un régimen de autocracia presidencial -voto rojo- ya mediante un régimen parlamentario desvirtuado por facultades presidenciales que son su negación -voto azul- o ya, por último, mediante el rechazo de uno u otro sistema, lo que importa entregar al país a los azares de la arbitrariedad gubernativa, voto blanco”. Se trataba de una defensa irrestricta de la Constitución de 1833 y un ataque al proceso: “En adelante, cada vez que se encienda el espíritu de novedad o reforma se repetirá la experiencia de una en otra llegaremos muy pronto a la anarquía”.

La editorial de La Nación en el día de la elección se mostraba más cauta: “La más fuerte aspiración del momento se cifra en la necesidad de volver cuanto antes a un régimen definido de normalidad institucional”. Y, más adelante agregaba: “La decisión suprema que hoy se va a adoptar debe proyectarse sobre los destinos del país sin ninguna sombra. No la profanen las violencias ni la enturbien ni la empequeñezcan las pasiones de un momento”.

Al día siguiente, aún sin el conteo total y oficial de los votos, los principales diarios del país anunciaban que el 90% de los electores habían optado por la cédula roja, que apoyaba el proyecto constitucional promovido por Alessandri. Además se destacaba que la jornada se había realizado en perfecta normalidad. El Presidente decía sentirse orgulloso del entusiasmo con que el pueblo había concurrido a las urnas, mientras que el ministro del Interior, Francisco Mardones, decía que la jornada “honraba a la democracia”.

El 1 de septiembre de 1925 ya se había dado vuelta la página. La noticia más importante era la devolución de la provincia de Tarata, departamento al noreste de Tacna, a Perú; la visita oficial del Maharajah de Kapurtula, príncipe hindú, y la defensa de Paramount Pictures en torno a que su película *Los 10 mandamientos*, que se estrenaba por esos días, se presentara en una sola sesión y no en dos (era una cinta muda que duraba más de dos horas), desmintiendo a quienes los acusaban de buscar un lucro exagerado (faltaban tres décadas para la superproducción protagonizada por Charlton Heston y Yul Brynner).

La experiencia de 1925 le permitió al país tener una Constitución casi por medio siglo. El plebiscito del 4 de septiembre, en tanto, sin papeletas de colores ni tampoco símbolos, determinará si los ciudadanos desean mantener la actual carta magna o elegir una nueva. Más allá del resultado y de los cuantiosos recursos y críticas que esto ha implicado, hay que valorar el proceso por cuanto nos permite reflexionar sobre lo que somos y lo que queremos. Eso nunca va a estar de más.



CIUDADES
MODERNAS: LA
EXTINCIÓN DE LO

natural

A medida que crecen las ciudades y se expande la humanidad, disminuye la porción de hábitats naturales en zonas urbanas. He ahí la importancia de restablecer nuestra biodiversidad urbana y fortalecer nuestra afinidad emocional con la naturaleza.

POR MOISÉS AGUILERA MOYA
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS

E

l crecimiento de la población mundial está llevando a una completa transformación de los ecosistemas en el planeta. Para el año 2050 se espera que la población haya superado los 8.5 billones de personas, lo que tendrá grandes consecuencias en la extensión y calidad de los ecosistemas naturales que aún persistan. Asimismo, distintos conflictos armados alrededor del mundo han contribuido significativamente -y al parecer así seguirá siendo- a la pérdida de hábitats, reducción de la biodiversidad y la degradación de las ciudades. Todos estos elementos de cambio acrecientan la incertidumbre sobre la sustentabilidad futura de nuestras ciudades y nos hacen preguntarnos por nuestra relación con la naturaleza.

Comúnmente la expansión en infraestructura asociada al crecimiento de las urbes puede degradar los ecosistemas naturales terrestres y marinos hasta hacerlos desaparecer, o los confina a pequeños fragmentos que quedan “atrapados” al interior de las ciudades. En un escenario de planificación eficiente, estos fragmentos naturales bien pueden convertirse en parques o áreas protegidas, y junto a la construcción de otras “áreas verdes”, enriquecen la biodiversidad y refuerzan nuestra experiencia natural.

El efecto de “verdes y azules”

¿Por qué nos importa nuestra relación con la naturaleza? En su estudio *Extinction of Experience: The loss of human-nature interactions*, Soga y Gaston muestran evidencias claras de cómo la interacción en y con zonas naturales “verdes” y “azules”, tales como bosques, pastizales, dunas, humedales, ríos, lagos, océanos, o aquellas “áreas verdes construidas” como los parques urbanos, incrementan nuestro bienestar individual. Como nos muestran por ejemplo los estudios de Soga y Gaston del 2020, *The Ecology of human-nature interactions*, y el de Terraube y colaboradores (2017), *The role of protected areas in supporting human health*. Para personas que habitan grandes ciudades, donde la vorágine de la urbe desencadena alteraciones psicológicas severas, la interacción con la naturaleza -observar insectos, flores, aves, trepar un árbol o pescar- ha sido crucial en la reducción de los niveles de estrés y enfermedades asociadas. La interacción efectiva con la naturaleza no se reduce a visitar un parque o bosque urbano, sino como lo describe el estudio de Soga y Gaston del 2020, “al grado de conciencia e intencionalidad de las actividades que se realizan en este ambiente”. El confinamiento producido por la pandemia puso de manifiesto lo clave que es nuestra relación con la naturaleza, y el valor de las áreas “verdes” y “azules” en nuestras ciudades tal como

lo demuestra el estudio de Kleinschroth y Kowarik; *COVID-19 crisis demonstrates the urgent needs for urban greenspaces*.

El avance tecnológico asociado a la oferta de información digital podría generar menos motivación para interactuar con la naturaleza, especialmente en los más jóvenes, lo cual llevaría a lo que Soga y Gaston (2016) denominan la “extinción de la experiencia: la pérdida de la interacción humanos-naturaleza”. Este síndrome produce, según lo analizado por Soga y colaboradores en su estudio del 2016 *Both direct and vicarious experiences of nature affect children's willingness to conserve biodiversity*, que las personas, especialmente los niños, vayan acumulando menos interés en la interacción con el ambiente natural, o incluso otorgarle menos valor a su conservación, resultando en una completa desafección. Estudios como los de Younan y colaboradores (2016), *Environmental determinants of aggression in adolescents: the role of urban greenspaces*, han explorado su relación con el grado de violencia característico de nuestras sociedades modernas hiper-urbanizadas; ¿Podría disminuir el nivel de agresividad y violencia interpersonal de existir mayor conexión con la naturaleza? Esta relación podría ser especialmente relevante en el desarrollo emocional temprano de niños y niñas. El rediseñar nuestras ciudades en función de los ecosistemas naturales, generaría consecuencias no sólo sobre el bienestar individual sino quizás también a nivel social.

¿Cómo reconectarnos?

La incorporación de planes de protección y rehabilitación de ecosistemas que aún persisten en los espacios urbanos o peri-urbanos como los cerros, islas, ríos y lagos urbanos, humedales y dunas, entre otros, así como la incorporación de nuevos parques o la ampliación de los ya existentes, son algunos de los grandes desafíos de la planificación urbana. Asimismo, la implementación de nuevas tecnologías o soluciones basadas en la educación ambiental efectiva serán de gran importancia para evitar la reducción de nuestra experiencia natural en zonas urbanas.

Debiésemos asumir el desafío de lograr que los servicios que los ecosistemas brindan al ser humano sean valorados e incluidos en la planificación de nuestras ciudades. Las crisis asociadas al cambio climático, la pandemia y conflictos sociales, presentan una oportunidad para que las dimensiones económicas, sociales y científicas conduzcan a cambios innovadores en el desarrollo de las ciudades, incluyendo el rol de los ecosistemas como eje central. Solo así podremos compensar, en parte, la pérdida y fragmentación de los ecosistemas naturales en nuestras ciudades.

LOS OTROS

ciudadinos

Animales como palomas, moscas y ratas, nos han acompañado en los asentamientos humanos desde tiempos tempranos. Pero, más recientemente, otras especies han comenzado a colonizar este nuevo ambiente urbano donde la flexibilidad de comportamiento es clave para convertirse en compañeros de ciudad.

POR CÉSAR GONZÁLEZ LAGOS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS

La urbanización -crecimiento y densificación de ciudades- es un proceso reciente, observándose tasas de incremento considerables sólo durante el siglo XX. En el año 2007, más del 50% de la población mundial se encontraba habitando en ciudades. Es así como hemos cruzado el umbral hacia una vida mayoritariamente urbana, tendencia que se proyecta continúe impulsada por el sostenido crecimiento de la población humana a nivel global.

Los ambientes urbanos son un ejemplo extremo de la domesticación del medio por parte de los humanos. Durante el proceso de urbanización los componentes originales del territorio -plantas y animales nativos- son reemplazados por edificios y calles, infraestructura gris que domina lo urbano. En menor proporción, infraestructura verde -parques y plazas- son creadas mayoritariamente mediante la introducción de vegetación no nativa; césped y plátanos orientales, por ejemplo, son favorecidos por sobre plantas locales ya sea por estatus, moda y/o conocimiento disponible sobre la propagación de dichas plantas. Es así como las ciudades son ambientes que se replican, condicionando una suerte de homogenización a nivel global.

Aunque este nuevo ambiente ha sido creado para satisfacer exclusivamente las necesidades humanas, unos pocos organismos encuentran atractivas oportunidades de vida en la ciudad. Animales como palomas, moscas y ratas, nos han acompañado en los

asentamientos humanos desde tiempos tempranos. Estos han sido transportados (voluntaria e involuntariamente) a través del planeta, y hoy son muy comunes en ciudades de todo el mundo. Más recientemente, otras especies locales han comenzado a colonizar este nuevo ambiente urbano, logrando asentarse e incluso alcanzando densidades mayores que lo observado previamente en sus ambientes naturales. Lo cierto es que sólo un número reducido de organismos locales -o nativos- llegan a tener éxito en la ciudad, y la mayor parte de éstos pueden ser considerados perdedores frente al desafío de convertirse en ciudadanos.

Las estrategias para alcanzar el éxito son variadas, y en el caso de los animales, la flexibilidad de comportamiento es clave a la hora de asentarse en la ciudad. Ésta se ve reflejada en la capacidad de explorar e incorporar nuevas fuentes de alimento, como restos de comida en cafeterías, y reconocer sitios adecuados en edificios para refugio o reproducción. El “no poner todos los huevos en una misma canasta” es otra de las estrategias utilizadas por los nuevos ciudadanos.

Lo anterior hace referencia a la capacidad de “saltarse” eventos reproductivos en el corto plazo, ya sea porque existen muchas oportunidades reproductivas -por ejemplo, palomas y tórtolas- o porque se posee una esperanza de vida muy extendida en comparación con otras especies -por ejemplo, córvidos del hemisferio norte o falconiformes como nuestro tuique Milvago chimango-. Esto les permite potencialmente coleccionar información del nuevo ambiente urbano y embarcarse en la reproducción sólo cuando las condiciones externas sean apropiadas.

Las estrategias mencionadas son rasgos descritos en los animales urbanos en distintas partes del mundo, y han sido adquiridas durante la historia evolutiva de estos “otros ciudadanos”. Estas características previamente adquiridas junto con favorecer la persistencia en el territorio urbano podrían facilitar el desarrollo de nuevas adaptaciones específicas a las presiones impuestas por la vida urbana actual. Ejemplos de éstas son cada vez más reportados en la literatura: una especie de mosquito habitante exclusivo de los túneles del metro en Londres y peque-



ños lagartos urbanos en Puerto Rico que han modificado unas laminillas en sus dedos para facilitar el desplazamiento por las superficies lisas de la infraestructura gris, son algunos de los casos de evolución contemporánea producto de la urbanización. Nuestra domesticación del medio natural no sólo está generando muchos perdedores y unos pocos ganadores, contribuyendo con la homogenización de la biota y crisis de biodiversidad a nivel global, sino además esta direccionando la evolución de estos “otros ciudadanos”.

Animales domesticados -perros y gatos, entre otros- son altamente susceptibles a cada una de las decisiones humanas, y podemos cuestionarnos hasta qué punto están siendo susceptibles a nuestras decisiones y acciones. Lo anterior ha sido puesto en evidencia durante las cuarentenas globales de los últimos dos años. Durante los periodos de cuarentena extendida, algunos de estos “otros ciudadanos” altamente dependientes del alimento entregado por seres humanos fueron impactados negativamente, siendo forzados a buscar nuevas fuentes de alimento. Ejemplos de ello son algunas especies de patos en grandes parques europeos y primates dependientes de alimentos entregados por turistas en Tailandia, e incluso las palomas en varias ciudades del mundo.

Un evento más extremo aún de esta dependencia entre los seres humanos y los “otros ciudadanos” es la actual guerra en Ucrania. Mientras recibimos noticias de la gran crisis humanitaria en las zonas de conflicto, las mascotas y animales de zoológicos que habitaban estos territorios sufren también las consecuencias a través del abandono forzado, falta de comida y muerte directa. Es de esperar que el destino de los “otros ciudadanos” que se habían aventurado a la vida urbana en estas ciudades no sea muy diferente.

Cuestionarse y comprender el porqué existen unos pocos



ganadores y muchos perdedores en el nuevo ambiente urbano, no sólo tiene relevancia para dimensionar el impacto de nuestras acciones sobre otras formas de vida, sino también para entender potenciales consecuencias sobre nosotros mismos. Mientras favorecemos a unos pocos ganadores con las condiciones ambientales actuales de las ciudades, algunas poblaciones animales pueden alcanzar densidades tales que gatillen conflictos humano-animal, ya sea a través del daño a la infraestructura en la ciudad e incluso frente al potencial surgimiento de enfermedades, entre otros ejemplos.

Chile puede ser considerado un país urbano, con más de un 85% de su población habitando actualmente en zonas urbanas. Debido a que gran parte de las sociedades humanas se desenvuelven principalmente en ciudades, generar conocimiento que nos permita pensar ciudades más amigables con los “otros ciudadanos” puede ayudar también a asegurar nuestro bienestar.

IDEAS NO

La posibilidad de escribir ensayos académicos utilizando inteligencia artificial pondrá en jaque los sistemas de evaluación universitarios. ¿Cómo detectar la trampa? ¿Es legítimo hablar de trampa?

El ejercicio de apropiarse de contenidos ajenos, intervenirlos y darles vida propia, practicado en el arte y la literatura por exponentes como Duchamp o Borges, y ahora ejecutado por un software, puede abrir rutas impensadas para la originalidad.

**POR NIELS RIVAS,
DEPARTAMENTO DE LITERATURA**

H

ace un par de meses un estudiante, que representaba a una organización que promueve la difusión de conocimiento sobre inteligencia artificial (IA), me contactó para invitarme a un conversatorio sobre la generación automática de lenguaje. “¿Cómo es eso?”, pregunté. “Sistemas de IA que son

capaces de escribir como un ser humano”, me dijo. “Estos sistemas pueden generar ensayos académicos, por eso nos interesa que usted pueda asistir. Los cursos que usted enseña se evalúan con ensayos”. Intrigado, busqué información sobre el tema. A poco andar me di cuenta, una vez más, de que la tecnología me llevaba una vergonzosa delantera.

Siguiendo las señas que me dio el estudiante, probé herramientas básicas de IA que, efectivamente, eran capaces de generar párrafos originales y más que aceptables sobre, por ejemplo, la evolución del concepto de felicidad en Platón, Aristóteles y Epicuro. Citas pertinentes, comentarios acertados, correcta articulación de las ideas... si esos párrafos formaran parte de uno de los tantos ensayos que recibo, efectivamente sería muy difícil discernir si fueron escritos por un estudiante o generados mediante un software.

Mi reacción inicial fue de preocupación. Una vez que esto se masifique, pensé, será imposible detectar la copia; a medida que estas herramientas sean más sofisticadas, el ignorante, si es ducho en las bondades de la IA, superará al estudioso. Me parecía, a todas luces, una mala noticia la que me había anunciado el estudiante. Pero, ¿lo era realmente? Este había dicho algo que al principio interpreté como broma: “con esto de la IA, le estoy agarrando el gustito a escribir ensayos”. El estudiante, tardé en darme cuenta, lo había dicho totalmente en serio. Sin duda, era entretenido rearmar los textos generados por el mágico software, intervenirlos, afinarlos, modificar la instrucción inicial, ampliarla o acotarla para generar un nuevo texto, una, dos, diez veces (“sólo basta un click, profesor”), y en el proceso ir sumando palabras ajenas, combinando ideas prestadas, probando distintos ensambles hasta elaborar un párrafo.

¿Era una mala noticia? Como académico, estudio obras artísticas y en particular literarias. En mis clases suelo hablar, por ejemplo, de Marcel Duchamp y su famosa *Fuente* (1917) para ilustrar algunos aspectos centrales de la literatura del siglo XX. Duchamp se apropió de un objeto ajeno -un urinario-, lo bautizó, lo situó en un nuevo contexto y con ello abrió una impensada y rica dimensión del arte moderno. Duchamp, hace un siglo, prefiguraba las bondades de la IA... Después de todo, ¿qué son esos párrafos generados automáticamente sino versiones contemporáneas -hijas de la tecnología y la hiper comunicación digital- del *ready-made* instaurado por el artista francés?

La literatura abunda en ejemplos similares. Los dadaístas y surrealistas pregonaban la idea de construir textos a partir del hallazgo fortuito de palabras y frases ya existentes (*Instrucciones para escribir un poema* de Tristan Tzara, 1920), o bien mediante una colaboración colectiva y anónima cuyo resultado final era un poema hecho de fragmentos azarosamente ensamblados (lo que Breton y compañía llamaban “cadáver exquisito”).

Borges, a su vez, no dudaba en apropiarse de ideas ajenas al momento de escribir sus relatos. En una línea genial de *Alicia a través del espejo* está contenido el argumento de *Las ruinas circulares*; en un verso del Corán, el argumento de *El milagro secreto*. Lejos de ocultarlo, el autor exhibía estas apropiaciones, tal como lo demuestran los epígrafes que encabezan dichos relatos. Cabe recordar que uno de los cuentos más reconocidos del autor argentino tiene como protagonista a un excelso copión: Pierre Menard, cuya ambición no era otra sino la de “producir unas páginas que coincidieran -palabra por palabra- con las de Miguel de Cervantes”. Significativamente, Borges le confiere a su personaje, quizás el mayor plagiador de que se tenga noticia, la misma categoría que ostenta el clásico español. No en vano, el cuento lleva como título: *Pierre Menard, autor del Quijote*.

Menard me hizo pensar en el poeta chileno Juan Luis Martínez, enigmático como pocos, genial en idéntica proporción, quien declaró que su mayor interés era “la disolución absoluta de la autoría, la anonimidad, y el ideal, si puede usarse esa palabra, es hacer una obra en la que no me pertenezca una sola línea”.

La literatura chilena tiene una rica trayectoria en lo referido a la apropiación y manipulación de textos existentes. El poeta Carlos Cociña ofrece una espléndida muestra de ello en *Plagio del afecto* (2003), obra conformada por materiales ajenos, en su mayoría fragmentos de textos científicos (provenientes de la física, la biología, la psicología, la neurociencia...) en los que es posible advertir huellas, a veces directas, otras intrincadas o cifradas, de experiencias que remiten a los temas centrales que interesan a Cociña: el afecto, el erotismo, el silencio, la insuficiencia del lenguaje... La calidad de la obra no tiene nada que ver aquí con la inspiración creadora -ese mito romántico- sino con lo que podríamos llamar el trabajo de curaduría realizado por

CREATIVAS



Fuente, Marcel Duchamp, 1917. Fotografía de Alfred Stieglitz en la Galería de Arte 291 después de la exhibición de la Sociedad de Artistas Independientes.

Cocina: su capacidad de selección, la captación de potencial poético, el ensamblaje de las partes (a fin de cuentas, ¿qué otra cosa sino un radical ejercicio de curaduría es la *Fuente* de Duchamp?).

Imposible no mencionar al norteamericano Kenneth Goldsmith y su obra *Day* (2003). Esta consiste en la transcripción, palabra por palabra, de la edición del New York Times del 1 de septiembre del año 2000, sin distinguir noticias, columnas de opinión o avisos publicitarios, todo reescrito y ensamblado en el contexto de una obra nueva, en lo que Goldsmith llamó un tenaz ejercicio de no creatividad. A esta clase de ejercicios Goldsmith dedicó un interesante estudio llamado *Uncreative writing. Managing language in the digital age* (2011), donde profundiza en el alcance de las prácticas literarias centradas en la apropiación y que ofrece múltiples coincidencias con otro publicado casi al mismo tiempo por Marjorie Perloff, cuyo título, *Unoriginal genius*, revela un interés similar por problematizar las nociones de autoría y creación. Nada nuevo bajo el sol. Basta pensar en Virgilio, cuyas ideas no creativas dieron origen a la *Eneida*, esa brillante imitación de

situaciones, personajes y episodios que Homero había trazado 700 años antes.

Volviendo a la generación automática de lenguaje, no tengo claro cuál será su impacto sobre la producción de ensayos académicos (y no habrá que esperar mucho para preguntarse por su impacto sobre la producción de textos en general). No sé si exacerbará los métodos de vigilancia, la aplicación de sofisticados softwares capaces de identificar la presencia de IA en el trabajo de un estudiante. No sé si se extinguirán los ensayos en el contexto universitario. Ninguno de estos caminos, sin embargo, parece recomendable. Lo que está claro es que una época caracterizada por el crecimiento exponencial de las tecnologías de información y por el desarrollo de un paisaje digital cuyos límites apenas dimensionamos, necesariamente abrirá nuevas rutas para la creación y el desarrollo intelectual, modificando su naturaleza. Habrá que pensar -ya- cómo abordar estos cambios. Y a la luz de lo que nos muestran el arte y la literatura, cómo preservar su poderosa dimensión constructiva.

PLURINACIONALIDAD,

Sí... a pesar de todo



PEDRO MOSCOSO
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

L

a plurinacionalidad puede entenderse, *grasso modo*, como la coexistencia de dos o más naciones al interior de un territorio. Dicha condición supone la coexistencia de varias comunidades nacionales, cada una con su cultura y características socio-políticas. En la actualidad existen algunos países que incorporan esta dimensión dentro de sus textos constitucionales. Los casos

más cercanos son Ecuador (2008) y Bolivia (2009), quienes hicieron frente al desafío de construir una comunidad política que incluya a mayorías diversas. Existen otros casos como el de España, cuya Constitución reconoce una sola nación, pero ésta se encontraría compuesta por ocho nacionalidades, cada una con sus rasgos históricos, culturales, sociales y lingüísticos propios.

El concepto de plurinacionalidad tiene un carácter fundamentalmente problemático respecto a su significado, interpretación y uso. Así lo hace notar el catedrático y secretario de la RAE, Santiago Muñoz Machado, al consignar que, en términos estrictamente jurídicos, este concepto no existe. Esta idea, a juicio del experto, remitiría a una dimensión eminentemente cultural. Si esto es así, ¿por qué mejor no consignar un reconocimiento constitucional a la diversidad cultural, en vez de insistir en este carácter plurinacional? Dos elementos podrían justificar la inclusión de la plurinacionalidad dentro de la actual propuesta constitucional chilena. El borrador de la Nueva Constitución propone en su Artículo 4º: “Chile es un Estado Plurinacional e Intercultural que reconoce la existencia de diversas naciones y pueblos en el marco de la unidad del Estado. Son pueblos y naciones indígenas preexistentes: los Mapuche, Aymara, Rapa Nui, Lickanantay, Quechua, Colle, Diaguita, Chango, Kawashkar, Yaghan, Sell’nam y otros que puedan ser reconocidos en la forma que establezca la ley”.

Un primer elemento para considerar, de carácter conceptual, refiere a la *unidad de Estado* constatada en esta propuesta. La institucionalización de la plurinacionalidad inaugura la exigencia imperativa de emprender un trabajo activo orientado a redefinir y transformar la noción actual de Estado, cuyas condiciones de emergencia se encuentran ancladas a una serie de principios vinculados a nociones como las de “pacto social” o “bien común” que se han mostrado insuficientes para enfrentarse a una dimensión de apertura a una “diferencia” inclasificable, surgida a partir del encuentro entre “mundos” con gramáticas y cosmovisiones divergentes.

En segundo lugar, una cuestión territorial presente en la apelación a la “preexistencia” de los pueblos originarios en Chile. En este punto, la justificación de la plurinacionalidad podría comprenderse desde la perspectiva de una “deuda histórica” que ha de ser saldada, asunto que pone al Estado frente al



dilema de gestionar una potencial devolución de tierras.

Más allá del debate en torno a los límites territoriales geográficos, esta preexistencia también nos impone la pregunta por los dominios de autonomía y autodeterminación de cada uno de los pueblos que habitan y han habitado el suelo chileno. Si bien se podría considerar que el reconocimiento de una “diversidad cultural” soluciona este conflicto, dicha perspectiva desconoce el hecho que la autonomía no refiere a una dimensión puramente subjetiva, individual, sino que supone modos de habitar los territorios y sistemas de relaciones entre los distintos elementos -humanos y no humanos- que los componen. La plurinacionalidad incluye, pero excede lo estrictamente cultural, entendiendo que la cultura apela a un conjunto de ideas, costumbres y rituales que caracterizan a una comunidad humana. El territorio al que se apela desde las demandas por la plurinacionalidad no es un espacio homogéneo. Una sutileza de lenguaje para algunos, pero una discusión que vale la pena tener para que nuevas formas de comunidad -como las que parecen ser necesarias en Chile- sean posibles.

SER O NO SER



Una mala idea

DANIEL LOEWE
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA



¿Es esto importante? Sí, lo es. Primero: mientras el nacionalismo etnocultural suele ser particularista y excluyente (no todos pueden ser ciudadanos), fundándose en la etnia, la cultura y el territorio (“sangre y territorio”), el cívico es universalista y supone igualdad e inclusión (todos pueden llegar a serlo). Aquí la demanda plurinacional pierde sentido porque nos une la voluntad política.

Segundo: la ciudadanía igualitaria que acabó con los estatus diferenciados característicos de las sociedades estamentales es propia de la nación política. Ella contiene una fuerza emancipadora que mediante la garantía de derechos iguales desvincula lo que las personas pueden lograr de su origen, también del etnocultural. Por el contrario, la plurinacionalidad etnocultural las vuelve a vincular restringiendo así las opciones de florecimiento humano.

Tercero: al romper la igualdad ciudadana los grados de autonomía reclamados crean privilegios y desventajas según pertenencia. Tal vez el pluralismo jurídico es la institución que mejor lo expresa. Por una parte, estos regímenes suelen privilegiar a los miembros de los grupos etnacionales por sobre los ciudadanos; y por otra tienden a desventajar -algo convenientemente omitido en los debates políticos- a sus miembros más desaventajados, corrientemente las mujeres, los niños y las minorías sexuales.

Finalmente, la plurinacionalidad va en una dirección inapropiada para un mundo abierto en que las personas tienen y desarrollan identidades múltiples y variadas. Esta multiplicidad produce vínculos comunes que actúan como la red en los parabrisas: distribuye el impacto impidiendo que el proyectil cruce el cristal y mate a los usuarios. Por el contrario, la plurinacionalidad reduce las identidades relevantes sobre todo a la etnacional, lo que es una fábrica de conflictos. Romeo y Julieta sabían de aquello: los suyos fueron los problemas de los emprendimientos (en su caso, uno romántico) en sociedades separadas según identidades.

La política es un arte de lo posible y no puede ser reducida a un seminario de filosofía política. A veces el mejor mundo es sólo el menos malo. Pero no por ello la plurinacionalidad es una buena idea. Es mala.

El sueño nacionalista reza un Estado para cada nación. Pero el sueño choca con la realidad (hay cientos, sino miles, de grupos nacionales). Así, surge el *second best*: el Estado albergaría diferentes naciones con grados variados de autonomía. Esta es la demanda plurinacional, la segunda mejor opción de los nacionalistas.

Se trata de un concepto etnocultural: los grupos étnicos reclaman un origen (real o imaginado) y una cultura común; y las naciones son grupos étnicos que buscan autogobernarse. Este concepto se opone al entendimiento cívico de la nación como ciudadanos unidos por un vínculo político; una comunidad con un pasado, pero sujeta -con la metáfora de Ernest Renan- a un plebiscito cotidiano, a una voluntad común de permanecer como comunidad política.

RAYADOS CALLEJEROS: APROPIACIÓN

Ciudades que narran



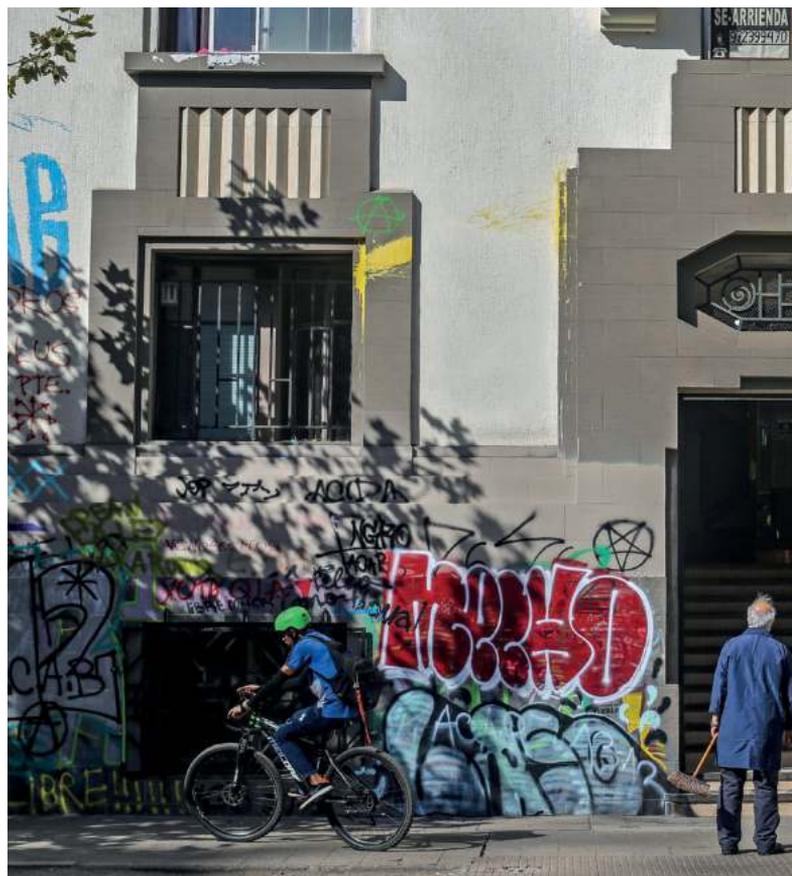
POR JUAN PABLO VILCHES
NÚCLEO DE HISTORIA DEL ARTE

Durante los últimos años hemos sido testigos de la alteración y destrucción de múltiples monumentos públicos, tanto a nivel local como internacional. Un caso reciente es el ataque a las esculturas de la Reina Victoria y la Reina Isabel II en Winnipeg, Canadá, en 2021. Las estatuas fueron salpicadas con pintura roja y luego derribadas, tras el descubrimiento de tumbas de niños indígenas en escuelas residenciales instaladas durante la colonia, las que buscaban aislar a los niños de su herencia cultural y asimilarlos a los códigos del imperio británico. Acciones que sin duda impactan la percepción que tenemos de nuestras ciudades, ya que ésta se ve transformada a partir de la desaparición de elementos que muchas veces sirven como puntos de referencia. ¿Cómo entender instancias como estas sin caer en los juicios conservacionistas que rigen en el patrimonio cultural?

En *La invención de lo cotidiano*, el pensador francés Michel de Certeau concibe la ciudad como un texto que se cifra a partir de nuestros trayectos diarios; para él, caminar es un acto enunciativo, una forma de *escribir* el territorio. Estos desplazamientos, que dan cuenta de vectores de movimiento, de velocidades dispares y de distintas variables de tiempo, son los que, según Certeau, dan origen a las *historias* que convierten un lugar en un *espacio*, una entidad siempre abierta a la transformación. Bajo esta concepción de ciudad, la escritura se vuelve una metáfora para diversos intentos de hacer propio el tejido urbano, de contar historias que otras formas de representar el espacio, tales como los mapas, no logran capturar, ya sea porque sus mecanismos no son capaces de ello o porque resultan una amenaza contra el orden que buscan imponer.

Podemos considerar las antiguas pinturas rupestres como una forma de infundirle a un lugar un significado más allá de lo natural, la imagen se vuelve un símbolo que logra condensar una cosmovisión y cultura particular. Si seguimos con la analogía textual que nos plantea de Certeau, la marca funciona como sinécdoque, figura literaria en la que una parte se utiliza para representar un todo mucho más amplio y complejo.

Mientras que la pintura rupestre se aprecia por su valor arqueológico, histórico e incluso estético, algo completamente opuesto ocurre con los rayados en el espacio público y sus monumentos. ¿Dónde está la diferencia? Me atrevería a decir que tiene que ver con la asociación contemporánea que existe entre estas formas de expresión con subculturas que surgen desde los márgenes de la sociedad. Un ejemplo es el grafiti que caracteriza al movimiento hip hop, el cual nace de las minorías afroamericanas y latinas en Nueva York durante los años '70, en barrios golpeados por la pobreza y la violencia. El grafiti, como parte de un conjunto que incluye también música, códigos de vestimenta y una aproximación propia al lenguaje, se vuelve una forma de contar su historia, esa que muchas veces se quiere ignorar y que no llega a los mapas. A diferencia de la pintura rupestre, el grafiti incomoda



porque denuncia y nos obliga a ver algo que no queremos ver, pero no lo hace menos válido como forma de escribir la ciudad.

Algo similar ocurre con las esculturas de la Reina Victoria y la Reina Isabel II. Al tener en cuenta las múltiples direcciones, velocidades y temporalidades que constituyen la ciudad, ésta no tiene otra forma de existir como texto que la de un palimpsesto, uno que se reescribe constantemente sobre sí mismo. En este caso, la pintura roja y los rayados aparecen como expresiones contestatarias que buscan denunciar y al mismo tiempo exigir nuevas formas de pensar la identidad nacional desde su relato patrimonial, prestando especial atención a las voces marginadas por la elite del conocimiento, como las de la comunidad indígena. La historia nacional que se condensa en estos dos elementos patrimoniales se reescribe simbólicamente a partir de una nueva forma de leer el pasado. Una narrativa no elimina la otra, ya que la gracia del palimpsesto es su capacidad para evidenciar sus capas, es decir, cómo los textos se encuentran en estas múltiples reescrituras nos recuerda que nuestras ciudades no son nombres en un mapa, sino que espacios dinámicos, abiertos al cambio.

DEL ESPACIO PÚBLICO



Espacios en disputa

POR MARÍA JOSÉ CHIESA,
NÚCLEO DE HISTORIA DEL ARTE



menzaron a formar parte del paisaje urbano consignas y símbolos que resumían el descontento ciudadano. El espacio público se convirtió en un medio para manifestar ese complejo malestar social, y el rayado, por su parte, en la manera más eficaz de visibilizarlo. Las calles y centros más importantes de algunas ciudades cambiaron completamente su fisonomía, dando paso a signos de una marcada decadencia.

Por otra parte, en marzo de este año, impresión causó la aparición de un mural en el Parque San Borja. La intervención fue realizada por un colectivo de artistas eróticos llamado Ojo Porno, quienes plasmaron en una parte del parque imágenes de contenido sexual explícito. El objetivo primordial era mejorar un sector mediante la ejecución de expresiones artísticas que dieran vida a ese espacio, aspecto que quedó opacado por el contenido de la imagen.

Ambos casos dan cuenta de un fenómeno complejo en el que se conjugan muchos elementos. El primero de ellos es la apropiación, por parte de ciertos grupos, de un espacio que es común. Si bien se visibiliza una idea o problema, al mismo tiempo se empobrece y devalúa el lugar en el que se manifiesta. El daño infligido a la propiedad pública o privada tiene consecuencias que afectan el patrimonio urbano de las ciudades y empobrecen su estética. Ciertamente el rayado no es lo único que explica su deterioro, pero contribuye a la sensación de decadencia y abandono que afecta a quienes viven en esos sectores. Un segundo punto, tiene que ver con el tipo de mensaje que se quiere transmitir. Es complejo poder admirar una obra si su contenido es cuestionable dentro de un contexto en el que transitan diversos grupos, tal como sucede con el caso del colectivo. Y también resulta complejo, poder reconocernos en trabajos que son difíciles de comprender porque representan símbolos o palabras que nos son ajenas. A partir de esto último, un tercer elemento tiene que ver con la falta de participación de la comunidad que habita y/o transita esos espacios. Al ser los rayados un modo rápido, eficaz, y muchas veces anónimo de expresar ideas, se hace prácticamente imposible establecer algún tipo de consenso comunitario respecto al valor simbólico y concreto que tiene.

Ambos casos nos invitan a reflexionar sobre el sentido o rol del arte en estos casos, y el cómo podemos entenderlo en el espacio público sin que éste se transforme en un lugar de tensiones permanentes entre distintos grupos. La libertad de expresión artística es parte importante en el proceso creativo, pero eso no debiera pasar a llevar el valor de los espacios.

E

n una diversidad de formas, el arte urbano se expresa utilizando espacios públicos o privados, dando a conocer ideas de grupos particulares, y/o visibilizando problemáticas de distinto carácter. Algunas de estas manifestaciones buscan ser permanentes, otras, por el contrario, se plantean como mensajes efímeros que buscan un objetivo particular. Más allá de las posibilidades, lo que tienen en común es la utilización de lugares visibles como lienzo, lo que nos invita a pensar en las problemáticas en torno a esta práctica. No se trata de presentar una postura tajantemente negativa frente a la legitimidad de estas intervenciones, sino más bien de tener presente la necesidad de una visión crítica frente lo que vemos plasmado en el espacio público, y la forma en que se hace.

En el contexto de la crisis de octubre de 2019, rápidamente co-

EL DOLOR DEL

A un siglo de su publicación, y leída desde el contexto actual, la obra de Mistral conmueve. En alusión a una crítica de la época que se refería a la supuesta amargura de la Nobel, hoy se puede entender que no se trata de que la vida de Mistral fuera desolación, sino de que la poeta era capaz de sentir la desolación de la vida.

**POR MARTINA BORTIGNON,
DEPARTAMENTO DE LITERATURA**

*... nosotros no amamos en nuestro adentro,
lo único, ni lo venidero, sino a la fermentación
innumerable; no al niño individual, sino a los padres,
que como los escombros de la montaña fundamentan
nuestro suelo; sino como el seco lecho del río
de madres antiguas; sino todo el paisaje silencioso
bajo el destino nublado o claro: esto llegó antes
que tú, muchacha.*

Rainer María Rilke, Tervera Elegía de Duino

*¿Es posible volverse posesiva con el propio dolor?
Quiero llegar a conocerlo, quiero que me conozca.
Chimamanda Ngozi Adichie, Sobre el duelo*



veces las críticas negativas logran identificar, en las obras contra las cuales se ensañan, puntos neurálgicos que pasan desapercibidos -quizás por obvios- a las críticas positivas y ensalzadoras. Es el caso de la reseña que escribió Omer Emeth en 1923 para El Mercurio sobre el libro de poemas Desolación de Gabriela Mistral, re-

cién aparecido en Chile.

El poemario había sido publicado por primera vez el año anterior, en 1922, en Estados Unidos, gracias al interés de un académico de la Universidad de Columbia. Escribe Emeth: “Si hemos de tomar esta obra como una confesión ... parecerá que la vida de la autora habría sido una continua desolación”. Afirmación chata y mezquina que, de todos modos, recoge de forma directa la nota anímica que sostiene el poemario, sin tomarse el trabajo de encontrar sinónimos a la palabra que la autora había escogido para el título. La misma Mistral admitía en la nota final del libro, titulada “Voto”: “Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también. En estos cien poe-



mas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme”. Sin embargo, aunque el “pasado doloroso” juega un papel catalizador, no es sólo lo personal lo que finalmente confluye en la escritura.

Para la futura premio Nobel, la poesía es una herramienta de exploración de un dolor que va más allá de las contingencias biográficas que podrían haberlo gatillado, pasando a reverberar un sentimiento universal,

común a plantas, personas y estrellas. Un dolor, tal como el amor al que se refiere Rilke en el fragmento citado en apertura, proliferante, innumerable, en constante metamorfosis; un dolor amante del cual cuesta desanudarse. La poeta, que siempre protestó contra la chapa de “heroína de novelones, llorando desconsolada” que al parecer le había ganado la vinculación -no avalada por ella- entre Los sonetos de la muerte y el suicidio de un antiguo enamorado suyo, Romelio Ureta, pudo entrar en contacto con ese dolor esencial y, lo que es más, sostenerlo y nombrarlo.

Lo anterior, a pesar de -o porque- Mistral era y se declaraba una persona alegre: “Yo no estoy nunca triste... yo río fuerte”. No se trata entonces, según insinúa el crítico malevolente, de que la vida de Mistral fuera desolación, sino de que Mistral era capaz de sentir la desolación de la vida. Lo otro que no logra captar Emeth es la complejidad, profundidad y ambivalencia de esa desolación: no hay desolación sin ternura (nótese el peso que tiene en este equilibrio el título de la segunda obra publicada por Mistral). No hay rechazo sin morbosidad, no hay dolor sin placer, ni creación sin destrucción.

Es particularmente significativo que los 100 años desde la publicación de Desolación coincidan, para Chile y el mundo, con el año de salida de la pandemia: un año en que nos parece que la normalidad ha vuelto a nuestras vidas, el reporte diario de los muertos de Covid ya es una simple cifra al pie de otras noticias del telediario y la guerra más notoria del momento queda al otro lado del mundo. En un año (un siglo) en el que el acto de nombrar el dolor es lo menos atrayente y lo más anticuado que se pueda pensar, este libro enciende las 100 velas de su cumpleaños y nos ayuda, a falta de ritos

PRESENTE



Ilustración: Kristin Lidström

colectivos y conmemoraciones públicas acerca de lo ocurrido en los últimos dos años, a que “la pérdida comience a salir del cuerpo y simbolizarse; que lo perdido quede separado, aunque no olvidado”, como lo expresa Constanza Michelson en su reciente ensayo *Hacer la noche*: sea ésta la pérdida de un familiar, un amigo, de la libertad de movimiento y respiración, de tiempo de vida, o del saludo chileno de beso. Es impresionante notar cómo la atmósfera de este libro, aunque adornada con una prolijidad de puntos de exclamación algo demodé para la sensibilidad estética contemporánea, penetra en la psique del lector como una niebla y remueve sus entrañas con una precisión quirúrgica inesperada para un libro de 100 años. O mil, o cinco millones: Mistral es “la vieja”, como la llama Patricio Marchant, la inventora del inconsciente arcaico de la poesía chilena,

su madre sangrienta.

Cabe rescatar en este aniversario el atesorar maternal que hace Mistral del dolor casi fuera “un manojito atribulado / de ternura, entre mis carnes / como un infante, temblando” (“Otoño”). Al respecto, hay poemas que parecen abrirse como un doble espejo, fieles a la verdad fundamental de que todo en la vida es ambivalente. El poema “La mujer estéril” empieza con la siguiente estrofa:

La mujer que no mece a un hijo en el regazo,
cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas,
tiene una laxitud de mundo entre los brazos;
todo su corazón congoja inmensa baña.

Conoce ese vacío con forma la mujer que sueña con un hijo que no llega, o la que pierde a su hijo antes de que nazca, o la que no quiere que esa forma en su útero cobre sustancia de hijo, pero ya es demasiado tarde: estas tres mujeres tuvieron que elaborar su duelo en el encierro de las cuarentenas, tan cegadoras como la infinita noche austral en que Mistral daba los últimos retoques a lo que sería su primer libro de poemas. A esta obra sigue inmediatamente otra, titulada “El niño solo”, en que la sujeto del poema narra el encuentro con un niño que llora solo en un rancho. Cuando la madre vuelve de las faenas del campo, encuentra a su hijo dormido en el seno de la protagonista del poema, que siente ahora su “pecho enriquecido”. Se trata del rayo de luna, rayo de mucha dulzura, que es la experiencia breve pero grata de la sustitución. Sin embargo, esa misma sujeto no renunciará a matar con pulso firme al hijo nunca nacido en su regazo: “¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo / y bendito mi vientre en que mi raza muere!” (“Poema del hijo”), haciéndonos ver en toda su potencia y paradoja el manojito de sentimientos que van con la maternidad o con el deseo/repudio de ésta.

Más allá de la extraordinaria vena irónico-grotesca y desafiante (plasmada en sus archi-conocidos versos “¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna / bajará a disputarme tu puñado de huesos?” (“Los sonetos de la muerte”), más allá del cristianismo herético y místico, más allá del reflejarse conmovido en los elementos de la naturaleza, más allá del ahogo y amordazamiento de la voz creativa, todo ello parte del legado inmortal de *Desolación*, rescatamos en esta ocasión la potencia del dolor buscado y acunado, ponderado y pronunciado, fantasmal y simbolizado, una vigorosa nota en *Mi menor* para palparnos -y crecer- en los duelos que aún perviven, “fermentando innumerables”, en nuestros adentros.

BUROCRACIA

El discurso sobre la modernización del Estado es un tema recurrente en temporadas electorales; las críticas a la ineficiencia del Estado, a los operadores políticos que llenan la administración pública, a la lentitud y enquistamiento de la burocracia, y a la molición de los funcionarios públicos, son tópicos que emergen una y otra vez. Lo interesante es constatar que este discurso tiene larga data, pues desde que Chile se constituyó como república independiente resuenan quejas similares.

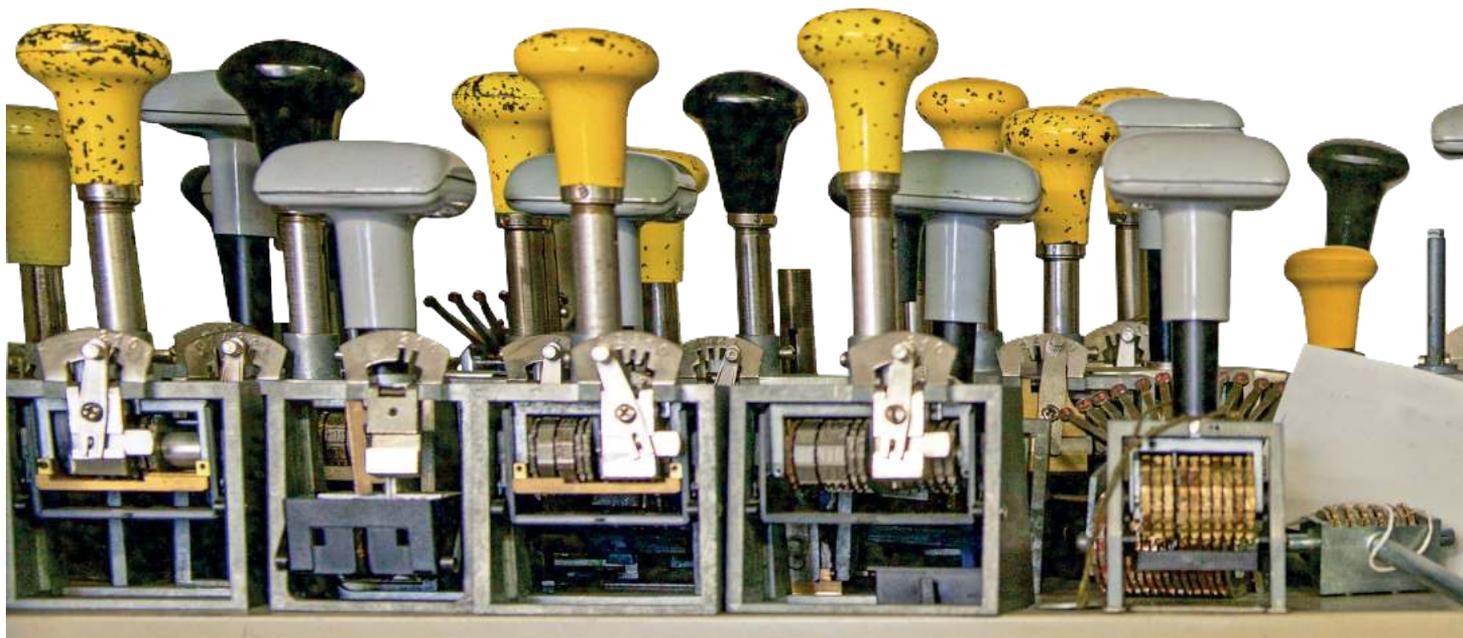
La observación histórica de las críticas y anhelos de transformación nos lleva a pensar lo necesario que es entender el Estado no como un ente abstracto o una estructura material, sino bajo una mirada sociológicamente más humana y social. El Estado somos todas y todos, y las formas que éste ha ido tomando en el transcurso de la vida republicana se ajustan a la sociedad que lo compone, las tensiones y los anhelos que la atraviesan. Si su semblante más cercano es la burocracia, aquellos funcionarios que lo sirven, resulta probable que sus defectos sean los del entramado social en su conjunto. Quizás ellos sean un espejo en el

La crítica a la eficiencia estatal y a las aptitudes del funcionario público se remonta a los inicios de la patria. Así, los argumentos contra la burocratización suenan añejos y desconocen su contexto histórico -ya sea como respuesta al desarrollo institucional de cada época o como parte de una creciente clase media- en la eterna demanda por una modernización que parece nunca llegar.

POR ELVIRA LÓPEZ TAVERNE
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

que vemos exacerbados nuestros defectos, lo que nos incomoda en sobremanera.

Si recorremos nuestra historia, a inicios de la república Bernardo O'Higgins mencionaba que en su gobierno sólo tendrían cabida los empleados íntegros: "Evitaré la censura que se ha hecho a la España de ser una nación de empleados", señalaba. A los funcionarios coloniales se los acusaba de nepotismo, arbitra-



UNA COMPAÑÍA QUE SE NIEGA A DESAPARECER

riedad y enriquecimiento ilícito -nada nuevo bajo el sol-. Pero como señala el dicho, otra cosa es con guitarra, y la nueva república heredó no sólo las instituciones, sino también a muchos funcionarios de la antigua administración monárquica. En principio podían mantenerse en su cargo quienes jurasen fidelidad al nuevo régimen político, pero en la práctica fue difícil deshacerse de individuos que no eran afines. Esto, sumado a la escasez de recursos, los cargos ad honorem y la falta de expertise, fueron algunos problemas que enfrentaron los dirigentes a la hora de organizar una burocracia de “empleados íntegros”.

Así, a lo largo del siglo XIX la burocracia se fue consolidando de forma paralela al desarrollo estatal, y dada la precariedad de las primeras décadas decimonónicas, en muchas ocasiones los empleados públicos fueron la única cara visible del Estado en el mundo rural y en los territorios más alejados.

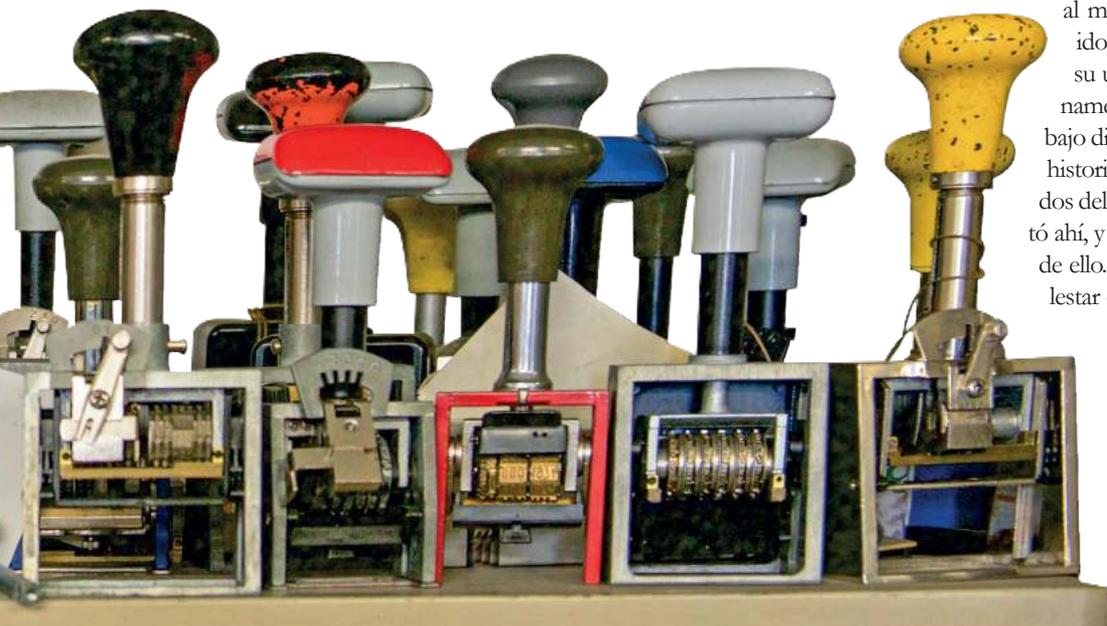
La Guerra del Pacífico marcó un punto de inflexión en el desarrollo de la administración pública, pues como resultado del triunfo bélico nuestro país experimentó una expansión territorial y un aumento exponencial de sus ingresos, uno de cuyos resultados fue el incremento de la burocracia. El presidente Aníbal Pinto destacó esta situación en el mensaje de apertura del Congreso Nacional en 1880, señalando que detrás del Ejército marcharon los burócratas “organizando y poniendo orden” en el territorio recientemente ocupado. El correlato más importante, sin embar-

go, será que la burocracia se consolida como un espacio de la acción estatal que ya no es un instrumento de la elite política afianzada en el Congreso. En efecto, su desarrollo bajo la dependencia del Ejecutivo supuso el control de un importante capital electoral, lo que causó temor entre los grupos parlamentaristas porque implicaba un fortalecimiento de la función y figura presidencial. Como señalaba Valentín Letelier, “en toda la administración de la República no se nombraba un solo empleado que no fuese impuesto por el magistrado supremo”. Si bien la realidad no se condice al pie de la letra con esta afirmación, esto fue un factor de peso en la oposición al presidente José Manuel Balmaceda, cuyo trágico fin ya conocemos.

Ahora bien, un elemento clave es que el crecimiento de la burocracia permitió la emergencia de nuevos actores. La formación y ascenso de una clase media vinculada al desarrollo de este oficio es un fenómeno que destacan los mismos contemporáneos, para bien o para mal. Hay un proceso de retroalimentación entre el despliegue de la administración pública y su consolidación, y la aparición de estratos sociales caracterizados como una clase media, que no forma parte ni de la élite ni de las clases populares de la época, y cuyo progreso está supeditado a la expansión del Estado. La formación de estratos medios se vincula justamente a dos elementos fundamentales que posibilitan la movilidad social: la burocracia estatal y la educación secundaria (liceos y universidad).

Si avanzamos en el tiempo, a comienzos del siglo XX, Carlos Ibáñez del Campo lideró una expansión social del Estado, promoviendo el fortalecimiento de la economía nacional como medio de superar la crisis en que estaba sumido el país. En este contexto, la burocracia vuelve a expandirse, asociada al desarrollo y la creación de nuevos servicios estatales; su tecnificación proviene también de esta época. Pero el tamaño de la administración pública fue visto como un impedimento a su eficiencia, y como constataba el experto contratado por la misión Kemmerer en 1925, la empleomanía y el burocratismo eran “una plaga difícil de exterminar”. El número de funcionarios, sin embargo, no dejó de crecer.

La politización de la burocracia estatal, la discusión en torno al mérito por sobre el pituto, la falta de idoneidad de los funcionarios públicos y su utilización como instrumento gubernamental y de cuoteo político se repiten bajo distintos adjetivos a lo largo de nuestra historia. Estas líneas se detienen a mediados del siglo pasado, pero el tema no se agotó ahí, y la discusión pública actual da cuenta de ello. Falta cuestionar qué subyace al malestar que genera la administración pública y detenerse en los aportes que ha significado al desarrollo institucional, a la promoción social, y al impulso de la acción estatal en los últimos dos siglos. Ahora cabe esperar qué medidas aplicará el nuevo gobierno a la cara visible del Estado en este continuo deseo de modernizarnos.



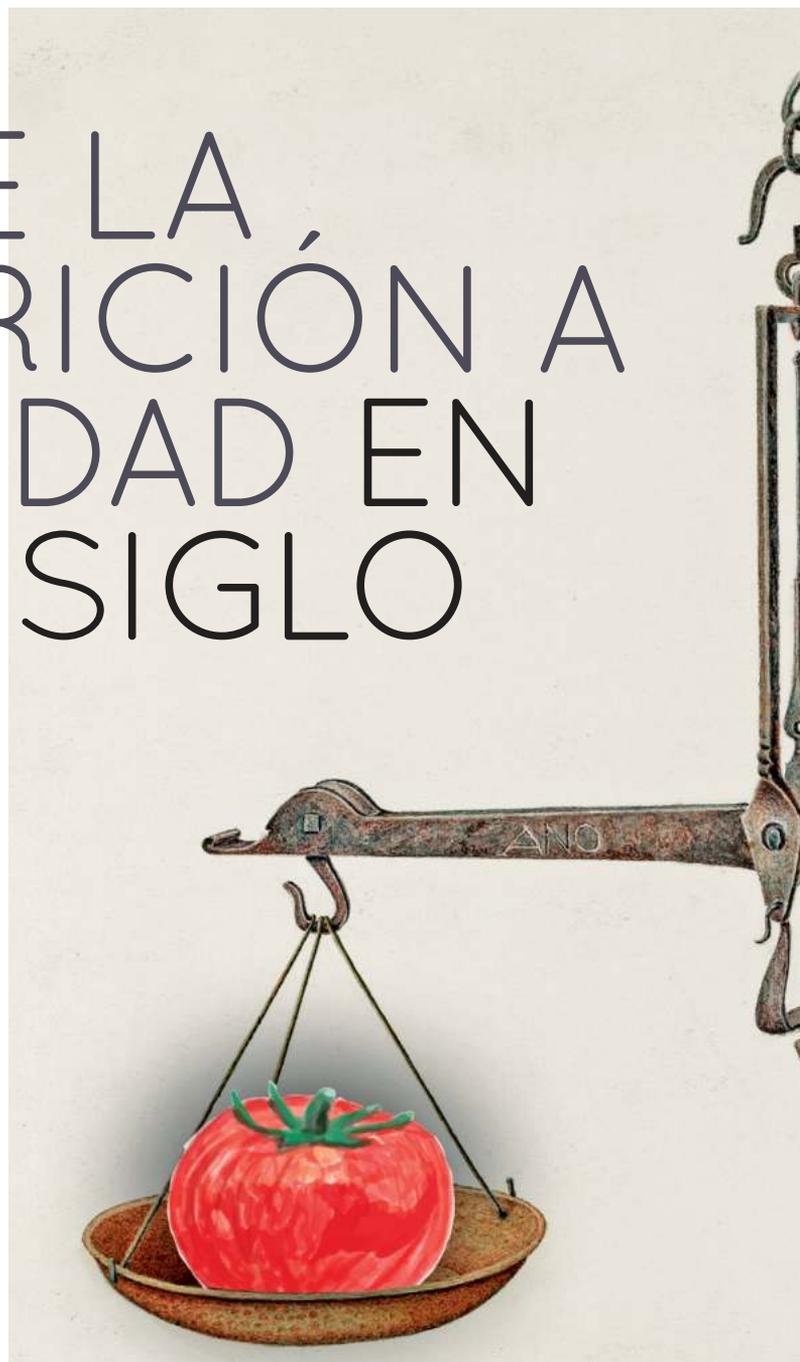
CHILE: DE LA DESNUTRICIÓN A LA OBESIDAD EN CASI UN SIGLO

Siguiendo la tendencia mundial, pero de manera acelerada, desde 1930 los chilenos han subido su consumo calórico, dejando atrás la desnutrición. Entre otras particularidades, llama la atención la disminución de las legumbres en la dieta nacional. Eso sí, seguimos siendo campeones mundiales -junto con Turquía- en el consumo de pan.

POR MANUEL LLORCA-JAÑA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

Durante los últimos 150 años buena parte de los países del planeta ha experimentado una profunda transformación en sus dietas, un fenómeno conocido como transición nutricional (TN). Ésta se caracteriza por los siguientes elementos: una dieta monótona y principalmente vegetariana (en muchos casos por debajo de estándares mínimos de nutrición) fue reemplazada por una dieta más abundante y también más variada, rica en productos de origen animal (carnes y lácteos), aceites, azúcares, frutas y vegetales; caída en el consumo promedio de varios productos, pero principalmente de carbohidratos (papas y cereales) y legumbres; y un aumento en el consumo promedio de calorías desde unas 2.200-2.500 kilocalorías (k/cal) diarias a unas 3.000-3.5000 k/cal por habitante.

Una consecuencia de lo anterior es que la desnutrición ha sido erradicada, o bien disminuida de manera importante, en la mayoría de los países, aunque en algunos casos la TN ha dado paso a un nuevo problema de malnutrición: la obesidad. También se ha observado un aumento en la estatura de la población a nivel mundial, así como del índice de masa corporal, ambos considerados importantes indicadores de “bienestar biológico” de la población.



Todo lo anterior reviste gran importancia pues las mejoras nutricionales en la población están asociadas a caídas en mortalidad y morbilidad (sobre todo infantil), aumentos en esperanza de vida, así como aumentos en cognición y productividad laboral. El estado nutricional de la población se ha convertido en una importante variable de bienestar y desarrollo económico para los hacedores de política económica, en particular de políticas destinadas a mejorar la dieta de la población y/o atacar la recurrencia de ciertas enfermedades. A su vez, cabe destacar que la transición nutricional se ha producido en diferentes fases y de manera variada entre países: no ha existido un ritmo ni patrón único. Se cree que países que se unieron tardíamente, como Chile, han experimentado un proceso acelerado.

Las principales variables que explican la temporalidad y naturaleza de la TN para cada país serían: aumentos de productividad

“El consumo de legumbres experimentó una caída dramática, desde unos 15 kilos per cápita en los años ‘30 hasta apenas 3 kilos en la última década: se ha producido algo así como un ‘adiós a los porotos y las lentejas”.



en el sector agrícola (en particular la revolución agroindustrial), aumentos en ingreso medio familiar (que permiten un mayor gasto en alimentos), mejoras en transporte nacional (interno) e internacional (que abaratan la distribución de alimentos), aumentos en urbanización (y consecuentes cambios en estilo de vida), mayor incorporación de la mujer en el mercado laboral asalariado, creciente importancia de consumo de alimentos procesados, expansión de medios masivos de comunicación y marketing, y mejoras en medios de preservación de comida (principalmente perecible).

¿Qué nos dice la evidencia para Chile? Las estimaciones de consumo per cápita de calorías diarias, así como de los principales alimentos asociados a la TN parten en 1930 para nuestro país. Según esta información, en la década de los años ‘30 Chile consumía en promedio unas 2.260 k/cal por persona, vale decir, un nivel bajo para estándares internacionales. Dicho lo anterior,

y en línea con lo anticipado por el patrón general de la transición nutricional, desde los años ‘30 el país experimentó un aumento moderado, pero sostenido, en su consumo de k/cal, interrumpido sólo en los años ‘80 (la denominada “década perdida” en el desarrollo económico de América Latina), hasta casi alcanzar las 3.000 k/cal en la segunda década del presente siglo.

Es decir, de acuerdo con este indicador en particular, Chile efectivamente experimentó una evolución en el transcurso de las últimas décadas, pero algo acelerada, y que de hecho dio paso a un nuevo problema: la obesidad. A nivel de ingesta de ciertos productos en particular, debemos destacar lo siguiente para Chile. Primero, el consumo per cápita de los principales cereales (trigo, maíz y arroz) se ha mantenido relativamente estable entre los años ‘30 y la década del 2010, oscilando entre los 158 y los 176 kilos per cápita. De alguna manera esto sería una peculiaridad del caso chileno, y se explica fundamentalmente por el alto consumo de pan de nuestro país: junto a Turquía somos los campeones mundiales. Segundo, el consumo de papas cayó desde unos 72 kilos per cápita en los años 1930 a unos 50 kilos en los años ‘90, permaneciendo relativamente estable desde esa década, y en un nivel alto si se compara con el promedio mundial, lo que no es de extrañar dada la prevalencia de la papa en nuestros principales platos: cazuela, charquicán, carbonada, puré, papas fritas, etcétera.

Tercero, y muy llamativo, el consumo de legumbres experimentó una caída dramática, desde unos 15 kilos per cápita en los años ‘30 hasta apenas 3 kilos en la última década: se ha producido algo así como un “adiós a los porotos y las lentejas”. Parte de este fenómeno se asocia a la escasez de tiempo de poblaciones altamente urbanizadas: las legumbres requieren remojo previo y cocción. Se cree que comer lentejas y porotos se asocia a consumo de “pobres”. Cuarto, el consumo de carnes (vacuno, pollo y cerdo principalmente) fue relativamente estable entre 1930 y los años ‘80 (unos 30 kilos por persona al año), pero aumentó dramáticamente desde los años ‘90, hasta alcanzar alrededor de 90 kilos en los últimos años, lo que quizás constituye al cambio más dramático de la dieta de los chilenos. Finalmente, el consumo de lácteos aumentó de manera importante entre los años ‘30 y los ‘60, y luego nuevamente desde los ‘90, muy ligado al aumento de los ingresos medios.

Resumiendo, podemos concluir que Chile ha experimentado una profunda transición nutricional (que entre otras cosas le ha permitido erradicar casi por completo la desnutrición), disfrutando una dieta más variada, que a su vez es menos vegetariana, pero con ciertas peculiaridades. Es cierto que el consumo de calorías ha aumentado de manera notable, en particular el de carnes y lácteos, y que el consumo de legumbres ha caído de manera dramática, lo que estaría en línea con el patrón típico experimentado por países desarrollados. Expresiones como “más chileno que los porotos” no tendrían ya asidero en la realidad.

Dicho lo anterior, la ingesta de algunos alimentos con alto contenido de carbohidratos, como papas y pan, sigue siendo bastante hegemónico en la dieta nacional, lo que sería una diferencia con el patrón seguido por países con mayores niveles de ingreso medio. Finalmente, las altas tasas de obesidad de la población chilena marcan una diferencia con buena parte del mundo desarrollado, lo que por cierto constituye una preocupación central para la salud pública.

Después del Covid: ¿Pandemia política en América Latina?

Para muchos países de la región el punto de salida de la pandemia es lo más parecido a una economía de guerra. Las fisuras son múltiples y los impactos económicos y sociales, en principio transitorios, se exponen a tener un carácter más permanente.

POR IGNACIO BRIONES
SENIOR FELLOW FACULTAD DE ARTES LIBERALES

La pandemia Covid 19 que azotó al mundo generó también heridas profundas en América Latina. De acuerdo a una publicación reciente en la prestigiosa revista médica The Lancet, la región acumula 2,9 millones de muertes (exceso de muertes). Esta cifra representa un 16% del total mundial, el doble de su participación en la población global y una tasa de exceso de muertes 80% mayor que la de Europa y 50% más alta que la de América del Norte. Detrás de este promedio hay una gran heterogeneidad de resultados. La tasa de exceso de muertes en Bolivia, el país de peor desempeño regional, es siete veces más alta que la de Chile y 10 veces la de Costa Rica, los dos países líderes y cuyo desempeño es, a su vez, mejor que el promedio europeo. Esta heterogeneidad también se evidencia en las disímiles respuestas sanitarias y sociales entre países de la región, incluyendo el acceso a servicios de salud, vacunación y apoyos



económicos por parte de los gobiernos. Si América Latina es un continente desigual en materia de ingresos de sus habitantes, también lo es en la capacidad de respuesta de sus Estados.

Si bien la pandemia hoy parece estar en retirada, lo cierto es que sus secuelas socioeconómicas se seguirán haciendo sentir en los próximos años. En el punto de salida nos encontramos con sectores económicos dañados, desempleo, retroceso en la participación laboral femenina y aumento de la informalidad laboral. Y, como corolario de todos esto, un aumento de la pobreza y de la desigualdad.

En materia sanitaria, se espera un aumento de las enfermedades crónicas, largas listas de espera por tratamientos o intervenciones que fueron postergadas, así como un aumento de los trastornos de salud mental. En el plano educacional, América Latina fue la región que más tiempo mantuvo cerradas, total o parcialmente, sus escuelas: 73 semanas, el doble del promedio mundial y casi tres veces la media europea. Dicho cierre, que impactó con mucha mayor fuerza más a los sectores más vulnerables, no sólo compromete las oportunidades de millones, sino que tendrá como corolario un aumento de la desigualdad y, en el plano económico, una pérdida de productividad futura.

La pandemia también debilitó fuertemente las finanzas públicas de los países y se proyecta un frágil escenario económico para los próximos años. De acuerdo con el FMI, durante la pandemia el déficit fiscal en América Latina se elevó por sobre el de 8% del PIB, producto de una combinación de caída en los ingresos fiscales y aumento de los gastos para hacer frente a la emergencia. Como corolario, la deuda pública aumentó en 10% del PIB o un 20% respecto al stock de deuda previo a la pandemia. A la compleja situación fiscal se suma una débil perspectiva de crecimiento que el FMI proyecta en 2,5% para 2022 y para 2023, por debajo del crecimiento mundial (3,6%) y del de las economías emergentes (4,1%). Estas tasas significan que el ingreso per cápita promedio apenas crecerá. Y, por si fuera poco, tanto la región como el mundo enfrentan un aumento importante de la inflación, más alta en los productos básicos, fruto de una combinación de factores externos, dificultades en la cadena de abastecimiento, la guerra de Rusia y Ucrania, así como desequilibrios internos por exceso de liquidez en algunos países.

Esta es parte de la realidad que hereda Latinoamérica luego de la pandemia. Para muchos países de la región el punto de salida de la pandemia es lo más parecido a una economía de guerra. Las fisuras son múltiples y los impactos económicos y sociales, en principio transitorios, se exponen a tener un carácter más permanente.

Con ello, las presiones y el descontento social, que ya han marcado los años recientes, arriesgan intensificarse en los que vienen.

El problema radica en que la mayoría de los países de la región carece de la institucionalidad fiscal y del espacio presupuestario para hacer frente a esta verdadera segunda ola, esta vez social y económica. A ello se suman aparatos estatales ineficientes, cuando no capturados, así como una debilidad institucional y política que limita la capacidad de dar respuesta adecuada a los exigentes desafíos que vienen. De acuerdo al Banco Mundial, América Latina tiene debilidades institucionales estructurales. Entre otras, en materia de estabilidad política, calidad regulatoria, efectividad de sus políticas públicas y elevada corrupción. A su vez, el índice de democracia de The Economist (2019) muestra que sólo tres países de la región califican como democracia plena (Chile, Costa Rica y Uruguay).

Es precisamente en el plano de la democracia donde debiera existir preocupación por lo que viene. Las fisuras socioeconómicas, de pobreza y de desigualdad que seguirán a la pandemia pueden ser una olla a presión, particularmente en los países cuya fragilidad institucional y económica se torna impotente para dar adecuada respuesta. El que los grados de libertad para absorber estas presiones sociales sean reducidos, cuando no defectuosos, las incrementará, arriesgando entrar en un círculo vicioso que puede terminar fragilizando aún más a la política y la desconfianza en la democracia en una región en que ambas no gozan de buena salud.

Dos son las derivas más evidentes a tener a la vista. En lo inmediato, ante la incapacidad de abordar soluciones de fondo o más estructurales, la tentación del populismo o la salida fácil. Algo de esto ya se empieza a ver. Fijaciones de precio para “combatir” la inflación, reducción de IVA a bienes básicos, política de dudosa efectividad de traspasarse a precios pero que, en cambio, significa una transferencia directa a los sectores más acomodados y una disminución de los recursos fiscales que se necesitarán. A ello se suma la tentación a legislar en favor de retirar fondos previsionales en países que tienen sistemas de ahorro privado. Ha ocurrido en Chile y en el Perú.

Pero el riesgo último para la democracia podría ser más preocupante. Ante soluciones parche o, peor aún, ante medidas que solo intensifican el problema, ¿qué ocurrirá cuando la cruda realidad toque fondo, cuando la incapacidad de la política pública y del sistema político para dar respuesta a los problemas acuciantes derive en acumulación de expectativas desafectadas y frustración social? Ocurrirá que se habrá generado un terreno fecundo para los extremismos políticos. O para la emergencia de líderes carismáticos, caudillos populistas, cuando no autoritarios, que, cargados del discurso pueblo versus elite, atraigan el favoritismo del descontento.

Después del Covid, ¿una pandemia política? Es un riesgo que no cabe minimizar. En cambio, cabe estar vigilantes a la secuencia y combinación de factores subyacentes que pueden terminar amenazando la democracia. Después de todo, esta es la historia de Latinoamérica. Una historia que, parafraseando a Mark Twain, no necesariamente se repite, pero que arriesga con rimar.

LA PERVIVENCIA DEL MIEDO

En las ficciones de horror subyace una suerte de patología social fundada en el permanente temor ante aquello que, posiblemente, pueda vulnerar nuestra estabilidad en el mundo. La infinidad de monstruos que habitan en la literatura y el cine, son el reflejo de la naturaleza conflictiva del ser humano.

POR JESÚS DIAMANTINO
DEPARTAMENTO DE EXPRESIÓN

El terror en la ficción se caracteriza por exponer una amenaza irruptora, cuya naturaleza peligrosa es percibida tanto por los personajes de la ficción como por los receptores. Dicha amenaza, materializada por un amplio repertorio de seres imposibles como vampiros, fantasmas, zombis o extraterrestres, es la representación simbólica del miedo que experimenta el ser humano a lo largo de la historia: horrores que emanan de los conflictos bélicos, políticos, medioambientales y sociales.

Así, el miedo se define a partir de su efecto receptivo, siendo una experiencia natural y hasta objetivable. La forma aterradora es en sí misma un recipiente de contenido: un discurso que ofrece la experiencia estética de la revelación, aquella que es capaz de extenderse hasta el plano extratextual. “El terror nos pone ante un más allá, pero no de la existencia o el universo, sino del dique que nos separa de lo desagradable de este mundo y nosotros mismos: una parcela oscura y amenazante, contraria a la razón, la moral y el buen gusto, que sepultamos bajo tabúes y hacemos como si no existiera”. Lo plantea Miguel Carrera en *El terror sí tiene forma: delimitación teórica de una categoría estética*.

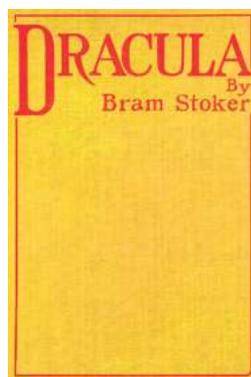
El terror se caracteriza por ser una amenaza que viola la arquitectura racional y desdibuja la identidad del sujeto, vulnerando a los personajes y estableciendo un punto de conexión con la realidad del lector, potenciando la pulsión del horror.

Hay miedos que devienen de la naturaleza misma del ser humano, como aquellos que advierten sobre los peligros o amenazas y que propician el afán de supervivencia u otros más vanos que se relacionan con la preservación de los bienes materiales, el estatus social o la pérdida de la juventud. Sin embargo, lo sobrenatural se nutre de un temor todavía más complejo, aquel que el filósofo Zygmunt Bauman denominó “miedo derivativo”, el cual se entiende como el “sedimento de una experiencia pasada de confrontación directa con la amenaza: un sedimento que sobrevive a aquel encuentro y que se convierte en un factor importante de conformación de la conducta humana aun cuando ya no exista amenaza directa alguna para la vida o la integridad de la persona”. En otras palabras, una sustancia traumática que vive solapada y que pervive más allá de las capas racionales.

Cuando el afamado escritor norteamericano, H. P. Lovecraft, sentenció en 1927 que “el miedo a lo desconocido es el sentimiento más antiguo y poderoso del ser humano”, no sólo ahondaba en el sustrato estético del relato fantástico, sino que apuntaba también al trauma cultural que significó la Primera Guerra Mundial y la incertidumbre sobre el derrotero de la humanidad. No es casual que los monstruos que poblaron la imaginación del autor de *Providence* -criaturas de formas imposibles, portentosas y arcaicas- cohabiten en dimensiones paralelas y palpitantes, a la espera de restablecer su dominio sobre la tierra. Es erróneo imponer una visión maniquea en este universo ficcional, ya que el Bien y Mal no tienen una representación clara. ¿Son estos seres los responsables de la eventual destrucción del ser humano, o sólo son criaturas que observan la auto aniquilación del individuo? En este sentido, lo desconocido va más allá del mero elemento sobrenatural que trastoca las pautas lógicas del mundo, sino que materializa la paradójica transgresión de la armonía social. Así, el temible Cthulhu, la entidad más paradigmática del panteón creado por Lovecraft, es símbolo de la supremacía del caos en la sociedad contemporánea, el exceso y la desarticulación del principio de la civilización.

Bram Stoker ya había advertido esta fisura en su *Drácula* (1897), al reconfigurar al vampiro como un ser sediento de sangre y poder. En la novela, el monstruo declara su terrible propósito: expandir su imperio del terror. O, en otras palabras, destruir el incipiente sis-

“La noche de los muertos
vivientes” (1968), dirigida
por George A. Romero.



la ficción terrorífica, revela el ineludible pavor ante la autodestrucción del individuo. Este tropo responde a una pulsión apocalíptica, en donde el miedo primitivo e irracional desde donde emergen las entidades arquetípicas pareciera volcarse ahora en la amenaza tecnológica, el desenfrenado consumo neoliberal y la materialización de una nueva guerra.

Las fantasías destructivas se imponen también en la gran pantalla; un ejemplo es el potencial simbólico

tema económico de la Inglaterra industrializada y propagar en sus colonias la reivindicación de un orden vetusto, un retroceso cultural imposible de aceptar. Por ello, el mítico profesor Van Helsing y su hueste de guerreros, emblemas del progreso capitalista y del poder burgués, expulsan al vampiro de las islas británicas y le dan muerte en su tierra natal todavía excluida de los procesos de modernización, Transilvania. El desenlace abraza una visión esperanzadora respecto al triunfo de la humanidad, pero manifiesta el profundo miedo ante una posible destrucción del sistema industrial.

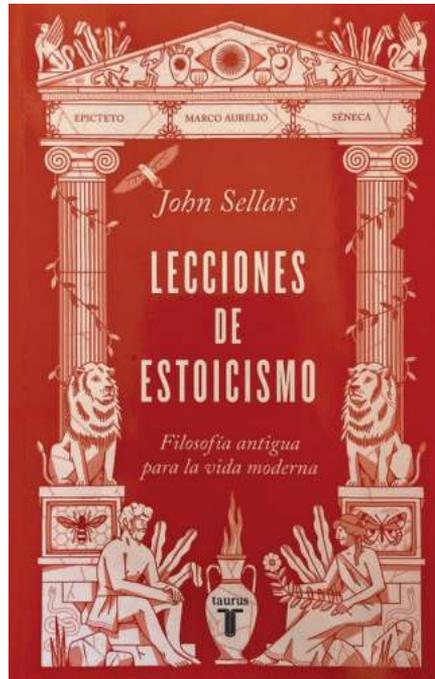
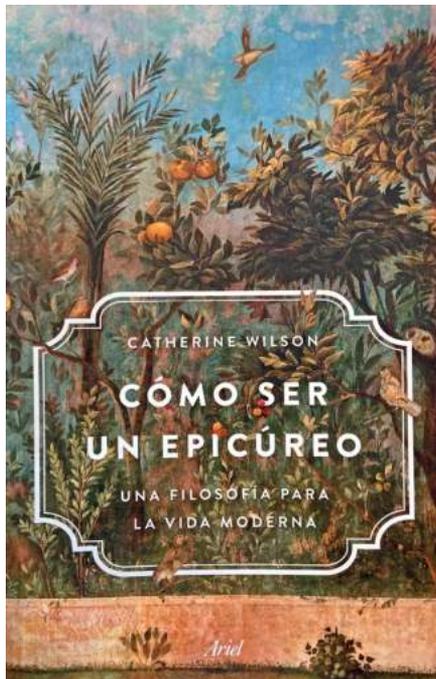
En el siglo XX el relato de terror muta al ponerse en jaque las estructuras sociales y la utopía del progreso moderno, dando lugar a la desconfianza en torno a las verdades colectivas e individuales. El cuento de miedo decimonónico que plasmaba la supremacía burguesa y la contención de cualquier amenaza que atentara contra aquel orden socioeconómico (la criatura de Frankenstein se pierde en el Ártico lejos de la civilización, Drácula es expulsado del Londres moderno), se extinguió progresivamente para dar paso al surgimiento de nuevas amenazas portentosas e invisibles. El influjo de H. P. Lovecraft en la primera mitad del siglo XX legítima deidades monstruosas e inefables provenientes de galaxias y dimensiones recónditas; criaturas que revelan la absoluta insignificancia del ser humano.

Dicha tendencia, que se ha extendido hasta nuestros días en

del zombi como amenaza: las primeras películas norteamericanas que explotaron el concepto original afroamericano, como *White zombie* (1932) de Víctor Halperin o *I walked with a zombie* (1943) de Jacques Tourneur, mostraban los temores racistas y el rechazo a las costumbres de una cultura ajena para la supremacía blanca; posteriormente, *Night of the living dead* (1968), de George Romero, escarba en el trauma de la Guerra de Vietnam y en la retórica de la violencia, para exteriorizar después el miedo ante el consumo capitalista con *Dawn of the dead* (1978). En la actualidad, el zombi post-romeriano, reconfiguración monstruosa de las problemáticas biológicas y científicas del siglo XXI, encarna el pavor ante la globalización y la posibilidad de una crisis sanitaria, lo que vaticinó el caos global ocasionado por la actual pandemia.

No es erróneo pensar que en las ficciones de horror subyace una patología social fundada en el permanente temor ante aquello que, posiblemente, pueda vulnerar nuestra estabilidad en el mundo. La infinidad de monstruos que habitan en la literatura y el cine, son el reflejo de la naturaleza conflictiva del ser humano; de nuestras contradicciones y aspiraciones fallidas. Pero también son el reflejo del miedo ante lo desconocido que observamos a través de diversas pantallas y plataformas: la soledad, el desconsuelo, la pérdida, la catástrofe.

AUTOMEJORAS:



¿Epicúreo o estoico?

Catherine Wilson y John Sellars son especialistas en sus respectivas materias: ella, el epicureísmo; él, estoicismo. En el año 2019 ambos publicaron introducciones generales a estas corrientes filosóficas helenísticas: *Cómo ser un epicúreo* y *Lecciones de estoicismo*. A pesar de las diferencias también hay puntos de encuentros, que aquí se ilustran a partir de la disyuntiva que enfrentan los protagonistas de *Los puentes de Madison* (1995).

POR CRISTÓBAL JOANNON
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

S

on presentaciones magistrales armadas con citas clásicas. Tanto Wilson como Sellars, todo lo explican con gran precisión, sin lagunas. Y aunque no se lo propongan, al menos abiertamente, ambos títulos son muy persuasivos en un punto central: existen excelentes razones, laicas y racionales, para imitar los modos de vida de Epicuro o bien de Séneca y Marco Aurelio. Esto es coherente con la vocación práctica de ambas filosofías. Una pregunta interesante es si acaso las dos pueden ser simultáneamente correctas.

La sensación inicial luego de leer *Lecciones de estoicismo* es que es posible. Se trataría de un asunto de axiomas, pues sus deducciones son sensatas y realistas (y en general poco intrincadas; la más problemática es la explicación del libre



albedrío, que ni epicúreos ni estoicos resuelven con la claridad que caracteriza sus entramados conceptuales).

A diferencia del epicureísmo, que durante siglos se cionó ajustadamente a los preceptos de su fundador, el estoicismo fue más variado. John Sellars elabora una línea que podríamos llamar ecléctica: toma elementos de Zenón, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, y con ellos construye un perfil estoico poderoso. Las divergencias teóricas entre unos y otros no parecieran importarle demasiado; al tema de la Providencia que lo rige todo -una idea desde antiguo muy discutible- apenas le dedica unas páginas. Desde mi punto de vista esto es deliberado: no quiere distraer al lector con trasfondos metafísicos quizás insolubles; lo que quiere es tocarlo, hacerle ver que es posible una automejora, siguiendo así la tradición de las filosofías terapéuticas griegas. Está claro que Sellars suscribe los principios del estoicismo (es parte del comité organizador de la semana estoica que todos los años se celebra en Londres). Sólo a partir de unas pocas expresiones podría concluirse que Catherine Wilson lo hace con el epicureísmo, por ejemplo, cuando dice que le parece “más atractiva” una idea epicúrea si es contrastada con su equivalente estoico. En la entrevista que le hizo sobre su libro el periodista e historiador Michael Shermer, fundador de la Sociedad Escéptica, se aprecia algo similar.

Las diferencias

Suele decirse que existe una pugna fuerte entre epicúreos y estoicos. Veremos que hay desacuerdos teóricos profundos, pero no necesariamente prácticos. El helenista Pierre Hadot propuso que ambas corrientes aspiran a que vivamos en un “presente infinito”. James Warren, erudito también en estas materias, dice que la pugna no fue entre escuelas, sino entre la filosofía y las opiniones muchas veces equivocadas del vulgo. Según los epicúreos las masas piensan que una vida feliz consiste en satisfacer deseos “vanos”. Se les llama así porque su persecución suele ser dolorosa y porque no hay cómo hartarse: siempre querremos más. Entre estos deseos figuran la fama y la riqueza, también las ansias de inmortalidad.

Si hubiera que optar por una diferencia ilustrativa entre el estoicismo y el epicureísmo, esta sería la operación fundamental que llevamos a cabo. Los estoicos piensan que es seguir existiendo; la sobrevivencia (no a toda costa, pues la posibilidad del suicidio es

aceptada) regiría naturalmente nuestros actos. Es una operación que compartimos con los animales. Los epicúreos no están de acuerdo: la operación fundamental es la búsqueda del placer y la evitación del dolor mediante acciones -normalmente simples- de elección y rechazo. Quienes han adquirido un cierto nivel de sabiduría práctica no perseguirán todos los placeres ni rechazarán todos los dolores, pues hay placeres que pueden llevar a dolores (fumar crack) y dolores que vale la pena padecer (hacer ejercicio sin ganas temprano en la mañana, digamos). Pero el principio se mantiene. Una vida feliz, por lo tanto, es impensable fuera de esta ecuación.

Una segunda diferencia ilustrativa es el estatuto de la familia y la política. Para Epicuro, ninguna de las dos es esencial, pues suelen provocar estrés. Mucho mejor es cultivar amistades estimulantes y dejarles a otros la tarea de organizar la vida pública (bajo esta luz debe entenderse su famosa invitación a vivir anónimamente). Los estoicos, en cambio, piensan que la familia y la política son importantes. Como dice Epicteto, se trata de cumplir lo mejor posible el papel que se nos ha asignado por la Ley Natural (fuente de autoridad moral), más allá de que sea placentero o no.

Hacia una aplicación simultánea

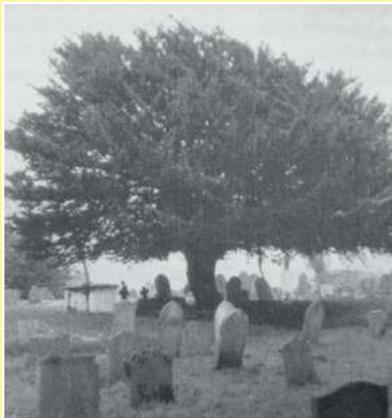
Un lector actual puede verse beneficiado de la lectura de ambos libros: es razonable que tome lo que mejor le parezca. Hay alternativas compatibles. Usemos de base una película famosa: *Los puentes de Madison* (1995), de Clint Eastwood. Ha hecho llorar a muchos. Los protagonistas deben terminar con su amor por la única y sencilla razón de que es imposible que estén juntos. Deben renunciar a su deseo más hondo, a la alegría del enamoramiento, tal vez la más alta de todas (en términos hedonistas, de un placer incomparable). El director, en las escenas finales, las responsables de las lágrimas, se cuida de que la separación no sea trágica: es más bien épica. ¿Lloraría un estoico? Quizás no, pues estaría de acuerdo con la decisión de los protagonistas, por triste que sea: no queda otra. Ante hechos que no dependen de su voluntad es necesario ser carne de perro. No tiene sentido intentar meter un piano de cola por la ventana de una pieza. Nuestro estoico hasta podría pensar que el final es perfecto si los personajes fueran igualmente estoicos.

Un epicúreo también pensaría que no es conveniente darle curso a la pasión: sufrirían quienes los rodean y, por lo tanto, ellos también. De manera que deben separarse. Esto no implica desolación. Les diría a los protagonistas que, para estar tranquilos, el pasado no debe invadir sus mentes con penas, añoranzas o rabias. De éste sólo cabe conservar los buenos momentos y mantenerlos vivos. Y agregaría nuestro epicúreo, echando mano a su teoría física: han tenido suerte al haber vivido lo que han vivido, aunque haya sido breve, pues todo lo que ocurre ante nuestros ojos podría no estar ocurriendo; habría bastado el giro imprevisto de un solo átomo para que su reacción en cadena hubiera mantenido sus vidas separadas. Tampoco puede descartarse que otro giro atómico los vuelva a reunir. Esa posibilidad otorga sentido; en el intertanto, abocarse al tiempo presente, sin ansiedad.

La guerra en “Los emigrados” de W.G. Sebald

Uno de los elementos más propios de la obra del autor alemán es el viaje. En todos sus libros hay algún tipo de desplazamiento, ya sea hacia el pasado a través de la memoria o como desplazamiento geográfico. El suyo es siempre un movimiento que invita a la pausa, ingrediente indispensable para acceder a una mejor percepción.

POR CHANTAL DUSSAILLANT
DEPARTAMENTO DE LITERATURA



El año 2011, cuando se cumplían diez años de la trágica muerte del escritor alemán W.G. Sebald, la prestigiosa revista norteamericana *The New Yorker* publicó un artículo que se titulaba *Por qué ud. debería leer a Sebald*. En su intento por determinar el origen de esa necesidad, el articulista hacía referencia a diversas opiniones de destacados académicos y escritores, y coincidía con ellos en que la voz de Sebald -aquella que se despliega a través de todos sus textos- era indiscutiblemente un elemento muy novedoso en la literatura contemporánea, lo que convertía a su obra en un referente ineludible.

Por otra parte, un año antes de la muerte de este escritor, Susan Sontag le dedicó un artículo que abría con la siguiente pregunta: “¿Es todavía posible la grandeza literaria?”. Está claro que, con esa interrogación retórica, Sontag no esperaba una respuesta, sino más bien reafirmar su propio punto de vista, dando por hecho que el lector estaría de acuerdo con ella en que efectivamente la grandeza literaria sí era posible y que Sebald era uno de los responsables.

Por alguna razón, la escritura de Sebald atrae. Hay algo de novedoso en ella que no tiene que ver con una estrategia narrativa en especial, sino más bien con la creación de una voz nueva que, como explicaba Sontag en ese artículo, resulta ajena y persuasiva a la vez. “Una voz que se impone por su gravedad, sinuosidad, precisión, su libertad frente a toda cohibición debilitadora o toda ironía gratuita”. Estas características, a su vez, adquieren un relieve especial cuando aparecen articuladas en torno a una de sus temáticas favoritas, me refiero a la memoria, o más bien, a la batalla que la memoria emprende contra el olvido. Según contó el propio escritor en una entrevista, él se enteró de los horrores de la Segunda Guerra Mundial recién en la

escuela, cuando a la edad de 16 o 17 años, le mostraron un documental sobre la liberación de uno de los campos de concentración y exterminio. Antes de eso, lo que predominaba en Alemania, al menos en su medio, era una especie de conspiración de silencio acerca de los hechos ocurridos antes de 1945. Fue la constatación de ese silencio y la ausencia de una discusión acerca de esos hechos lo que más le impresionó. Y una vez que se trasladó a vivir a Inglaterra, el año 1966, se dio cuenta de que aquellos sucesos históricos le habían ocurrido a personas reales pues, si bien había pequeñas comunidades de judíos en Frankfurt o Berlín, éstas eran inexistentes en localidades más pequeñas. “En ese momento, comprendí que antes de la guerra los judíos vivían por toda Alemania trabajando como doctores, como acomodadores en el cine, como mecánicos en un garaje hasta que habían desaparecido o, más bien sido hechos desaparecer”.

Podría afirmarse que es la constatación de ese silencio y la experiencia de ese tiempo negado, lo que impulsa la escritura de Sebald en general. En el libro *Los emigrados* (1992), siguiendo las huellas del presente, el narra-

dor-autor va reconstruyendo las vidas de cuatro emigrados judíos que debieron abandonar Alemania y que comparten un sentimiento de extrañeza, provocado por esa condición de ser extranjeros, que no los abandona nunca. El acercamiento de Sebald es tanto un trabajo de duelo por ese pasado alemán que recién en su adolescencia comenzó a vislumbrar, como un intento por disipar ese vacío -esa falta de preguntas y de respuestas- del que no se ha querido hablar.

Uno de los elementos más propios de la obra de Sebald es el viaje. En todos sus libros hay algún tipo de desplazamiento, ya sea hacia el pasado a través de la memoria o como desplazamiento geográfico entre distintas localidades o países. Sebald y sus personajes siempre se desplazan, también lo hacen aquellos personajes de los textos que él lee o aquellas personas que conoce a lo largo de su vida y cuyas historias nos devuelve en sus libros. Como ha señalado Beatriz Sarlo, pa-



reciera que en las historias que relata, el afincamiento es imposible. De alguna manera, la vida del propio Sebald también estuvo desde un comienzo marcada por el exilio, el viaje forzado y la desaparición. Pese a haber nacido en 1944, en un pueblo bávaro donde la guerra no llegó de manera física, sí fue testigo de las consecuencias de ésta: la diáspora de amigos, profesores y familiares. Toda su obra es en realidad una suerte de inventario de desplazamientos en el que tienen cabida una gran variedad de ellos como la movilización militar, los viajes de turismo, la excursión infantil, los viajes sentimentales, la emigración, e incluso la deportación.

Ayudado por los testimonios de amigos y familiares sobrevivientes de estos emigrados, Sebald emprende la pesquisa de estos hombres, o de sus rastros, en un periplo que muchas veces se desvía ante la aparición, por ejemplo, de una fotografía, un objeto o un paisaje que llama su atención y lo hace seguir en otra dirección. Estos cambios de rumbo son bastante impredecibles y no siempre el narrador tiene la deferencia de informarnos que la historia ha hecho un desvío. Sin embargo, la narración inicial por lo general no se interrumpe, sino que empalma con otra y esa, a su vez, con la siguiente, logrando un efecto de fundido como la de una imagen en otra, al modo de un palimpsesto hecho de historias.

Estos constantes e inesperados desvíos, además de imprimirle una cadencia especial a la narración, sirven también para otorgarle un mismo carácter de importancia a los elementos que conforman la historia. Todo es eventualmente narrable para Sebald, una cancha de tenis abandonada, el detalle de un fresco en una iglesia, un jardinero viejo y solitario. Lo que no quiere decir que las personas y cosas carezcan de excepcionalidad, sino que más bien habla de la intensidad de una mirada dispuesta a deslumbrarse con lo que se cruce en su camino. Esta especial disposición a la observación que muestra el narrador se ve beneficiada además por el ritmo lento con el que fluye la narración. El suyo es siempre un movimiento que invita a la pausa, ingrediente indispensable para acceder a una mejor percepción de las cosas y las personas.

Los desplazamientos temporales que registran sus textos suelen dirigirse al pasado mediante el uso de la memoria. Sin embargo, en la narración titulada *Doctor Henry Selwyn*, que es la que abre el libro, somos testigos además de una historia que sigue el camino inverso, pues nos presenta a un personaje que realiza el recorrido del pasado al futuro. La historia es la siguiente: en una de las largas conversaciones que Sebald sostiene con el Doctor Selwyn, éste le cuenta que uno de

los grandes dolores de su vida fue la pérdida de su amigo alpinista Johannes Naegeli, a

quien vio por última vez cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Poco tiempo después de la movilización, el alpinista al parecer había caído en la grieta de un glaciar y nunca más se había vuelto a saber de él. Selwyn le cuenta que la noticia le causó tal depresión que estuvo a punto de ser dado de baja del ejército. Lo increíble de esta historia es que siete décadas más tarde, al estar Sebald de visita en Suiza, leyendo un diario mientras hacía el trayecto entre Ginebra y Lausana en tren, repara en un reportaje “del que se desprendía que los restos mortales del guía de montaña bernés Johannes Naegeli, declarado desaparecido desde el verano de 1914, habían sido devueltos a la superficie, 72 años después, por el glaciar del Aar”. De alguna manera, la historia de ese cuerpo que regresa devuelto por el glaciar funciona como una suerte de epítome o de compendio de la tarea que Sebald se ha asignado al narrar sobre estas vidas mínimas. Sólo que el escritor, a diferencia del glaciar que devuelve el cuerpo intacto, no logra capturar de forma completa esas vidas. Sus acercamientos son siempre insuficientes y vicarios, como si supiera de antemano que todo intento de representación del Holocausto y sus consecuencias está condenado al fracaso.

Asimismo, hay un gesto que resume en parte el trabajo que lleva a cabo Sebald en relación con ese vacío que trajo consigo la Segunda Guerra Mundial; me refiero a la fotografía del cementerio que aparece en la primera página de *Los emigrados*. En ella observamos un gran árbol bajo cuya sombra se asoman lápidas de las que nos es imposible leer sus inscripciones, es decir, es una imagen que se resiste de alguna manera a la inteligibilidad. Además, lejos de ser un elemento que ayudará al lector a seguir la historia, la foto del cementerio no guarda relación directa con lo que se nos está narrando. Más bien termina por confundir al lector al darle pistas falsas, haciéndole creer que juega un papel importante en la historia, cuando en realidad no es así. Sin embargo, una vez acabado el libro, nos damos cuenta de que esa foto del cementerio funciona como una suerte de emblema de todo el texto, pues contiene las principales temáticas de éste como son la muerte, el pasado, la memoria y el olvido. Algo similar ocurre con la obra de W. G. Sebald, cada uno de sus libros son intentos parciales e incompletos de acercarse a un momento de la historia que se resiste a ser leído en toda su amplitud, pero vistos en su conjunto forman uno de los ejercicios de escritura más honestos y atractivos de la literatura europea del siglo XX.

EL VOLCÁN SUBMARINO DE ROBINSON CRUSOE:

Historia de una antigua y descomocida fake news

Basándose en testimonios de 1835, difundidos por científicos como Darwin, una erupción submarina en la bahía Cumberland formaba parte de nuestro registro vulcanológico. Eso hasta que un equipo interdisciplinario se propuso investigar la veracidad del supuesto episodio a partir del análisis de fuentes y trabajo en terreno.

RODRIGO MORENO JERIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES



Thomas Sutcliffe, *Sixteen years in Chile and Peru: from 1822 to 1839*.
(Fisher, Son, and Company, Londres, 1841)

Hasta hace poco era frecuente oír argumentar que los movimientos telúricos cercanos a la zona central de Chile, en el espacio marítimo, se debían, entre otras razones, a la actividad volcánica que se mantenía en el archipiélago de Juan Fernández, específicamente en la bahía Cumberland, en la isla Robinson Crusoe.

Esta opinión era asumida por un público lego con tanto arraigo que, incluso en el mundo científico, no existían cuestionamientos a esta “sabiduría popular”, que en realidad contaba con respaldos históricos de connotadas figuras del quehacer científico universal como el célebre capitán Robert Fitz Roy y el aún más famoso Charles Darwin, quienes en febrero de 1835, mientras se encontraban en Chile realizando la exploración del “Beagle”, fueron testigos del desastroso terremoto de Concepción -estaban en Valdivia, a unos 330 kilómetros del epicentro- y al mismo tiempo, fueron receptores de relatos asombrosos provenientes de la isla Más a Tierra, nombre con el que se conocía a la actual Robinson Crusoe. Este terremoto, hoy calculado entre 8 a 8,5 grados Richter, había sacudido el sur del país, destruyendo la ciudad de Concepción y provocando un tsunami en las costas de la actual región de O’Higgins y Los Ríos.

Con relación al archipiélago de Juan Fernández, aquellas historias transmitidas a estos célebres estudiosos tenían relación con la posible erupción de un volcán submarino que se habría activado con el aludido movimiento telúrico penquista, y de la cual había varios testigos, entre ellos, el gobernador británico Thomas Sutcliffe, quien servía al gobierno de Chile a cargo del presidio que existía en la isla. Era la primera vez que se sabía de un fenómeno de esta naturaleza en estas tierras, puesto que en los siglos anteriores sólo se había reportado un gran tsunami que, en 1751, destruyó las instalaciones hispanas en el referido poblado, y el cual también había sido ocasionado por otro terremoto, nuevamente en Concepción, que arrasó con la ciudad entonces emplazada en la actual Penco.

En cuanto al testimonio de Sutcliffe sobre los extraños eventos acaecidos en 1835, éstos se asociaban no a un tsunami, sino a escenas que hacían pensar en la existencia de un volcán que presumiblemente había entrado en actividad tras el gran sismo del 20 de febrero de dicho año. Algunos testigos -el inglés y sus subalternos- observaron atónitos, luego de ruidos estruendosos, cómo una gran columna de humo surgió desde el mar frente al poblado de San Juan Bautista: “un chorro de agua, que luego resultó ser humo, que pronto cubrió el horizonte”. De acuerdo con relatos complementarios, horas más tarde, al fenómeno se sumaron relámpagos nocturnos que terminaron por confirmar la hipótesis de que se trataba de un evento volcánico sin precedentes.

Todo lo anterior Sutcliffe lo incorporó en un reporte, y por ello, la información fue accesible para muchos, entre ellos Fitz Roy y Darwin, quienes replicaron las noticias y universalizaron el episodio. Particularmente el segundo, por su relevancia global en

la historia de las ciencias. Sin embargo, poco tiempo después del suceso, comenzaron a aflorar ciertas dudas sobre la veracidad de la historia. Un reportaje de la *Nautical Magazine and Naval Chronicle* publicado en Londres en 1837, planteaba reparos al relato, en especial, por la poca credibilidad del principal testigo, quien había tenido serios problemas en Juan Fernández, con acusaciones de falta de liderazgo y una alta responsabilidad de su mando en el motín que se había producido pocos meses después de los supuestos sucesos naturales de 1835. Las imputaciones en contra de Sutcliffe incluso apuntaban a temas financieros, todo lo cual hizo caer en desgracia al citado gobernador, quien posteriormente decidió regresar a Inglaterra, previo juicio abierto en su contra.

No obstante, la historia del supuesto volcán prosperó. Otros connotados autores replicaron las impactantes noticias de la erupción, incluyendo al gran Mauricio Rugendas, quien representó el evento en una soberbia obra inspirada en los relatos del gobernador inglés. Incluso el propio Sutcliffe se encargó de fortalecer su testimonio con nuevos antecedentes que se publicaron en Londres en 1841, y que aprovechaban de desmentir las dudas en su contra.

Así, el volcán submarino de la bahía Cumberland se incorporó al listado vulcanológico de Chile y se mantuvo hasta hace muy poco tiempo. ¿Qué pasó? En los últimos años, ya existiendo dudas sobre la existencia del volcán activo, un equipo interdisciplinario abordó el desafío de dilucidar la veracidad del episodio a partir del análisis de las fuentes, y revisión de toda la información disponible e investigación en terreno, incluyendo trabajos de batimetría en el sector. Las conclusiones de dicho estudio concluyeron que los eventos relatados por Sutcliffe, que tanto impacto dejaron en científicos de la talla de Darwin, no fueron reales, sino que se debieron a posibles efectos del tsunami que afectó a la bahía, y que provocó derrumbes, y, por ende, estruendos y otros efectos visuales que confundieron a los testigos. Además, al revisar los testimonios de la época pudieron comprobar algunas contradicciones como, por ejemplo, algunos situaban el episodio durante la mañana y otros por la tarde. Valga mencionar que todos los testimonios habían sido recogidos por el propio Sutcliffe.

En suma, el archipiélago de Juan Fernández tiene un claro origen volcánico profundamente estudiado, pero no vivió una erupción en 1835, y dicho misterioso volcán submarino que por tantos años preocupó a los habitantes de Chile central pasó de la realidad a la ficción.

¿Mintió Sutcliffe? Pareciera que más bien exageró, porque junto con el fantástico relato del evento, lo que buscaba era demostrar lo diligente que había sido al tomar las medidas para superar el terrible incidente. Para un líder que ya estaba siendo cuestionado, el volcán fue un punto de inflexión en una fama que terminó siendo global. Ahora, a partir del estudio de Luis E. Lara, Rodrigo Moreno, Valentina Valdivia, Rafael Aránguiz y Marcelo Lagos, titulado *The AD1835 eruption at Robinson Crusoe Island discredited: Geological and historical evidence* (*Progress in Physical Geography*, 2020), la historia cobra un nuevo camino que sólo pudo ser resuelto gracias a una mirada transversal, en donde las ciencias y las humanidades dialogaron con éxito.

Ideas vivas

DESTACAMOS TRES AUTORES CUYAS OBRAS NOS APORTAN SU PARTICULAR MANERA DE ENTENDER EL MUNDO, AUNQUE ELLOS YA NO ESTÉN.

REBECA ERRÁZURIZ CRUZ,
DEPARTAMENTO DE LITERATURA



JOAN DIDION (1934-2021)

La escritora y periodista estadounidense ganó notoriedad entre el público hispano gracias al documental *Joan Didion: el centro cede* (2017). Para los lectores de habla inglesa, sin embargo, es considerada un clásico de la literatura de postguerra.

Cultivó numerosos géneros e hizo de la escritura su vida en más de un sentido. Sus contribuciones para *Time*, *The New Yorker* o *Life* le permitieron pagar las cuentas y criar a su hija; pero escribir fue también una forma de relacionarse con el mundo, con imágenes que quedaban misteriosamente ancladas en su memoria. En su ensayo *Por qué escribo* explica que su obra no proviene de un afán intelectual, para ella escribir era una práctica para comprender la vida y a sí misma. No le interesaron las ideas abstractas, sino la experiencia cotidiana, las impresiones sensoriales producidas por un paisaje o un personaje divisado al pasar. Escribir fue su modo de indagar en lo concreto de la vida y desmenuzarla a través de un examen de lo particular. Sus ensayos explicitan un “yo” real, encarnado, que habla de su percepción singular, de su posición frente a aquello que se explora mediante

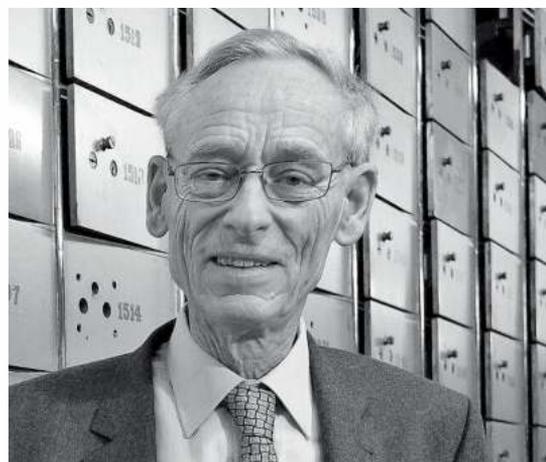
las palabras. Y, sin embargo, sus obras nunca parecen autorreferentes, incitan más bien a adentrarnos en una exploración subjetiva a través de un lenguaje directo que por intermedio de ese “yo” descubre la singularidad de nuestra propia mirada.

Además de novelas como *Según venga el juego* (1970) o *Una liturgia común* (1977), destacan las crónicas de *Arrastrarse hacia Belén* (1968) y *El álbum blanco* (1979). Allí comparte su visión sobre el movimiento de la contracultura en los años ‘70 y sobre acontecimientos como los asesinatos de Charles Manson. Ni lo grande ni lo pequeño escapó a su mirada inquisitiva ni a su deseo de examinar de cerca. Más recientemente, sus obras exploraron la tragedia personal en *El año del pensamiento mágico* (2005) y *Noches azules* (2011). El primero es un ejercicio de reflexión a partir de la abrupta muerte de su marido, John Gregory Dunne. La normalidad de lo cotidiano y el evento irrepresentable de la muerte se combinan de manera grotesca y la autora recuerda cómo los relatos sobre accidentes y desastres suelen comenzar así: “era un día normal”, “una noche como cualquier otra”. Didion comenta: “cuando tenemos delante un desastre repentino, siempre nos fijamos en lo anodinas que eran las circunstancias en las que ha tenido lugar lo impensable, en el cielo azul claro del que ha caído el avión, en el recado rutinario que ha terminado con el coche en llamas, en los columpios donde los niños estaban jugando como de costumbre cuando la serpiente cascabel atacó desde la hiedra”. Ese instante que puede partir nuestra vida en dos emerge inexplicablemente de lo nimio, de aquello que hasta ese punto no era digno de nota. Ese contraste da comienzo a un ensayo escrito para entender qué ha pasado, cómo ha ocurrido esa pérdida y cómo ese acontecimiento y su recuerdo van tomando lentamente su lugar. En *Noches azules*, trató la pérdida de su hija Quintana, pero también reflexionó sobre la muerte, el envejecimiento y la lenta decadencia que asocia con el azul del crepúsculo invernal. De sus observaciones sobre hechos mínimos -el color de un atardecer, la imagen de John Wayne en una pantalla o una anotación trivial en un cuaderno-, Didion extrajo profundos cuestionamientos acerca de su vida, de su pasado y su presente, y del esplendor y la decadencia de la cultura norteamericana de postguerra.

JOHN ELLIOTT (1930-2022)

La tarea del historiador muchas veces consiste en derribar mitos que por largo tiempo se han enquistado acriticamente. El británico John Elliott perteneció a los que no se conformaron con el relato heredado. El resultado fue una obra capaz de cambiar el signo negativo con que se había narrado la historia del imperio español.

Elliott cuenta que fue el cuadro de Diego Velázquez de Gaspar de Guzmán, el Conde-duque de Olivares, el que lo llevó a investigar sobre este personaje que la historia había retratado con desprecio. Publicó dos obras que revolucionaron los estudios sobre la España imperial: *Richelieu y Olivares* (1984) y *El Conde-duque de Olivares: el político en una época de decadencia* (1986). El historiador estudió esta figura como un punto de entrada para entender un periodo lleno de claroscuros, y fue revelando las capas que permiten comprender el auge y decadencia del imperio. Además, supo articular una mirada amplia sobre la historia de España en el contexto europeo, donde destacan obras más recientes como *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830* (2006) y *Catalanes y escoceses. Unión y discordia* (2018).



Su espíritu anti dogmático, abierto a la discusión de las premisas históricas, fue una de las características de su trabajo. Su disposición a entender los rasgos de un pueblo ajeno, lo impulsaron a ver la labor historiográfica como un esfuerzo de apertura que debía ser capaz de situarse en la perspectiva de otros tiempos. En 2012 publicó su autobiografía, *Haciendo historia*, donde reveló los detalles de su vida, pero también su visión sobre el trabajo historiográfico. Elliott reflexionó sobre la importancia de la Historia como disciplina del saber y sobre la necesidad de elaborar una mirada que no renuncia a la construcción de grandes panoramas capaces de iluminar nuestro presente. En tiempos en que las humanidades suelen ser menospreciadas por su aparente falta de utilidad práctica, conviene recordar sus palabras: “el pasado tiene un modo inquietante de regresar para trastornar el presente y cuando se echa a la historia a la fuerza por la borda, se puede contar con que volverá”.



SERGIO CHEJFEC (1956-2022)

“Creo que la literatura, si sirve para algo, es para complejizar lo existente”. Así era como Sergio Chejfec pensaba su oficio de escritor. Y es que estamos ante un autor atípico, cuya obra podría parecer desconcertante para los lectores habituados a novelas cuya trama gira en torno a las peripecias de sus personajes. No se interesó por una narrativa de la “acción acumulada”, sino que entendía su obra como una exploración de la “acción ampliada o expandida”.

Decidió vivir fuera de Argentina, decía, para mantener una relación de distancia con el medio cultural de su país, una distancia que le permitiera relacionarse con su voz de escritor desde otro lugar. Publicó novelas, cuentos, poemas y ensayos; sin embargo, no sería preciso utilizar estas categorías para una escritura que se empeñó en desdibujar los límites que separan a estos géneros. Desde *Lenta biografía* (1990) hasta sus trabajos más recientes, como *La experiencia dramática* (2012) o *Modo linterna* (2013), encontramos esa indagación narrativa que desarrolla personajes a partir de pensamientos y digresiones más propias del ensayo. Su escritura se elaboró como un territorio reflexivo que invita a recorrer estas ponderaciones en su estado de formación, en el momento mismo en que brotan de forma imprevisible. Este ejercicio configura una prosa singular, quizás propia del siglo XXI, que produce un cierto extrañamiento, un adentrarse en incansables cavilaciones de una minuciosa lucidez, tan elusiva como precisa. Decía: “concibo mi literatura como una forma de hacer preguntas”; sus obras no buscan entregar algo estable y definitivo, sino todo lo contrario, van horadando nuestras certezas y los lugares comunes que habitan en nuestro pensamiento.

Su última publicación, *No hablen de mí. Una vida y su museo* (2021) es una muestra de sus preocupaciones, un libro que trabaja con la escritura autobiográfica del poeta y sociólogo argentino Darío Cantón para desde allí elaborar circuitos reflexivos que trazan sus recorridos al modo de un mapa, con calles y avenidas que podemos transitar, y desplazamientos que tensionan las relaciones entre la ficción y lo documental. Es literatura exigente, que desafía las expectativas usuales de quien busca un libro para pasar el tiempo. Pero la invitación que extiende Chejfec no pretende llevarnos a un lugar de comodidades, sino que espera de nosotros la misma apertura que ofrece, sin otra garantía que el deseo de explorar el carácter errático y, sin embargo, significativo, de nuestro propio pensamiento.

Doble check

Te recomendamos literatura de Medio Oriente, discos que han marcado un momento y algunas de las series que vale la pena seguir en Netflix.

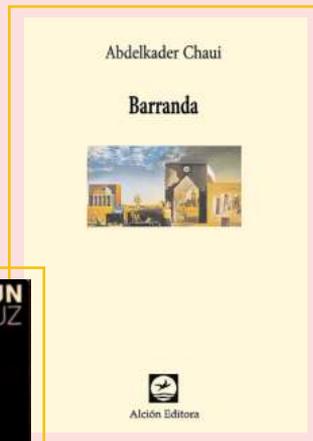
POR DIEGO MELO
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

Libros:

LETRAS ÁRABES

Desde hace ya un buen tiempo, los novelistas árabes vienen sorprendiéndonos con una escritura vívida y sugerente, que se interna en las complejidades de ese mundo y nos abre nuevas posibilidades de imaginación y proyección de esos espacios tan desconocidos a nuestros ojos. Pienso ahora en Naguib Mahfuz; Ghassan Kanafani; Emile Habibi o en Ghada al-Samman, entre otros. Todos, por cierto, escritores que provienen de la zona del levante o Mashriq. Por el contrario, mucho menos conocemos de los escritores árabes de “Occidente” o Magreb. Pienso, sobre todo, en aquellos que, por cercanía geográfica, podrían introducirnos en el carácter diferente de la literatura de la cornisa africana.

Un primer ejemplo es Abdelkader Chaui, nacido en Bab Taza en 1950. Escritor y crítico, se licenció en letras dedicándose a la docencia, hasta que en 1974 fue detenido como miembro del Movimiento Marxista 23 de marzo, pasando 16 años en la cárcel, en el periodo conocido, en la historia de Marruecos, como los “años de plomo”, durante el reinado de Hassan II. De



esta experiencia da cuenta en *Patio de honor*, su novela más conocida. Pero más allá de lo que pudiera ser el relato de la experiencia carcelaria, hay otro elemento importante, puesto que la obra se divide en dos partes, la primera de

ellas se titula *Barranda* y ha sido publicada recientemente por Alción Editores, como obra autónoma. En efecto, es un relato autónomo, que presenta las creencias, misterios, anhelos y disputas de un pueblo ficticio, una verdadera invitación para recorrer un Macondo árabe.

El segundo, es una obra de Tahar Ben Jelloun (Fez, 1944) titulada *Sufrián por la luz*, que narra los hechos acontecidos en la prisión de Tazmamart, en medio del desierto marroquí, donde un grupo de hombres, que había intentado una insurrección contra Hassan II, fue internado y torturado durante 18 años. El libro, con una narrativa rápida, a la vez que desgarradora, es un alegato a favor de la libertad y de los derechos humanos. Publicado en francés originalmente, ha sido traducido a 16 lenguas, siendo editado en 2001, por RBA libros.

Música:

CLÁSICOS VIGENTES



Siempre cerca del límite

Durante el verano, volví a escuchar *Close to the Edge*, el quinto álbum de estudio de Yes con su formación más clásica y vanguardista. Como todo clásico, ha envejecido bien, con un ritmo y musicalidad que suenan realmente contemporáneos. Una de sus características, que luego la banda repitió en los siguientes álbumes, fue incluir una sola canción mucho más larga que

las otras, ocupando completamente una cara del disco. Rítmicamente contiene pasajes de métrica variada, gracias al tándem Squire-Bruford, con superposición de acentuaciones, algo que en el rock no se conocía.

Con una estructura que se relacionaba con ciertos temas básicos de la novela de Hermann Hesse, *Siddhartha*, presenta un contraste entre el mundo espiritual y el material con la idea de que la unidad de todas las co-

Pantalla:

LO BUENO DE NETFLIX



Sabes quién es? está basada en la novela *Pieces of her* de Karin Slaughter y se centra en una joven que cree saber todo de su madre. Interpretada por Toni Collette, su madre es una mujer con una vida aparentemente tranquila, nunca le ha mentado, pero le ha ocultado episodios importantes de su vida anterior. Esto cambia cuando, después de un suceso violento, la joven descubre un lado de su madre que, por supuesto, desconocía. A raíz de estos acontecimientos comienza una investigación en la que poco a poco va descubriendo cosas del pasado de su madre que hará que la visión que tenía de ella cambie completamente.

Lupin es la historia del ladrón profesional Assane Diop, en la pantalla Omar Sy, hijo de un inmigrante senegalés que llegó a Francia en busca de una mejor vida. El padre de Assane es incriminado por el robo de un costoso collar de diamantes por parte de su empleador, el millonario Hubert Pellegrini, y enviado a prisión. Babakar se ahorca en su celda de la prisión por vergüenza, dejando al adolescente Assane huérfano. Hasta que 25 años después, inspirado por un libro sobre el caballero ladrón Arsène Lupin, decide vengarse de la familia Pellegrini, usando su talento, sagacidad y diferentes disfraces para exponer los crímenes de Hubert. La serie abarca también los aspectos psicológicos del personaje, profundizando en la relación con su único hijo y su exmujer.

Anatomía de un escándalo (*Anatomy of a Scandal*) es un libro de ficción de Sarah Vaughan, publicado en 2018, y que cuenta la historia de James Whitehouse, un político inglés de alto rango acusado de violación por una mujer con la que había tenido un affaire. El paso de la autora por la Universidad de Oxford y su pasado como reportera judicial enfocada en escándalos de índole sexual fueron la base para contar esta historia que tiene relación con hechos de la vida real. Sus seis capítulos recorren los entresijos de un juicio político y mediático que no sólo involucra al político en cuestión, sino también a su mujer y sus hijos.

sas es experimentada en un reino eterno. Con todo, esto no significa entender la obra de Yes como una reproducción de la novela o algún personaje.

“Unlimited Love” y la tercera reencarnación de John Frusciante

Recientemente lanzado, este es el duodécimo álbum de Red Hot Chili Peppers. Producido por Rick Rubin, el primer corte promocional fue “Black Summer”, publicado el 4 de febrero de 2022. Un mes más tarde, el 4 de

marzo, vino “Poster Child” y a fines de ese mes “Not the One”. En la primera canción es notorio el sonido de John Frusciante, con cierto nervio duro que imprime a su, cada vez más, futurística guitarra y con ecos profundos de Hendrix.

Puede ser que el conjunto a ratos -pocosea tedioso, más que todo por su larga duración. Es un álbum poderoso y maduro a la vez, donde la base rítmica Flea-Smith, sincopadamente, dan la impresión de ir a sobresaltos con los acentos del funk. Todo esto permite a Frusciante lucirse, con una nueva encarnación, combinación de pulcritud y atonalidad.





(c) Sergio Larrain / Magnum Photos

EL LENGUAJE FOTOGRAFICO DE SERGIO LARRAÍN

Sus capturas no pretenden contar “historias” ni “sorprender” al observador con lo retratado, tampoco “ilustrar” un “relato” ni convertirse en una bonita “postal”; la atención se enfoca más en el “cómo” que en el “qué”.

POR MARIO DRAGO
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

Este 2022 se cumplen diez años de la muerte de Sergio Larraín (1931-2012), y al fin su obra ha comenzado a recibir la atención que merece desde hace décadas. En esta década se han realizado grandes exposiciones, publicado libros con muchas de sus fotografías, así como artículos sobre su vida y su obra, y documentales con valiosas entrevistas y registros de archivo, lo que ha permitido que su obra se difunda más allá del reducido mundo de los fotógrafos y amantes de la fotografía.

No parece fácil contribuir a la difusión pública de su trabajo y mirada sin repetir lo que ya, con más autoridad, otros han dicho: que es quizá el más importante fotógrafo que ha producido nuestro país, que era un poeta con una cámara, que su obra habla de su propia soledad y desolación, que sus imágenes no se corresponden con ninguno de los clichés presentes en la fotografía contemporánea y que van más allá de cualquier “efectismo” o virtuosismo técnico.

Pero sí pueden identificarse algunas de las características de su singular mirada que nos permiten aproximarnos y comprender la fotografía como un lenguaje, distinto a la literatura, a la pintura, al dibujo, a la música, a la escultura, al cine. En efecto, la obra de Sergio Larraín muestra a la fotografía como una lengua que se basta a sí misma, que no requiere de explicación, texto, ni contexto. Si observamos cualquiera de sus fotografías, veremos que éstas no requieren nada adicional o extra-fotográfico para su apreciación o valoración.

Ciertamente la fotografía puede ser y ha sido utilizada desde sus orígenes para registrar lugares, personas, acontecimientos, o maravillas de la naturaleza; o bien para ilustrar una noticia, un suceso, una historia, o incluso, para promover un producto. Pero la obra de Larraín nos recuerda que la fotografía es mucho más que eso.

Como ha escrito Catalina Mena Larraín, sobrina del fotógrafo y autora de *Sergio Larraín, la foto perdida* (Ediciones UDP, 2021): “Su fotografía no tiene nada que ver con la fotografía documental ni con el reportaje gráfico. (...) El deseo no es ‘registrar’ el mundo; lo decisivo es encontrar ‘allá afuera’ el eco de una subjetividad”. Larraín no pretendía registrar “la realidad”, mostrar aspectos de la vida, ni acontecimientos, sucesos o lugares exóticos, ni ilustrar una historia o relato.

Etimológicamente fotografía significa

escribir con luz. En el rectángulo del visor de su cámara el fotógrafo selecciona e intenta plasmar una imagen. Su fotografía es en blanco y negro; como para muchos fotógrafos, el color distrae, dificulta la observación del juego de luces y sombras, y entorpece la abstracción.

Si observamos las fotografías de Sergio Larraín podremos notar que el sujeto inmortalizado no es lo importante; la clave está en el cómo se lo observa. Sus fotos revelan una atenta elección del punto de vista desde el que se sitúa la cámara, la búsqueda obsesiva del encuadre que dirija y encierre la mirada, prestando atención a la geometría y la luz dentro del rectángulo del visor. Para Larraín cualquier objeto, sujeto o situación puede ser un buen motivo fotográfico. Es el fotógrafo el que hace la fotografía, no lo fotografiado ni la cámara; esta es sólo un instrumento. La belleza o “magia” de sus fotos no reside en lo fotografiado sino en cómo él lo observa; elige el punto de vista, encuadra en el visor, y captura ese instante para la eternidad.

Las imágenes de Sergio Larraín son cercanas, en el sentido de que nunca o casi nunca el sujeto fotografiado está a más de cinco metros, y muchas incluso a menos de dos metros. No le interesa el panorama, el paisaje, la “postal”; lo central es el detalle (“calidad es el cuidado del detalle”). Así, sus fotos se caracterizan por una conexión íntima entre el fotógrafo y lo fotografiado.

Por otra parte, rara vez sus fotos están a la altura normal con la cual habitualmente vemos el mundo. Frecuentemente Larraín se ubica y observa desde el punto de vista de un gato, de un perro, o de un niño, e incluso desde el nivel del suelo. A veces también desde lo alto. Ello contribuye a hacernos ver desde otra perspectiva. En sus palabras: “mostrar lo que otros no ven”, lo marginal.

A diferencia de la obsesión contemporánea que ha acompañado a la masificación de la imagen digital, en las fotografías de Sergio Larraín la nitidez de la imagen no es un factor relevante, pero sí un claro centro de atención en el enfoque y en la elección del encuadre.

Sergio Larraín fotografiaba lo que le gustaba, lo que llamaba su atención o lo conmovía, lo que resonaba con su estado anímico interior. Sus fotos nos hablan de un ser marginal que se identifica y resuena con lo marginal. Y, sin embargo, su obra asombra y provoca la admiración de cualquiera que sea sensible al lenguaje universal de la fotografía.

Es en mi interior que busco las fotografías cuando con la cámara en la mano paseo la vista por fuera, puedo solidificar ese mundo de fantasmas cuando encuentro algo que tiene resonancia en mí.

La realidad visible es la base del proceso fotográfico, y también es el juego de organizar un rectángulo: geometría, con el rectángulo en la mano (la cámara), yo busco. Fotografía: ello (el sujeto) dado por la geometría”

Sergio Larraín, El rectángulo en la mano, Cuadernos Brasileiros, 1963.

Quemar (hoy) los libros

Este bestseller escrito por Richard Ovenden, bibliotecario de Oxford, relata la recurrencia en la historia de episodios de destrucción del conocimiento, ya sea por cruzadas ideológicas, religiosas o políticas. A partir del texto se puede alertar sobre el impacto que tiene la cultura de la cancelación precisamente al eliminar del panorama aquellas ideas o temáticas que no le gustan a un grupo de personas.

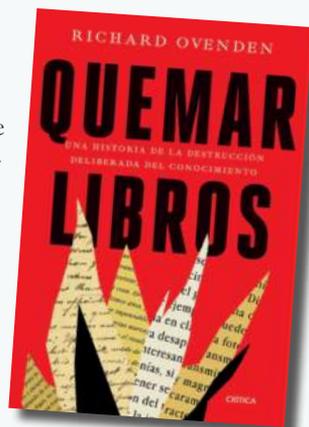
POR MARILY LÜDERS,
DIRECTORA DIARIO FINANCIERO Y DF MAS

La biblioteca de Alejandría no se incendió. Que la más magnífica de las bibliotecas de la historia ardió en fuego y desapareció en unas cuantas horas es una fake news que tiene siglos vigente. Lo cierto es que se fue deteriorando, con incendios parciales, humedad y mala gestión.

Franz Kafka hizo prometer a su círculo cercano que destruirían todos sus manuscritos. Durante su enfermedad terminal insistió en que no los publicaran, pero su editor -después de mucha reflexión tormentosa- decidió compartir con el mundo varias novelas del autor de *La metamorfosis*.

Estos episodios, de libros quemados y otros salvados, los describe Richard Ovenden en *Quemar libros: una historia de destrucción deliberada del conocimiento* (Editorial Crítica, 2022). Algo de registros y archivos sabe el actual director de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, Inglaterra, que abrió sus puertas a académicos por primera vez en 1602. Ovenden hoy tiene bajo su dirección 13 millones de ejemplares físicos repartidos en diversos edificios históricos, y ha liderado la digitalización de valiosos documentos.

Pese al buque que carga sobre los hombros, se define como bibliotecario, pero con el lanzamiento de *Quemar libros...* busca llevar a la arena pública un tema que le preocupa. Mientras camina por “The Bod”, como llaman los estudiantes a esta institución, da un paso más allá y plantea un debate sobre el valor de la preservación y



archivo del conocimiento.

Publicado hace unos meses, este título lleva al lector en un viaje de 3 mil años que abarca distintos episodios de destrucción del conocimiento y la lucha de algunos por preservarlo. El soporte, según Ovenden, es menos relevante que el tema de fondo. Si están en la nube, en papel o en tablillas de arcilla es secundario. Lo importante es cómo defendemos, como sociedad, los documentos que registran nuestra cultura.

El libro da pie para varios subdebates, uno de los cuales considero especialmente relevante. En la antigüedad los textos provocativos o considerados “peligrosos” por un grupo se quemaban en una hoguera. Hoy, sin un soporte físico, uno podría confiar en la idea de que la digitalización nos protege de estas olas autoritarias. Pero lejos de ello, la nueva hoguera está en la cultura de cancelación que genera ambientes opresivos sobre ciertos temas, autores, hipótesis. El tema ha ido escalando en el debate público pese a que son muchos los que hoy alertan del daño de imponer lo políticamente correcto por sobre la democracia y la buena convivencia.

De hecho, en algunos países se mide sistemáticamente la “quemar” moderna de libros. En Estados Unidos, el organismo PEN, que defiende la libertad de escribir, publicó hace unas semanas un estudio que plantea que entre junio de 2021 y marzo de 2022 se registraron más de 700 intentos de censura en escuelas, universidades y bibliotecas. En total, involucran a más de 1.500 libros en una hoguera de lugares comunes y simplificaciones.

CRECER+

QUE EN CUALQUIER OTRO LUGAR



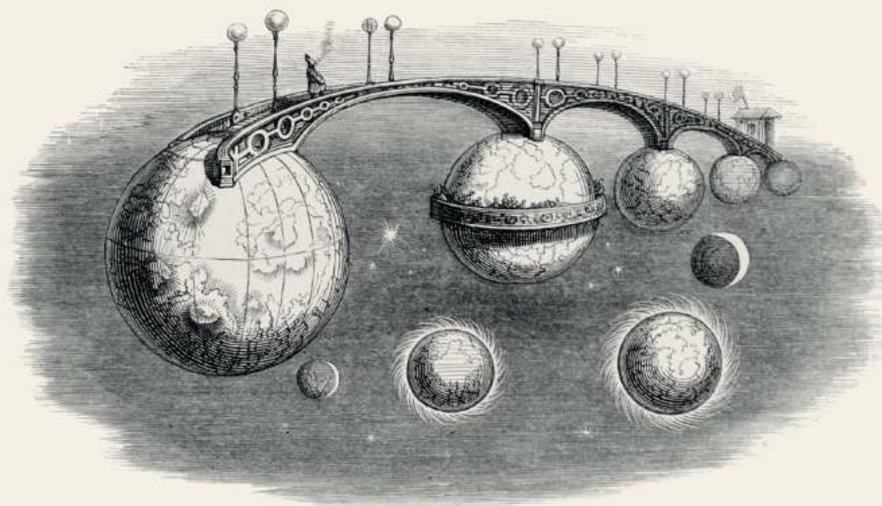
Somos **RAL**

Las Artes Liberales impulsan a la persona a tomar conciencia de que su conocimiento de la realidad es siempre incompleto y sesgado, en el entendido de que esta imperfección, lejos de ser decepcionante, es lo que mantiene el pensamiento activo y en constante apertura.

Todos los estudiantes de la UAI reciben una formación multidisciplinaria en filosofía, humanidades, ciencias sociales, arte, música y ciencias, la cual les permite conocer y poner en práctica distintas lógicas de pensamiento y modos de comprensión de la realidad, fomentando su capacidad de analizar problemas desde distintas perspectivas.

“No es vistiendo uniformemente todo lo que es individual en los seres humanos como se hace de ellos un noble y hermoso objeto de contemplación, sino cultivándolo y haciéndolo resaltar; y como las obras participan del carácter de aquellos que las ejecutan, por el mismo proceso la vida humana, haciéndose también rica, diversa y animada, provee de más abundante alimento a los altos pensamientos y sentimientos elevados”.

J.S. Mill, Sobre la Libertad



El programa de Artes Liberales de la UAI está compuesto por ocho cursos del Core Curriculum y ocho cursos disciplinares, que se despliegan a través del ciclo de pregrado de todas las carreras, a cargo de 110 profesores que componen esta facultad.

El objetivo de las Artes Liberales consiste en la formación de personas que analizan la realidad de manera multidimensional, conscientes de la complejidad del comportamiento humano y de la naturaleza dinámica del conocimiento, abiertas a compartir y discutir sus ideas sobre la base de argumentos racionales, y capaces de evaluar sus acciones y las de otros en función de su contribución al bien humano, tanto a nivel individual como colectivo.

CRECER+

GRACIAS A UN MODELO EDUCATIVO
ÚNICO EN CHILE

